

Quehacer editorial

2

*Editores y lectores,
hábitos y vicios*



Gerardo Amancio • Pablo Aveleyra •
Elisa Bonilla Rius • Gerardo Cabello •
Adolfo Castañón • Lourdes Cervantes Cota •
Laura Lecuona • Carlos Martínez Rentería •
Kepa Murua • Margarita Robleda Moguel •
Alejandro Ramírez • Alejandro Zenker

www.solareditores.com

Quehacer
editorial 2



www.solareditores.com

Director general

Alejandro Zenker

zenker@solareditores.com

Coordinadora editorial

Ivonne Gutiérrez

ivonne@solareditores.com

Redacción

Elizabeth González

ego@solareditores.com

Desarrollo creativo

Beatriz Hernández

bety@solareditores.com

Fotografía

Alejandro Zenker

Formación

Víctor Daniel Abarca

victor@solareditores.com

Director de comercialización

Miguel Ángel Sánchez

mas@solareditores.com

Ventas de publicidad y suscripciones

Mary Carmen González

maryc@solareditores.com

Todas las fotografías incluidas en este número son de Alejandro Zenker, excepto la de Gerardo Cabello.

Las citas de la revista están tomadas de Roger Chartier, *Las revoluciones de la cultura escrita*, Barcelona, Gedisa (col. Lea), 2000, y corresponden, por orden de aparición, a las páginas 27, 37, 67-68, 129-130.

Quehacer editorial es una revista trimestral editada y publicada por Solar, Servicios Editoriales, S.A. de C.V., Calle 2 número 21, San Pedro de los Pinos, 03800 México, D.F. Teléfono y fax 5515-1657 con 12 líneas. Este número se terminó de imprimir en julio de 2003.

Quehacer editorial es una publicación abierta, de análisis y debate, por lo que las opiniones expresadas en sus páginas no reflejan forzosamente las opiniones de sus editores sino de los autores, los cuales son los únicos responsables de sus artículos. No respondemos por originales no solicitados, pero invitamos a todos los involucrados en el proceso de producción y en el ciclo del libro a enviarnos sus colaboraciones y opiniones a la dirección qe@solareditores.com. La versión electrónica de la revista la encuentran en nuestra página www.solareditores.com.

- 5 Construyendo puentes para el quehacer editorial,
ALEJANDRO ZENKER
- 9 Los cinco mandatos de Palinuro
o La responsabilidad del editor,
ADOLFO CASTAÑÓN
- 15 Ser editor cultural independiente, un salto
al vacío. El caso de la revista *Generación*,
CARLOS MARTÍNEZ RENTERÍA
- 21 Empezar a publicar, cómo y dónde,
KEPA MURUA
- 27 Como editor, tu deber es producir lo mejor
posible el libro que te sea asignado,
independientemente de su calidad literaria:
GERARDO CABELLO
- 41 En la SEP estamos tratando de abrir el mayor
número de puertas a la lectura:
ELISA BONILLA
- 67 La lectura y el síndrome del vicio bueno,
GERARDO AMANCIO
- 75 ¿Por dónde?,
MARGARITA ROBLEDA
- 81 Dime lo que lees,
PABLO AVELEYRA ARROYO DE ANDA
- 85 Anotaciones para el fomento a la lectura
en los estados,
LOURDES CERVANTES COTA

- 93** Concordancia. “Uno de los que...”,
LAURA LECUONA
- 94** El portafolio de productos editoriales,
un caso de programación lineal,
ALEJANDRO RAMÍREZ
- 106** Cuatro estrategias y un guión
ALEJANDRO ZENKER
- 112** Colaboradores

Construyendo puentes para el quehacer editorial

Hace poco más de veinte años se llevaron a cabo en México los primeros seminarios sobre literatura y formación de editores. En aquel entonces eran pocos los sitios disponibles para ventilar las inquietudes profesionales del gremio editorial. De allí la importancia que cobraron estos esfuerzos por abrir espacios a la discusión.

Hoy pareciera que vivimos una situación totalmente distinta, con un auge de actividades profesionales en torno al libro y la lectura. La Feria Internacional del Libro en Guadalajara (FIL) ha destacado sin duda por la apertura de plazas para los profesionales. Así, en el 2001 se creó el Pabellón Tecnológico (esfuerzo que lamentablemente no continuó) y en ese contexto se llevó a cabo el *Coloquio sobre el libro y las nuevas tecnologías*. Un año más tarde, en la misma feria, presenciamos el primer *Foro Internacional de Editores*, cuya segunda edición se realizará este año. También tendrá lugar el *Encuentro de promotores de la lectura*, y su objetivo es crear un espacio abierto de reflexión, intercambio de experiencias y capacitación para todas las personas dedicadas a la promoción de la lectura en México.

Sin embargo, no sólo las grandes instituciones, como lo es la FIL, impulsan actividades académicas y profesionales. En julio de este año tuvo lugar en Casa Lamm el *Encuentro en apoyo al libro*, esfuerzo muy bien organizado, con una notable capacidad de convocatoria, encabezado por Francisco Vargas. Por otro lado, se realizó en el Fondo de Cultura Económica el *Foro de expertos sobre derecho de autor (Hacia*

un nuevo contrato. El derecho de autor en el entorno digital) con objeto de llegar a la redacción de un nuevo modelo de contrato en el nuevo entorno. Y Tomás Granados, por su parte, (HojaporHoja/Libralia) organizó el *Seminario Internacional para editores y libros. Marketing Editorial*. Poco antes se había llevado a cabo en la UNAM un diplomado sobre *Los procesos en la edición de libros*.

A este hervidero de actividades se sumó la visita de Jorge Herralde a México para la presentación de su libro *Flashes sobre editores y otros textos editoriales*, publicado por Ediciones del Ermitaño en el marco de su colección *Yo me dedito, tú me editas*. Su visita despertó gran interés en los medios, con la publicación de una impresionante cantidad de artículos y su aparición en radio y televisión. La reflexión en torno al quehacer editorial, al libro y la lectura, parece estar en la conciencia de una parte de la sociedad culturalmente inquieta de este país.

Sin embargo, falta una entidad que cohesione estos esfuerzos, de tal manera que no aparezcan desvinculados unos de otros, sino que coadyuven de manera concertada a avanzar en las grandes tareas que tenemos. Para lograrlo creemos necesario contar con una institución cuya vocación sea precisamente integradora. Por eso estamos trabajando en esta revista, difundiendo sus contenidos vía electrónica y construyendo desde sus cimientos el Instituto del Libro y la Lectura, que esperamos pronto sea una realidad presente en nuestro país.



Para que haya autor, es necesario que haya criterios, nociones, conceptos particulares. La lengua inglesa traduce bien esta noción y distingue el *writer*, quien escribió algo, del *author*, aquel cuyo nombre propio da identidad y autoridad al texto [...] El escritor es aquel que escribió un texto, que puede permanecer manuscrito y no circular; en tanto que el autor recibe ese calificativo porque ha publicado obras impresas.

Roger Chartier,
Las revoluciones de la cultura escrita

Los cinco mandatos de Palinuro o La responsabilidad del editor*

Como mito, sin embargo, y particularmente como mito que tiene una valiosa interpretación psicológica, *Palinuro* representa claramente una cierta voluntad de fracaso o de repugnancia por el éxito, un deseo de renuncia a última hora, un apremio de soledad, de aislamiento y de oscuridad. Palinuro, pese a su gran destreza y a su conspicua posición pública, desertó de su puesto en el instante de la victoria y optó por la ribera incógnita.

**I Cyril Connolly,
*La tumba sin
sosiego***

La frase se inscribe en un tema más amplio: el de las cuentas pendientes entre los medios de comunicación y la sociedad. Se habla con frecuencia del código ético que rige y debe regir las tareas de periodistas y comunicadores. Se habla menos y con mayor discreción de la moral pública y de los valores que guían a los productores y propietarios de periódicos, agencias de noticias, directores de estaciones de radio, canales de televisión. Tampoco se oye hablar mucho de la tabla de valores que, específicamente, puede y debe guiar al editor de libros.

* Pie escrito para la intervención del autor (realizada el 13 de octubre de 2002) en el ciclo “Ser editor hoy. Entre la creación y el mercado”, en el marco de los Jueves Literarios de la Casa Refugio Citaltépétl.

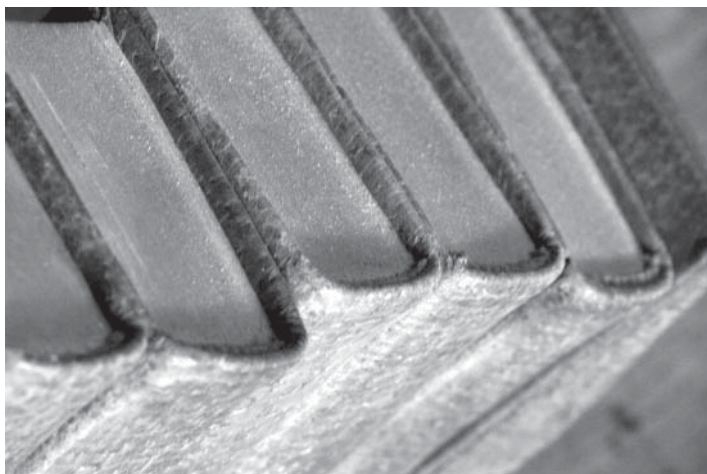
¿Qué significa ser editor hoy?

II

Seamos modestos: ser editor de libros y en particular ser editor de libros de contenido cultural, artístico o literario a principios del siglo XXI significa menos que hace cien o doscientos años. La presencia explosiva y ubicua de los medios de comunicación ha quitado al gremio de los editores parte de la responsabilidad que tenían en la cadena de transmisión del saber y la información. Pero sólo le ha quitado parte, la responsabilidad subsiste y la pregunta sigue y tiene sentido. La pregunta es incisiva, aun insidiosa, pues llama la atención sobre una cuestión evasiva, si no inasible: el sentido de la actividad conocida como *editar* o *publicar*. La cuestión puede quizá estrecharse mejor si la situamos en el tiempo y el espacio; si nos preguntamos por el sentido de esta actividad en el país llamado México al despuntar el siglo XXI. El por qué, el para qué, el hacia dónde son preguntas que acompañan como una sombra a la empresa editorial. Cada cual deberá responder desde su campo y acción. Sin embargo, cualquiera que sea la respuesta, deberá tomar en cuenta lo que podría llamarse un código de ética del editor.

*El editor tiene la misión
y el deber de inventar
nuevos públicos.*

Esta tabla de valores tiene a mi ver los siguientes componentes o elementos: el compromiso con lo escrito y con lo legible. El editor es el propagador o difusor de lo escrito:



de ahí que cualquiera que sea su tema tenga una responsabilidad hacia la calidad legible de lo que edita. Otro elemento es su responsabilidad hacia el oficio y sus técnicas —editar bien no sólo es hacer libros “bellos” o bonitos; es también observar los pactos contractuales, difundir, comercializar y hacer llegar a los territorios de su incumbencia lo que edita (metáfora de las líneas aéreas)—. A esa ética de servicio se añade una ética que tiene que ver con la comunidad: el editor es el partero de los nuevos testamentos, el agente realizador de una memoria o una documentación aún no existente. El editor tiene pues la misión y el deber de inventar nuevos públicos, nuevas necesidades. Esta invención de nuevos públicos, este buscar dar voz a lo que aún no la tiene, descubrir a los nuevos valores y a los nuevos clásicos es una de las funciones centrales del editor, sobre todo en países como los nuestros.

III **Príncipes y mendigos**

Aunque me gusta mi trabajo como editor e intento realizarlo con la mejor voluntad y la mayor entrega, y aunque he trabajado para el Fondo de Cultura Económica desde 1975 y he fungido como gerente desde 1985, a decir verdad, no me siento “editor”. Soy un funcionario, un empleado que trabaja en una empresa pública dedicada a lo editorial. Así, al menos, ha sido hasta ahora. Más burócrata que editor.

Pero, en fin, no me peleo, no repelo, no rezongo más: editor, organizador de publicaciones, mezcla de burócrata y de sabueso, de enfermero y corrector tipográfico, de traductor y de abogado, con su poco o su mucho de comerciante y aun de contrabandista y su pizca de diplomático. En otras ocasiones, se me ocurre considerar el oficio de editor como un voto monástico, una entrega religiosa, un llamado y una misión. Este pensamiento es acaso demasiado voluntarista. ¿No será por el contrario que son los libros mismos los que eligen quién les dará abrigo encuadernado y múltiple publicación? ¿No será que ellos, como una suer-

*Los editores somos como
el burro del aguador:
cargados de agua
y muertos de sed.*



*Más que editor,
me siento una especie
de manojito variopinto,
un especiero,
una ensalada andante
al gusto de la estación.*

te de corriente subterránea buscan por dónde salir y afloran ahí donde la carne debilitada por la lectura de tantos libros se abre a la posibilidad de ser literalmente portadora, cazadora de la letra?

El quehacer editorial puede ser visto por ello como una felicidad y como una tortura. Los editores son, somos, como el burro del aguador: cargados de agua y muertos de sed, tenemos los ojos más grandes que el estómago y somos la demostración casi perfecta de aquella advertencia del poeta según la cual el hombre es un príncipe cuando sueña y un pordiosero cuando realiza. Hombre o mujer de realidades o realizaciones, el editor es entonces, casi por definición, un pordiosero, un mendigo de la eternidad, un limosnero de lo perdurable. De ahí que el editor de libros coyunturales o desechables casi no sea un editor o lo sea en la acepción más débil de la palabra. La palabra *editor*, en los universos paralelos de la comunicación, proviene de la industrialización de la cultura escrita y encuadrada en libro, pero se aplica con toda naturalidad al organizador de la información en un diario y se adapta con flexibilidad a otros agentes del arreglo y el ordenamiento: editor musical y cinematográfico, editor virtual, editor de *comics* y de noticias, de programas televisivos y de campañas mercadotécnicas. En cualquier caso, la aplicación de esta palabra originada por el libro nos hace conscientes de la tiranía, del bibliocentrismo y del logocentrismo que articula el universo todo de la comunicación. ¿Qué significa ser editor hoy? Significa todo y nada, poco y mucho, y editar —insistamos en ello— no sólo es verbo que atiende a los libros y las palabras sino a muchas otras realidades.

Empecé estas palabras diciendo que, a pesar de haberme dedicado a la edición durante más de un cuarto de siglo —más de la mitad de mi vida— no me siento ni me he sentido nunca un profesional sino una especie de ma-

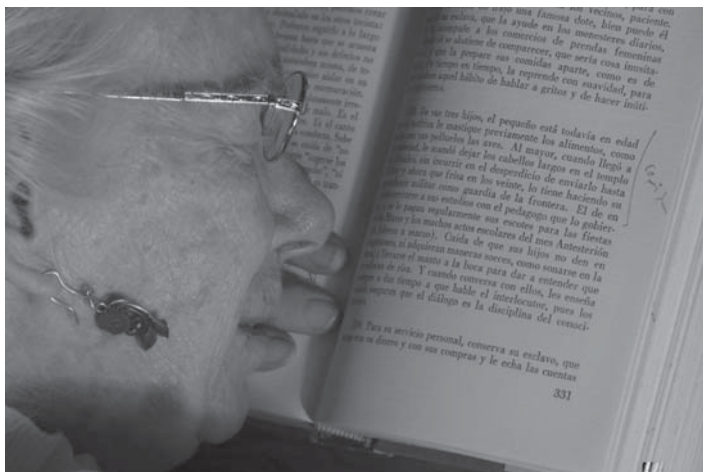
nojo variopinto, un especiero, una ensalada andante al gusto de la estación, impuro licor de yerbas en una damajuana. Estas declaraciones no están exentas de coquetería; tampoco están ayunas del todo de una miga de verdad. Y es que el editor puede y ha de ser muchas cosas: lector y comerciante, banquero y explotador de inmobiliarias, astrónomo, psiquiatra, confesor, guerrillero, misántropo y filántropo, político y economista, ama de casa, tutor de párvulos y gerente o administrador de una pensión para ancianos, partero y sepulturero, pero sobre todo piloto de una nave no siempre visible. Y el patrón de los pilotos —ya se sabe, es Palinuro— el gobernador del gobernador, el capitán del capitán.

*Antes que el mar,
a Palinuro lo mató
su propia fatiga
acumulada.*

IV La víctima de sí mismo

Para no zozobrar, *Palinuro* —el seudónimo elegido por el editor y crítico literario británico Cyril Connolly— tiene que tener control sobre cinco instancias: 1) la contingencia, representada por el oleaje que rompe sobre la nave; 2) la compañía que lo guarda (el trabajo editorial es un trabajo en equipo), representada por la tripulación; 3) los valores que sigue, representados por el firmamento que orienta su rumbo: la estrella o estrellas que lo guían; 4) su





propio cuerpo y la conciencia simultánea de los cinco planos anteriores y, finalmente, 5) la conciencia de que el navío va de un puerto a otro, la conciencia de que existe una comunidad lectora para la cual el libro es una máquina de sentido. En la leyenda creada por Virgilio, Palinuro muere ahogado en el mar, naufrago sonámbulo, pues cayó al mar de sueño. En realidad, antes que el mar lo mató su propia fatiga acumulada, Palinuro murió exhausto. No es ese un dato irrelevante. Al igual que un catálogo o un inventario —dos “cocos” de la edición— el fin de un editor debe ser exhaustivo.

Ser editor cultural independiente, un salto al vacío

El caso de la revista *Generación*

Esta parafernalia de ser editor de una publicación cultural independiente tiene que ver con una mística, una locura, una necesidad, un impulso existencial mucho más intenso y descabellado que el simple (y a la vez muy complicado) proceso técnico y mercadotécnico de hacer libros o revistas. Es un salto al vacío, pero también pudiera ser sólo una ilusa fantasía.

A lo largo de casi 15 años he visto nacer y morir varias decenas de publicaciones (quiero centrar este texto sólo



*Lo ideal sería que los
ingresos de una revista
cultural fueran
proporcionales a sus
logros editoriales.*

en las revistas culturales, pero no por ello el hecho deja de tener similitudes con hacer libros), desde aquellas que cuentan con una infraestructura multimillonaria, eso que pomposamente llaman “imagen corporativa”, sueldos envidiables y nombres de relumbrón, hasta aquellas heroicas e ilusas que, como la mía, han surgido sin padrinos, sin socios capitalistas, sin pautas de publicidad garantizadas, sin administración y sin local propio, sólo con un puñado de kamikazes y solidarios colaboradores.

Desde luego, no pretendo reivindicar un criterio obtusamente maniqueo según el cual los buenos son los que no esperan nada y apuestan por un proyecto sin futuro económico, editorialmente contestatario, irreverente, subversivo, experimental y descabellado, en contra de los que no pueden desligarse del factor rentable y exitosamente comercial, que implica no vulnerar lo correctamente establecido. Pero las reglas del mercado no las inventé yo.

En este entorno deben considerarse también las dinámicas institucionales, cuyos criterios para el otorgamiento de partidas publicitarias a las revistas culturales varían de acuerdo con la sensibilidad de los gobiernos en turno, desde los que valoran sólo la importancia histórica y regional de las publicaciones, o su capacidad de innovación, de arriesgue, su influencia en sectores muy particulares del quehacer cultural (independientemente de su tiraje o el aspecto de sus acabados), hasta los que prefieren dejar sus presupuestos en proyectos de oportunismo sexenal o con una postura de complacencia institucional.

Lo ideal sería que a los logros editoriales de una revista cultural le correspondieran ingresos económicos proporcionales; que si una revista mexicana como *Generación* es reseñada en una página completa del suplemento más influyente de habla hispana, como *Babelia* del periódico *El País* (marzo de 2000), y es





*Sólo quien lo ha vivido
podrá contar el vértigo
de publicar una revista
alternativa.*

elogiosamente comentada por el director de la multipremiada editorial Anagrama, Jorge Herralde, o por Gaspar Fraga, editor de la revista española *Cáñamo* (la más importante en el mundo hispano en cuestión de drogas), debería tener la publicidad suficiente para ser rentable, pero no ocurre así.

El escritor y también editor Guillermo Fadanelli advirtió en alguna ocasión que los editores fundadores de las más representativas revistas *underground* de los años setenta en Estados Unidos (por ejemplo, *Rolling Stone*) habían sido llamados tiempo después por las grandes empresas editoriales para dirigir sus publicaciones comerciales; lamentablemente para los lectores y por suerte para nosotros —los editores marginales— esto no ha ocurrido en México.

Sólo quien lo ha vivido podrá contar el vértigo de publicar una revista alternativa; más allá de los conceptos, de las teorías neoculturales, hay que chingarse para armar una revista sin el más mínimo apoyo económico. Desde la recolección de textos, la captura, la corrección (si la hay), la impresión —en ocasiones, clandestina— de galeras; la formación manual columna por columna, entre chela y chela, hasta la madrugada... Después, cachondear a los impresores, convencerlos de que lancen el tiraje sin el pago correspondiente, que nos adelanten las revistas mínimas para

*Resulta contradictorio
que las revistas
llamadas
"independientes" sean
las más vulnerables
ante las necesidades de
supervivencia.*

cobrar la publicidad... Y siempre llegará tarde la nueva edición para la fiesta que compense los estragos del parto editorial. Finalmente, cobrar la publicidad, el martirio necesario hasta que aparece aquel añorado cheque que ya debemos. Pero todo esto no debe leerse como una queja, pues nadie nos obliga a pasar por ello. Es, en cualquier caso, un reto existencial que desgasta y a la vez fortalece, que nos hace inmunes ante casi todo desafío del quehacer editorial.

Ante este azaroso panorama de las publicaciones culturales independientes, valdría la pena reflexionar en torno al concepto de *independencia*, pues pareciera una contradicción que las revistas llamadas justamente "independientes" sean las más vulnerables ante las necesidades de supervivencia.

El gran privilegio de las revistas culturales independientes, sin embargo, es su capacidad de arriesgue, pues paradójicamente las que cuentan con jugosos contratos publicitarios son las que regularmente matizan sus contenidos para no poner en riesgo a sus patrocinadores. He sabido de editores que antes de publicar sus revistas consultan a los anunciantes para que autoricen tal o cual imagen o textos provocadores. De ahí también la necesaria presencia de revistas en las que sí aparezcan los más bizarros y pornográficos materiales literarios o artísticos.

En el *Catálogo de Revistas de Arte y Cultura* que publicó el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta) en enero de 1999 (cuyo tiraje se limitó a mil ejemplares y de los cuales se destinaron 309 a cada una de las revistas antologadas, por lo que muy poca gente tiene el privilegio de conocerlo), las publicaciones ahí reunidas se clasifican en tres categorías: las independientes, que significaban en aquel entonces 57% del total; las que cuentan con financiamiento gubernamental, que representaron en ese estudio 28%, y las patrocinadas por la iniciativa privada, que constituían el 15 por ciento.

Otros datos muy significativos de aquel censo revisterril revelan que 49% de las revistas se publicaban en el D. F. y las restantes fuera de la capital, lo que resulta muy des-

proporcionado si se considera la extensión del país, pero sabemos que incluso en la actualidad varios estados cuentan sólo con una o dos revistas culturales independientes. También se informa que, en 1999, 41% de las revistas tiraba menos de 2 000 ejemplares, y que sólo 10% llegaba a más de 10 000. Obviamente, en este último caso estaban revistas patrocinadas por grandes empresas y con contenidos muy vendibles, como *Cinemanía* con 100 000 ejemplares.

Curiosamente, entre las revistas de mayor antigüedad se cuentan algunas de las llamadas “independientes”, como *El centavo*, de Michoacán, surgida en 1954. En el D. F. tres de las más añejas son: *El cuento* (1964), *Blanco móvil* (1985), *Moho* (1990) y *Generación* (1988), mientras que entre las patrocinadas por instituciones gubernamentales o con recursos de la industria privada son muchas las ya desaparecidas en los últimos 10 años, a pesar de sus numerosos anunciantes.

Entre los pocos estímulos gubernamentales que reciben las revistas culturales llamadas “independientes” (término que se contradice por lo que comentaré a continuación), debe mencionarse el apoyo “Edmundo Valadés” que otorga el Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (Fonca). Se trata de una convocatoria que aparece con irregularidad y con criterios poco claros (por ejemplo, existe una diferenciación entre revistas literarias y de arte, con montos muy desiguales), pero cuyo principal error consiste en los montos de los recursos otorgados (cantidades similares a lo que se entrega mensualmente a un joven creador), así como en la injusta exigencia de que cada revista regale dos páginas publicitarias por edición a cambio del apoyo correspondiente, lo cual podría entenderse más como castigo que como premio.

En todo caso, lo ideal sería que las revistas independientes, seleccionadas como las originales y propositivas en el país, accedieran a los presupuestos publicitarios no



En la actualidad los estados cuentan sólo con una o dos revistas culturales independientes.



*Generación, pese a los
obstáculos, llega a su
número 50, para fortuna
de la edición
independiente.*

sólo del Conaculta sino también de otras instituciones gubernamentales, lo que les permitiría demostrar durante un año la validez de sus propuestas editoriales, sin limitaciones económicas, para así intentar consolidarse.

Por otro lado, es urgente que las revistas independientes que en verdad hacen un trabajo cultural (no las historietas del *Libro Vaquero* o las insulsas revistas *Eres*, *Somos* y toda esa basura comercial), disfruten de algunos estímulos especiales. No es posible, por ejemplo, que instituciones como el Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA) soliciten como requisito para otorgar publicidad a una revista cultural que certifique un tiraje de 2 000 o 3 000 ejemplares, ¿realmente es necesario?

Sabemos que ninguna publicación cultural, aun las respaldadas por poderosas empresas privadas, tienen la mínima posibilidad de competir con los lectores de revistas de espectáculos, deportes o chismes de sociedad.

La revista *Generación* llegó el pasado mes de junio al número 50 de su nueva época, y en noviembre espera celebrar su 15° aniversario. Actualmente cuenta con un generoso apoyo publicitario por parte de Conaculta que le permite pagar sus gastos de producción (sin cuestionar en ningún momento sus contenidos), pero ninguna de las personas que intervienen en su realización vive sólo de la revista, y sus colaboradores no reciben paga. Aunque la revista no cuenta tampoco con un departamento de mercadotecnia y publicidad —lo que impide conocer con certeza su potencial de comercialización—, estamos seguros de que esta aventura ha sido muy divertida-irreverente-cachonda, y sabemos que *Generación* sí tiene lectores en los lugares más insospechados del país (la mayoría de sus ediciones de 3 000 ejemplares se han agotado) y llena un pequeño espacio dentro del saturado panorama del mundo editorial mexicano.

Empezar a publicar, cómo y dónde

Publicar, publicar, publicar. Editar un libro como sea. Editarlo porque sí. Publicarlo aunque sea pagándolo del bolsillo. Ver tu nombre en la portada, hacerlo aun a riesgo de caer en el ridículo más elemental. Vanidad, vanidad, vanidad. Vanidad miserable, credibilidad literaria o pedantería cargada de ignorancia, sueños que rondan la realidad o la fantasía y en los que hay un mundo nuevo por descubrir.

La pregunta esencial es ¿por qué se quiere publicar? ¿Por qué cuando se es joven se quiere publicar sin más?

Antes de responder a la inevitable pregunta de cómo publicar y dónde, debemos reflexionar sobre otros aspectos de esta aventura que es la literatura y el mundo editorial. Un escritor joven, con un primer manuscrito entre



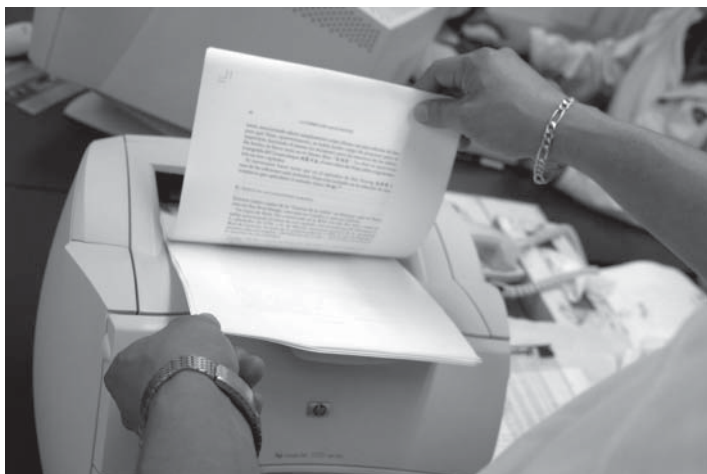
*¿Lo que escribo sirve
para algo más que la
aprobación de una
opinión interesada que
nunca me dice la
verdad?*

sus brazos, debe ante todo valorar lo que está escribiendo con el fin de que no pierda la cabeza ni vuelva locos a los que le rodean, como sucede bastante a menudo.

El primer paso para salir con naturalidad de este dilema, que tarde o temprano nos arrastrará a la enajenación momentánea, es cuestionarse si lo que uno escribe sirve para algo más que la aprobación de una opinión interesada, generalmente de familiares y amigos, que son precisamente los que siempre nos leen y los que, hagamos lo que hagamos, pase lo que pase, nunca te dicen la verdad.

Estos jóvenes escritores que envían un libro de relatos o de poemas descubren en sus primeros balbuceos y contactos con el mundo editorial una necesidad de publicar evidente, aunque sus palabras los desmienten cuando recurren a la opinión desinteresada de un profesional, sea ésta favorable o no.

Este tipo de fórmulas, por lo general honestas y amables, no ablandan al editor, quien por experiencia se olvida de estas labores didácticas que sólo al principio de los tiempos le correspondían, porque es evidente que pocos profesionales de este oficio apuestan por los jóvenes y desconocidos, a no ser que vengan, como en cualquier otro tipo de trabajo, limpios y recomendados.



Visto el panorama tan crudo y real como la vida misma, lo primero es dejarse de humildades que no vienen a cuento y convencerse, aunque nos equivoquemos de lleno, de que lo que tenemos entre manos es publicable. No lo mejor del mundo, pero sí publicable.

Una vez que nos hemos cargado de adrenalina literaria y hemos demostrado nuestras dotes de persuasión, así como algunos conocimientos de *marketing*, el siguiente paso es saber a quién recurrir. En otras palabras, nos fijaremos a quién vamos a molestar hasta la impertinencia a la hora de enviar el manuscrito con acuse de recibo a su nombre.

Para no errar, analizaremos detenidamente el perfil de la editorial y, si tenemos la oportunidad, nos informaremos de la manera de trabajar del editor: si es él quien lee los manuscritos —cosa improbable y que raras veces sucede—, si existe una colección donde ubicar nuestro libro, si la editorial responde a los inéditos que recibe, etc. Nos informaremos por tanto de la posible oportunidad de un escritor joven y desconocido en la editorial.

Si se quiere llegar más lejos se podrá analizar y estudiar la condición sexual del editor o editora, pero esta premisa puede ser hartamente lujuriosa y peligrosa para alguien que sólo quiere publicar su primer libro. Una vez analizado a

¿Quién lee los manuscritos en una editorial? ¿Responde a los inéditos que recibe? ¿Seré capaz de asimilar un no como respuesta?



fondo —pues todo vale en este mercado de la carne y la literatura—, hay que volver al principio.

¿Sirve o no sirve?, ¿lo envío o no?, ¿seré capaz de asimilar un no como respuesta? Como el camino se hace andando, es preferible que lo intentemos, que enviemos el manuscrito después de fotocopiarlo y encuadernarlo tantas veces como sea necesario, a tantas editoriales como conozcamos. A las que nos gustan como lectores y también a las que detestamos por cualquier otro motivo.

Si sale bien y recibimos una respuesta positiva, debemos pensar que, tal como lo intuíamos, somos unos escritores de genio; si no sale como esperábamos, es que el editor elegido no tiene idea de nada. Como en cualquier otra historia de la vida, deberemos insistir hasta acertar con el ingenuo de turno. Así por lo menos nos irán conociendo un poco, y nos servirá para salir del anonimato, estado que en el mundo del libro es una constante tal como están las cosas con tanta publicación que desaparece sin tiempo para ser leída. Así, lo único que se consigue, si finalmente se logra, es pasar del anonimato del escritor sin libro al del escritor con alguno publicado.



En la década de 1830 se fija la figura del editor
que aún conocemos. Se trata de una profesión
de naturaleza intelectual y comercial que
apunta a buscar textos,
a descubrir autores, a vincularlos con la casa
editora, a controlar el proceso que va desde la
impresión de la obra hasta su difusión.

Roger Chartier,
Las revoluciones de la cultura escrita

Como editor, tu deber es producir lo mejor posible el libro que te sea asignado, independientemente de su calidad literaria

Sin duda, Gerardo Cabello es uno de los editores más experimentados en México, que ha trabajado durante más de dos décadas produciendo y cuidando infinidad de obras que han desfilado frente a los ojos lectores del público hispanohablante. Editor incansable en el Fondo de Cultura Económica, donde trabajó 19 años, 16 de ellos como jefe de primeras ediciones y subgerente de producción editorial, Gerardo personifica al editor casi anónimo sin cuya callada labor no habría libros, y que con su oficio hace de la lectura un placer. Maestro de muchos, en esta conversación con Alejandro Zenker salen a relucir algunas de sus experiencias.

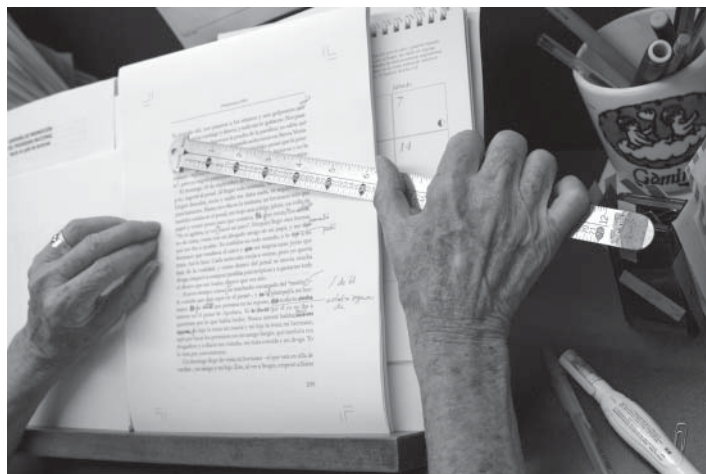


Gerardo Cabello.

ALEJANDRO ZENKER: *En México no existe la carrera de editor. Si bien poco a poco se han venido estructurando e impartiendo cursos, el editor se ha tenido que hacer sobre la marcha, como aprendiz primero, allegándose conocimientos de otros con más experiencia. Cuéntanos cómo fue en tu caso tu acercamiento al quehacer editorial, quiénes fueron tus maestros.*

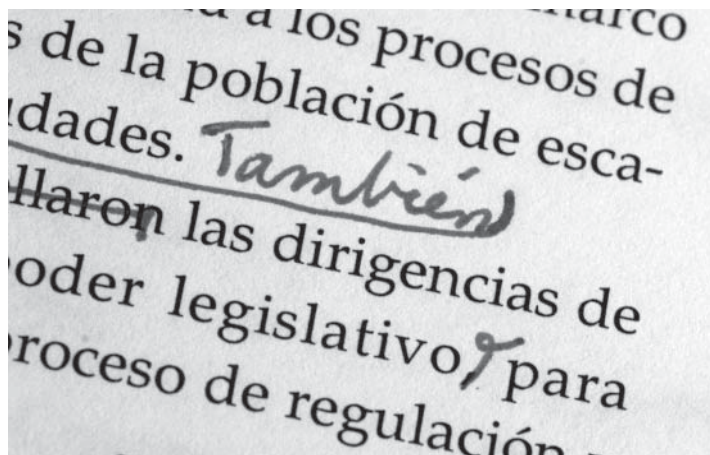
GERARDO CABELLO: Ahí te va una larga historia. Hice mis pinitos como corrector de pruebas en un lugar llamado Editorial Luz, en realidad un taller de imprenta de regulares dimensiones donde se elaboraban desde tarjetas de presentación, participaciones matrimoniales, bolos, hasta libros: el amplio campo de la tipografía de antaño, en que lingotes, tipos móviles, ramas, minervas y prensas planas eran los elementos de la tarea cotidiana. Considero mi primer maestro en asuntos editoriales a Pablo L. Martínez, quien, gran conocedor de la gramática y creador de un juego para enseñarla denominado *Lotería gramatical*, fue mi profesor de cuarto, quinto y sexto años en la primaria pública Francisco A. Peñúñuri, situada enfrente del actual museo José Luis Cuevas, entonces una derruida vecindad. El profesor Martínez —le decíamos maestro Pablo—, con el tiempo autor y editor, a su costa, de la primera historia de la Baja California, nos impulsó a un grupito de compañeros y a mí a publicar una revistita, *Alma Infantil*, para lo cual nos lanzamos a conseguir fondos mediante la venta de anuncios de carnicerías, cajones de ropa, panaderías de los alrededores: Jesús María, Corregidora, Moneda, el mero Centro Histórico pues, a la sazón sin el adjetivo. Aunque ya teníamos casi listo el material y había sido exitosa la venta de publicidad, la Editorial Cvltvra, cuyos talleres estaban en las calles de Guatemala, puso a la impresión de la revista un precio inalcanzable para nosotros: fui director de una revista que nunca apareció, si bien puede decirse que ésa representó mi primera incursión en labores editoriales, que tuvo su continuación hacia finales del año 1953, cuando a mis doce años, y juzgándome el maestro Pablo poseedor de buena ortografía y por ello quizá futuro corrector de pruebas, me colocó en calidad de aprendiz en la Editorial

Luz, donde Miguelito Arroyo y el *Parrandas* Balderas, par de ases en linotipo, me enseñaron los signos y el procedimiento para corregir. Desde el primer momento me fascinó el oficio, que abracé con pasión pese a los contados pesos que me pagaban y a las mentadas de madre de quienes se molestaban porque un chavo corrigiera sus erratas. Y de ahí p'al real. Memoriqué la caja, es decir el recipiente con cajetines que contienen los tipos movibles; luego ya pude formar en metal, me hice linotipista, machoteé revistas —diagramé, diría hoy, elegante, un diseñador de universidad pomadosa—, fui jefe de taller, pero nunca dejé de corregir pruebas, y con el tiempo comencé a revisar originales. Aprendí haciendo: no tomé cursos específicos, aunque, claro, seguí yendo a la escuela hasta que en el primer año de la licenciatura destripé. Mis maestros, aparte de los mencionados, fueron los compañeros tipógrafos que traté a lo largo de dieciocho años de brega en talleres de imprenta, de manera que cuando posteriormente trabajé en periódicos o editoriales, ya tenía cierta experiencia, que amplié, también haciendo, en el Fondo de Cultura, donde trabajé como corrector, primero, y luego, durante dieciséis años, como jefe de Primeras Ediciones y subgerente de Producción.



Podríamos dividir el quehacer editorial en varias especialidades. Tú te dedicaste más que nada a la producción editorial, al menos en el periodo en que tuve el gusto y privilegio de conocerte y trabajar contigo. Aplicaste entonces de manera sistemática los pasos idóneos para producir libros con la menor cantidad posible de erratas. Cada libro pasaba entonces por el diseño, la revisión y el marcaje, el cotejo en el caso de las traducciones, la tipografía, la lectura de galeras, la formación de planas, dos lecturas de planas y la contraprueba. ¿Cómo fue que estableciste y seguiste esos pasos?

Nos conocimos en el Fondo de Cultura, ¿recuerdas? Cuando llegué allí —gracias a Felipe Garrido, a quien debo tanto—, empecé como corrector y por ello me di cuenta de que las lecturas de los libros eran excesivas, situación originada por el hecho de que no se revisaba la pertinencia de las correcciones marcadas en cada etapa, es decir, cuando el corrector Mengano devolvía, por ejemplo, las galeras que se le habían dado a leer, el encargado de producción las mandaba al taller tal cual las recibía; luego el corrector Zutano veía las primeras y le enmendaba la plana a Mengano (para muchos correctores el lector anterior siempre es un pendejo) y de nuevo el encargado las enviaba tal cual al taller; con las segundas ocurría lo mismo, de manera que otra vez debía leerse el material. Era un verdadero desmadre. Así que cuando Adolfo Castañón, nombrado gerente de Producción, me invitó a colaborar con él, lo pri-



mero que hice fue examinar el trabajo de los correctores y advertí que muchos ni siquiera buena ortografía tenían, se les iban saltos, etc. Mandé a la goma a varios que, como es natural, o me mentaron la madre, o me declararon carente o escaso de ella. Luego impuse la aplicación de exámenes a los aspirantes, comencé a revisar la pertinencia de las correcciones señaladas en cada una de las etapas y de ese modo se limitó el número de lecturas. En realidad no establecí nada nuevo: seguí, sí, la antigua tradición tipográfica.

Siempre decías que un libro que mal comienza, mal termina, refiriéndote al proceso inicial de revisión, cotejo y marcaje. Realizar esa labor inicial es también la más compleja, la que más destrezas y conocimientos requiere. ¿Cómo definirías al corrector idóneo para esta primera etapa?

Sería quien, a más de conocimiento amplio de la gramática, así como cultura general aceptable, tuviera también conocimiento amplio de las normas tipográficas y, si se tratase de una traducción, supiera al menos leer el idioma original de la obra en cuestión a fin de evitar los calcos semánticos y los barbarismos en que con tanta frecuencia incurren traductores descuidados.

En la lectura de galeras se cuidan aspectos diferentes que en las lecturas de planas. ¿Podrías explicar las diferencias entre ambas lecturas y describir de qué conocimientos tiene que hacer gala quien enfrente estas tareas?

Convendría aclarar que todavía algunos tipógrafos, de esos que aún hablamos en cuadratines, llamamos galera a la primera prueba de la composición elaborada en computadora, en reminiscencia de la prueba que, rodillo entintado mediante, se sacaba a la composición de linotipo recién fundida, a cuyo conjunto de líneas o lingotes se le decía galerada, y se depositaba en una especie de plancha metálica denominada galera. Respecto de las diferencias entre lecturas, estriban en que la de galeras, por ser la prueba



inicial de la formación, es susceptible de cambios, agregados o supresiones, además de que en esta etapa deben verificarse foliación tanto del original como de las pruebas, exactitud de la caja y la familia tipográfica señaladas, propiedad de la jerarquización tipográfica, localización de callejones y viudas, correspondencia entre llamadas y notas, colocación adecuada de cuadros y gráficas, etc. Importa recalcar la conveniencia de que la lectura de galeras se haga con ayuda de atendedor a fin de captar posibles saltos cuando se ha capturado el texto en el taller o para comprobar la concordancia del original impreso con la información contenida en el disquete enviado por el autor, práctica común ahora. Todo lo anterior tiene el propósito de que las planas estén exentas de errores hasta donde sea posible y sean casi las pruebas definitivas. Sin duda, quien realice estas labores será un corrector acucioso, avezado, con ojo.

Al finalizar la producción del libro viene una etapa poco comprendida y mal ejercida en muchos casos, que es la revisión final de lo que llamábamos las "pruebas finas", es decir, la contraprueba. ¿Cómo llevarla a cabo, cómo evitar las erratas de último momento?

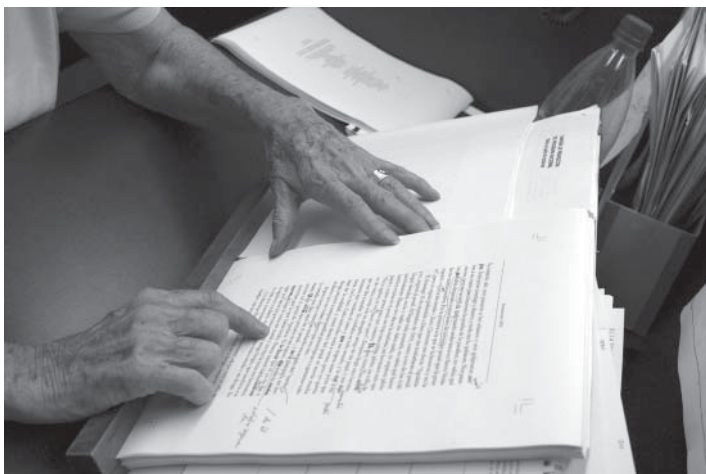
Ahora se confía demasiado en las computadoras y se piensa que cuando se llega a las pruebas finas es imposible que

la composición se mueva; sin embargo, un teclazo involuntario e inadvertido puede comerse letras o palabras, o algún factor electrónico provocar *reflujo* del texto. Opino que debe actuarse a la antigüita: abanicar, lo que se llama abanicar, no ver plana con plana a trasluz. Sin embargo, aun en el ámbito editorial universitario se desconoce o se olvidó este procedimiento.

En el terreno tipográfico viviste prácticamente toda la evolución tecnológica, desde el linotipo que se usaba en los viejos talleres del FCE, pasando por la composer de IBM y las viejas fotocomponedoras, hasta la aparición de los programas de cómputo de composición y las impresoras láser. ¿Cuál fue en este sentido tu experiencia, qué perdimos, qué ganamos con la evolución tecnológica?

Como ya te dije, antes de llegar al Fondo yo había sido linotipista, como dos hermanos míos, y conocí también las *composers* y las fotocomponedoras, las cuales eran manejadas por improvisados operarios con salarios miserables comparados con los cobrados por los linotipistas. Cuando trabajé como corrector en un lugar donde había aquéllas, mientras estuve allí no lograron meter automáticamente en el texto las correcciones, lo cual era una de sus supuestas ventajas. Ante esto, pensaba: “No hay como el linotipo”. Luego, ya en el Fondo, para el que trabajaban diferentes talleres linotipográficos, entre ellos nuestra vecina Gráfica Panamericana, empezaron a entrar talleres de fotocomposición: ¡qué problemas acarreaban! Había, recordarás, dos tipos de papel fotográfico en que se imprimía la composición: uno de cierta duración (para libros, digamos, por su proceso lento) y otro totalmente efímero (para revistas o publicaciones de rápida producción) sobre los que se pegaban, previamente recortadas, las correcciones (a veces una palabra, a veces una línea, en ocasiones, si había recorrido, todo un párrafo). De este modo, cuando llegabas a lo que ahora serían pruebas finas (y si además el taller, mañosamente, había utilizado papel efímero), tus planas eran un conjunto de grises sobre el fondo amarillo del papel, y

el dizque tipógrafo del taller te decía: “Tiene que imprimirse de nuevo todo el texto”. ¡Mecachis en la mar! Ante esto, pensaba: “No hay como el linotipo”. Pero al Fondo llegaron las computadoras, más bien llegó porque era una pequeña Macintosh en la cual se elaborarían los preliminares, que los talleres que trabajaban para el Fondo se dilataban mucho en hacer. La verdad, nunca me había acercado a una computadora y me maravilló, me espantó la rapidez y la claridad con que operaba la maquinita. Aun así, me resistí un poco a aceptar que la computadora sí superaba al linotipo y te eximía del riesgo de la silicosis, contraída por muchos compañeros tipógrafos. Ahora estoy convencido de que es un gran sistema, aun cuando, como todo actualmente, se emplea con un sentido mercantilista exagerado por gente que no tiene la menor idea de la tipografía. Eso es lo que perdimos: la experiencia de los viejos tipógrafos que no quisieron o no pudieron actualizarse para operar los nuevos inventos, los cuales dieron paso a una cáfila de advenedizos e improvisados que se dijeron o se dicen tipógrafos porque saben teclear en una computadora. Pero finalmente se ha ganado: la nueva tecnología nos permite hacer todo y más de lo que hacíamos con aquellos instrumentos ahora sí arcaicos. Claro, a condición de que se tenga u obtenga el conocimiento necesario para ello.



Permíteme recordar a don Jaime García Terrés: él se empeñó en que el Fondo de Cultura Económica tuviera su propio taller de composición electrónica y lo consiguió pese a la oposición de funcionarios subalternos de él enquistados en esa institución. No creo equivocarme si digo que don Jaime fue precursor del uso de la nueva tecnología en una editorial.

Si bien los libros los producíamos de acuerdo con ciertas normas, recuerdo bien la lección que una vez me diste cuando me expresaste sabiamente que hay que seguir las normas escrupulosamente, pero no a lo pendejo, frase que apliqué con singular alegría en mis talleres. Cuéntame de esa flexibilidad que debe tener el editor.

Si alguna vez te dije eso, lo he olvidado. Las normas son las normas.

Evidentemente, en materia tipográfica, un libro debe componerse de manera armónica. Cuéntame cómo concibes una relación adecuada entre caja, interlínea y cuerpo.

No soy, de ningún modo, teórico de la tipografía. Sin embargo, pienso que como nosotros para respirar, la página necesita aire para ser legible: márgenes generosos, interlíneas amplias, tipos bien definidos. Por cierto, tamaño del tipo e interlínea constituyen el cuerpo: tipo de 10 puntos en cuerpo de 12, por ejemplo.

Las familias tipográficas han pululado en los últimos años, víctimas de una especie de explosión demográfica donde hay engendros espantosos que son una afrenta al buen gusto y otros que logran su objetivo. Recuerdo que una de tus familias predilectas era la Aster. ¿Por qué? ¿Qué otras familias privilegias en el caso de los libros?

Porque es un tipo de rasgos bien definidos y de buen ojo. Me gusta mucho la Garamond; no tanto la Garamond a secas, que es muy redonda: la Simoncini Garamond, la AGaramond.

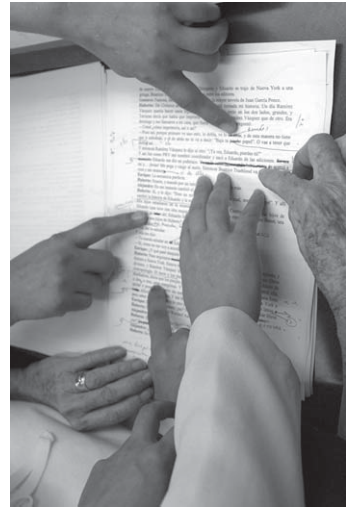
No hay libros sin erratas. Sin embargo, después de toda esta experiencia que has acumulado, ¿qué crees que podría hacerse para mejorar el trabajo editorial, para minimizar erratas?

Pienso que si el encargado de cada una de las etapas de producción trabaja con cuidado, las erratas disminuirán: la capturista o el formador deben pasar indefectiblemente el diccionario a lo largo del texto que estén componiendo o formando; los correctores, de galeras, primeras o segundas, deben hacer su tarea pensando que su lectura será la única, que no habrá otra oportunidad para cazar la errata, porque ocurre que muchos correctores esperan irresponsablemente que el lector de la prueba siguiente marcará lo que se les haya pasado. Pero, sobre todo, hay que aplicar exámenes aun a las personas que se jacten de ser correctores: ¡te llevas cada sorpresa! Mediante aquéllos verificarás su dicho y también serán útiles para descubrir el *ojo*, las posibilidades de algún aspirante a quien quizá le falten los conocimientos suficientes, pero al que puedes capacitar, porque tiene eso: *ojo*, es decir, la rara cualidad de captar con presteza las erratas.

Recordarás aquellos tiempos en que la producción de un libro tomaba eternidades. Lo menos que corría era la prisa por sacarlos. Salían cuando debían salir. A veces eso sucedía hasta años después de iniciada su producción. Pero un día eso cambió, y lo que antes tomaba años tenía que salir en pocos meses, a veces ahora hasta en semanas y en casos extremos en días. Esa prisa ¿hace que el libro se pueda cocinar debidamente? ¿Antes sólo perdíamos tiempo o hubo algo que se perdió con el cambio de paradigma?

Sólo te hablaré de mi experiencia en el Fondo. Tal vez de lo que diré te venga la idea de que la producción era lenta, pero hay razones para ello. Hace 16 años, cuando asumí la jefatura de Primeras Ediciones, había más de doscientas obras en diversas etapas de producción, las cuales estaban siendo elaboradas por 35 talleres de calidad desigual, algunos malísimos, lo que agravaba la situación. Se habían rezagado no sólo por el ir y venir de pruebas que ya mencioné, sino porque muchos de esos talleres tenían el trabajo del Fondo

como relleno, a pesar de que habían cobrado jugosos adelantos. Imagínate el relajo. Me llevó mucho tiempo la revisión de la pertinencia de las correcciones, práctica que no se seguía, como ya te dije. Al principio lo hice solo, pero fui preparando en ello a correctores de nuevo ingreso, a los que con el tiempo llamé editores, en el sentido de quienes cuidan un libro desde original hasta pruebas finas. Respecto a si puedes cocinar aprisa un libro, yo diría que mientras coordines adecuadamente a tus colaboradores, puedes hacerlo tan rápido y tan bien como lo desees. Finalmente, no considero que perdiéramos el tiempo, pues aprendimos a hacer mejor las cosas cada día.



En la producción editorial hay quienes ejercen el oficio superior de burócratas y no entienden a quienes estamos en la trinchera de la producción editorial. ¿Qué nos puedes contar de tus batallas contra la ignorancia en las propias filas de la editorial?

Esas batallas de que hablas fueron enconadas, pero pienso que cuando tienes razón debes defenderla contra cualquier funcionario por gallón que sea. Yo tuve muchas broncas por exigir respeto a nuestra tarea, tan ninguneada sobre todo por los lameculos de los jefes y hasta por estos mismos.

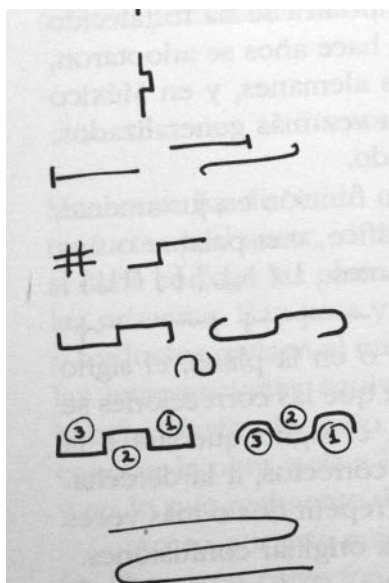
Emilio Brugalla Turmo anotaba en una de sus ponencias que "se ha hablado de los libros malos y buenos". Y continuaba: "¡Curiosa discriminación! En el prólogo de la novela picaresca El Lazarillo de Tormes, el supuesto autor, Diego Hurtado de Mendoza, nos informa que Plinio dijo que no hay libro, por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena. Aforismo que repite dos veces Cervantes en El Quijote". ¿Opinarías hoy en día lo mismo? ¿Te tocó alguna vez producir un "libro malo"? ¿O a todos los libros por igual les pones el mismo cariño?

Como tipógrafo, como editor, tu deber es producir lo mejor posible el libro que te sea asignado, independientemente de su calidad literaria: que ésta la juzguen los críticos.

En el pórtico de las grandes bibliotecas de Egipto esculpían una frase referente al libro (en aquel entonces en forma de rollos de papiro): "Tesoro de los remedios del alma. Vergel de abundantes frutos. Maestro de bellas enseñanzas". A ti te tocó producir libros ordenados por intereses políticos. ¿Seguirías suscribiendo esa frase o la enmendarías?

Creo que si bien no todos los libros se ajustan a esa frase, si hablamos en términos generales continúa vigente. Respecto de los otros libros de que hablas, los hice con igual gusto que los demás, aun cuando despreciara a sus autores: suficiente tienen con que sus engendros se pudran en los almacenes.

Hoy en día las editoriales se han convertido en entidades muy complejas, donde ya no forzosamente hay un solo dueño. En muchos casos, los directivos ya no siempre saben cómo se produce un libro más que en términos muy superficiales si es que acaso. Eso hace que tengan que rodearse de gente que sabe hacer libros y que también se den conflictos entre quienes "mandan" (y representan los intereses comerciales) y quienes "obedecen", siendo estos segundos los que tienen en sus manos la producción editorial. Ellos, los dueños, los directores, probablemente se consideran "editores" como si "ser editor" fuera igual a "dime qué vendes y te diré qué eres". ¿Consideras que ellos son editores? ¿Qué es para ti propiamente un editor?



El mercantilismo ha sido llevado al extremo. Es natural que haya conflictos: ¿aceptarán los dueños del parné que son pendejos? Es el cambalache de que habla el tango: hoy lo mismo vale un burro que un gran profesor. Conozco a algunos de tales mercaderes, porque eso son. De editores sólo tienen el nombre. Para mí un editor es quien, en acuciosa tarea, se encarga del cuidado de un libro desde el original hasta las pruebas finas, proceso durante el cual sugiere, enmienda, mejora.

Muchos aprendimos de ti a lo largo de años de trabajo. Siempre fuiste un mordaz crítico, pero también un maestro solidario. ¿Qué nos cuentas de tus discípulos, de tus enseñanzas?

Qué propio eres: me calificas de mordaz crítico por no decirme cabrón. Si algo enseñé a alguien, ojalá le haya sido útil.

El quehacer editorial ha venido subdividiéndose en ciertas especialidades. ¿Consideras que eso es conveniente? ¿O deberíamos volver a nuestros orígenes, cuando el editor conocía y manejaba el proceso de pe a pa?

Creo que esto último sería lo conveniente, pues el libro debe verse como un todo.

Aunque en México no existe la carrera de "editor", creo que los que ya vamos de salida, por decirlo de alguna manera, tenemos que bregar por la profesionalización del quehacer editorial. ¿La consideras necesaria? ¿Qué opinas de una carrera de editor a nivel de licenciatura?

Estoy de acuerdo con esa profesionalización que mencionas: debe darse la importancia que merece a una ocupación frecuentemente ninguneada. Se me ocurre que las aulas en que se impartiera tal licenciatura estuvieran constituidas por un gran taller donde se aprendiera a hacer los libros haciéndolos.

En otros países el quehacer editorial se aborda ya como ciencia, por lo que a su estudio y capacitación se le ha dado en llamar "ciencia del libro". ¿Consideras que el quehacer editorial puede ser abordado científicamente?

Yo he sido, soy, tipógrafo, editor empírico. No quisiera enfrascarme en temas que francamente desconozco.





*Tras todos estos años de dedicación a la producción de libros,
¿qué es lo que más te ha resultado gratificante, qué es lo que más te satisfizo?*

Tenía yo doce años y dizque corregía un boletín de la Embajada Argentina, que en opinión del agregado cultural argentino tenía menos erratas desde que yo lo leía. Me dijo: “Te felicito, pibe”. No lo olvidé. Y siempre quise hacer mi trabajo lo mejor posible para mi propia satisfacción.

¿Quieres agregar algo?

Es la primera vez que alguien me entrevista y no creo que haya otra. Me agradó que fueras tú. Y quién quita, de aquí a la fama.

En la SEP estamos tratando de abrir el mayor número de puertas a la lectura

***P**ara esta conversación encontramos a Elisa Bonilla en sus amplias oficinas, desde las que se vislumbra una espectacular vista de la ciudad de México. Nos recibe, amable como siempre, con esa sonrisa generosa que induce a la confianza. Elisa es, desde 1993, directora general de Materiales y Métodos Educativos de la Secretaría de Educación Pública (SEP). Ha sido responsable de la edición de la tercera generación de libros de texto gratui-*



Elisa Bonilla.

tos y de otros proyectos educativos importantes. Actualmente coordina el Programa Nacional de Lectura para la educación básica y normal, desde el cual promueve, entre otras cosas, la dotación de bibliotecas de aula y escolares a todas las escuelas públicas de educación básica en México.

ALEJANDRO ZENKER: *De los diversos temas que abordaremos no queremos tanto la versión oficial, como lo que tú opinas. Por lo tanto, comencemos con la pregunta ¿quién es Elisa Bonilla? ¿Cómo llegas a los libros? ¿Cuáles fueron las influencias que guiaron tu acercamiento a ellos?*

ELISA BONILLA: Siempre me es difícil separar a Elisa Bonilla la persona, de la funcionaria, no sólo porque llevo diez años aquí, sino porque tomo mi responsabilidad muy en serio. En cuanto a los libros, viví entre ellos desde mi infancia. Soy hija de librero y nieta de maestro. Incluyo a mi abuelo porque mi papá se llevó a sus suegros con él cuando se casó y siempre tuvieron una relación muy estrecha, convivimos todo el tiempo. Por eso, para mí los libros son objetos de lo más cotidiano en mi medio, absolutamente urbano. La primera casa que recuerdo —en realidad, departamento— estaba en la calle de Donceles, donde luego estuvo el Teatro Fru Fru; todavía existe el edificio. La Librería Bonilla



del libro técnico, la librería de mi papá, estaba en el entrepiso; mi papá y mi mamá vivían en la trastienda, y yo arriba con mis abuelos.

Después di muchas vueltas antes de llegar al quehacer editorial. De hecho, casi pensé que no me interesaba. No como los libros, porque éstos y la afición por leer y por estudiar siempre estuvieron ahí. Estudié matemáticas en la Universidad Nacional y seis años en Cambridge, donde hice posgrados en educación y enseñanza de las matemáticas. Regresé a México en 1986, al Centro de Investigación y Estudios Avanzados del Politécnico (Cinvestav), donde fui investigadora en dos departamentos: Matemática Educativa e Investigaciones Educativas. En realidad me especialicé en educación, y así fue como me invitaron, en 1993, a crear esta Dirección General de Materiales y Métodos Educativos. Cuando llegué aquí, el planteamiento era de dos órdenes: generar un grupo de especialistas que abarcara todos los temas del currículum (Lengua y Comunicación, Matemáticas, Ciencias Sociales, Ciencias Naturales y lo que llamamos Actividades de Desarrollo), y un área encargada de la transformación de ese conocimiento en productos, que originalmente fueron libros. Hace unos años empezamos con audiovisuales y cada vez tenemos más presión para elaborar materiales informáticos, pero lo que





esta Dirección ha producido, sobre todo a lo largo de diez años, son libros, para niños, de texto, para maestros, en distintas versiones, tanto guías didácticas como coediciones de libros pedagógicos, etcétera.

*Dado que en México no existe la carrera de editor,
¿cómo aprendiste las artes del libro?*

En realidad es un oficio que fui desarrollando aquí. La parte más general, más intuitiva, proviene de mi familia, del gusto por las hojas impresas, de reconocer una tipografía, de haber mirado, leído y reflexionado sobre muchos libros; es un asunto muy familiar.

¿Surge más bien por ósmosis?

Una suerte de ósmosis, sí, no lo podría expresar de otra manera. Y cuando llegué aquí, tuve que aprender muchas cosas sola: leyendo, visitando directamente las imprentas, hablando con los diseñadores, en un trabajo muy, muy veloz. Durante los primeros años, para mí, el acento más fuerte estuvo puesto en la concepción de un material educativo, que es un quehacer editorial muy enfocado a cierto tipo de objeto.

En ese sentido, mi maestro fue mi jefe de entonces, el subsecretario Olac Fuentes Molinar, que tenía tam-

bién una relación muy larga y muy particular con los libros. Me exigió, pero me enseñó a ir mirando los libros de texto, a conseguir los de otros países, a ver cómo habían dejado de ser objetos con textos lineales para convertirse en una multiplicidad de textos dentro de uno solo, a valorar el peso de la imagen como contenido. Y a partir de este diálogo permanente acerca del material que queríamos producir para las escuelas de México, con los especialistas del tema, entendiendo lo que querían hacer respecto a la transmisión de conocimiento, buscábamos el objeto que mejor servía para esa tarea. La doble formación en educación —formal e informal— me permitió ir construyendo esta manera de hacer libro educativo y de ir generando la experiencia junto con un equipo que se fue integrando y especializando.

*El cargo que tienes es poderoso, polémico, delicado, y muchos editores independientes critican la labor del Estado editor, argumentando que le quita posibilidades de desarrollo a la industria editorial.
¿Qué opinas sobre ese Estado editor?, ¿debe existir?
¿No debería pasar la edición de los libros de texto a manos privadas?*

Creo que ninguna de estas preguntas se debe responder de manera atemporal. La historia es muy importante. Respeto mucho la decisión de Torres Bodet y del presidente López Mateos de garantizar un libro o libros de texto —porque siempre fueron varios, varias asignaturas— para todo el país.



En los años sesenta, más o menos, un porcentaje muy pequeño, 10 o 15% de las aulas, tenía garantizados sus libros de texto, adquiridos por los padres, no por el Estado; cerca de 30%, correspondía a una mezcla donde la falta de equidad se hacía muy presente: los que podían comprar libros y los que no podían hacerlo; y, por último, una enorme masa sin libros e incluso sin escuela. En ese momento se atendió a la cobertura del servicio educativo y se construyeron escuelas para garantizar que todos tuvieran acceso, fue parte del llamado “Plan de Once Años”.

Se formó entonces una comisión de notables y de especialistas de este país —la Comisión Nacional de los





Libros de Texto Gratuitos—, que pudiera hacer esos libros y que, además, debían ser lo más barato posible para llegar a todos, ya que los recursos estatales siempre son magros; ése es un problema muy real.

Hoy es un derecho de los niños, de escuela pública o particular, y todos tienen la posibilidad de acceder a un conjunto de materiales que hace efectiva la gratuidad establecida en el artículo tercero constitucional. Mucho se discutió en 1960 si era efectiva o no la gratuidad de la educación, porque una parte muy importante —los libros para instruirse— tenía que ser cubierta por los padres.

El Estado tomó una decisión muy importante. Ha habido desde entonces tres generaciones de libros de texto: la de los años 60, la de 1972, que promovió el presidente Echeverría. Entre 1972 y 1993 hubo intentos de modificaciones parciales de una o dos asignaturas o grados, cambio de portadas, pero como generación y concepto completo tienen que pasar más de 20 años para que se vuelvan a tocar los libros, y eso ocurrió al iniciar el 93, cuando se renuevan los textos mediante concurso. Es en esta última etapa en la que me tocó participar a mí.

Cuando se plantea que son libros de Estado, no quiere decir que sean elaborados por funcionarios. Habría que ver quiénes son las plumas que están detrás. Por ejemplo, en el caso de los libros de los años setenta, se solici-

ta la colaboración de la gente más pensante y de las instituciones en las que trabajan. El Cinvestav del Instituto Politécnico Nacional hizo los libros de ciencias naturales y matemáticas, y El Colegio de México, los de español y ciencias sociales. Eran personajes “incomprables” por el Estado, equipos de la más alta calidad que modernizaron los contenidos y los métodos educativos. Si hacemos memoria, las grandes críticas contra la SEP, en ese tiempo, se debieron a la introducción de la educación sexual y a temas polémicos de la historia reciente, como las revoluciones china y cubana, y a la inclusión de personajes como el *Che* Guevara y Mao. No había intento de adoctrinar, como a veces se afirma, sino de poner al día los textos.

Por mi experiencia puedo afirmar que son libros que tienen una inversión enorme (por el pago a quienes escriben, revisan, diseñan, a fotógrafos, ilustradores, etc.). A precios actuales estaríamos hablando de unos tres millones de pesos por título. En ese sentido es muy justo decir que son libros de la más alta calidad y que es difícil que una editorial pudiera hacer una inversión de tamaño semejante. Además, en el caso de la generación del 93, que es la que me tocó coordinar, no sólo fueron escritos por algunos de nuestros mejores expertos sino que son libros probados en aula. Algunos experimentos de ciencias naturales, por ejemplo, que nos parecían hermosísimos encima del escritorio, no funcionaron en aula y se modificaron. Tienen atrás un proceso muy riguroso de convalidación de diversas entidades gubernamentales y no gubernamentales que exige muchísimo, tanto en recursos humanos y relaciones como en inversión financiera.

Si la Secretaría se retirara y entrara el mercado, desde los puntos de vista financiero y pedagógico sería una pérdida enorme para los niños de las escuelas primarias y también para el erario. Digo que en términos pedagógicos no hay ganancia, porque sería muy difícil ga-





rantizar la continuidad y la congruencia didáctica en cada materia, a lo largo de los seis grados. Particularmente, en el tema de la unicidad del texto —donde se han centrado el mayor número de críticas— no habría mayor avance: cada alumno recibiría el mismo número de libros por grado escolar. Cuando se habla de introducir libros comerciales se supone, erróneamente, que el alumno tendría acceso a una variedad de puntos de vista, pero en realidad sólo conocería uno para cada materia; la postura del autor que le tocara en suerte. En ese sentido, el texto seguiría siendo único. ¿Dónde está entonces la ganancia educativa? Financiera-mente hace menos sentido aún. Hoy le cuesta al Estado alrededor de cinco pesos cada libro con los precios actuales de impresión, cuando en otras épocas el costo era de casi un dólar —han bajado el precio del papel y los costos de impresión—. La Secretaría compra, desde 1996, los libros de texto de secundaria que publican las editoriales, con la concurrencia de recursos federales y estatales. Hoy se paga al editor más de 30 pesos por ejemplar, menos de la mitad que en librerías, pero seis veces lo que le cuesta al Estado —y a los contribuyentes— producir y distribuir el texto gratuito de primaria. Con la obligatoriedad de la educación secundaria se llegó a un arreglo distinto con la industria editorial. Éste ya era un mercado muy consolidado para



la adquisición de libros, y había la idea de mantener la diversidad y otras consideraciones.

Esos libros sí los hacen las editoriales privadas...

Sí y se evalúan aquí, se saca una lista anual de libros de texto autorizados —que ya está cerca de los 500 títulos—, los maestros de secundaria escogen y con base en esa selección se realiza la compra. Ahí se ve una enorme diferencia de precios. Lo que nosotros propusimos...

De cinco a treinta pesos...

...o más, treinta y tantos. Desde el punto de vista de quienes pagamos impuestos, es una diferencia enorme; el precio se elevaría seis veces y los niños tendrían el mismo número de libros, además habría otras complicaciones. En términos de calidad, sería indispensable garantizar que fuera la misma de los libros que hace la Secretaría con todo lo que he comentado. También en los asuntos de secuencia, que en la primaria tiene mucha importancia. Si tienes

un libro de un autor y otro de otro, el asunto se complica muchísimo. Tampoco está cuantificado lo que implicaría la distribución de libros ya no a granel, sino a las 100 000 escuelas con 100 000 pedidos, en lugar de cubrirlo con un mismo pedido nacional. La distribución venía costando entre cinco y diez centavos por libro, pero esto subiría casi al precio del libro.

Actualmente se publican 160 000 000 de libros y se distribuyen a las escuelas, a granel, a lo largo de seis meses. Con el supuesto anterior, se requeriría una organización totalmente distinta, la cual tendría complicaciones financieras y de otro tipo que no han sido suficientemente evaluadas cuando se hacen estas propuestas alegres.

El asunto más importante para mí es en términos de lo que los niños pierden. La educación moderna requiere que, además del libro de texto, tengamos otros libros en el aula, no quedarnos sólo con lo que dice el texto sino confrontar otras fuentes, decidir si los hechos, como están planteados en un libro de historia, tienen otras visiones posibles, y eso sólo se da si se tiene acceso a una biblioteca y no nada más a un libro de texto.

Al reducirse los costos de los libros, el planteamiento de la Secretaría fue que, en lugar de tener un esquema de uno o dos títulos con la industria editorial, que hubiera favorecido a una o dos editoriales, se incorporaran muchos más libros a las escuelas, a través de las bibliotecas de aula, ejercicio que estamos haciendo con la empresa privada: más de 150 editores, que representan a más de 400 sellos editoriales, registraron títulos para participar en el proceso de selección 2003, que está en curso.

Para satisfacer el tipo de demandas que tiene la escuela básica y la clase de ciudadanos que queremos preparar, se necesita más de un texto, más fuentes de información, otros instrumentos. El texto es suficiente para ciertas cosas, pero podemos enriquecer mucho más





el proceso de enseñanza. Tenemos que hablar de generar el acceso a una multiplicidad de libros en la escuela.

El año pasado se compraron 30 000 000 de libros para dotar a las 780 000 aulas de todas las escuelas públicas de educación básica, y se hizo con un presupuesto de aproximadamente 400 000 000 de pesos. Con eso se puede calcular cuántos libros de texto se habrían comprado con ese dinero, frente a cuántos se compraron (adicionales a los textos gratuitos que se distribuyen cada año) y el número de editoriales que está participando.

Mientras que el mundo editorial del libro de texto es muy reducido, el mundo de los libros infantiles y juveniles para las escuelas es mucho más amplio. Le hemos dado la vuelta al asunto, aunque no se ha discutido desde ese ángulo la participación del Estado. El Estado podría haber hecho bibliotecas de aula y sacado una colección de 30 títulos, por grado, que es el número de obras que se entregó el año pasado a cada aula, y sin embargo la apuesta fue otra, porque también la oferta de hoy no es la de hace 40 años, cuando López Mateos y Torres Bodet decidieron que el Estado editara libros de texto gratuitos.

Entramos ahora al tema de la lectura. Ya hablamos del libro de texto, de esta biblioteca que se está formando, pero el asunto de la creación del lector es todavía más complejo. Desde el punto de vista de las responsabilidades, ¿en quién radica la obligación de hacer de la población una entidad lectora? ¿En el Estado, en la industria editorial?

En todos. Cuando recae en sólo una de las partes, tenemos problemas. Por otro lado, si la principal misión de la escuela es enseñar a leer —y si somos justos—, la escuela pública mexicana ha cumplido.

Recordemos a Vasconcelos cuando creó esta institución (SEP) en 1921. Había 14 000 000 de mexicanos, de los que

sólo un millón estaba en la escuela, por lo que teníamos alrededor de 80% de analfabetos. Ésa era la situación del país. Su objetivo en ese momento fue que los mexicanos tuvieran en promedio una escolaridad de cuatro grados, que era el requisito para ser maestro rural. Da comienzo la universalización de la educación en México, la idea de educación para todos, con una institución federal —la SEP— como sustento. El tema de la calidad y otros atributos que ahora le pedimos a la educación ni siquiera estaban presentes. La sola meta de ir a la escuela, aprender a leer y a escribir, era suficiente entonces. Cuando ahora nos referimos a la *lectura* y a *formar lectores*, no hablamos de lo que se entendía antes. Los procesos no son tan rápidos como uno quisiera, tienes que construir instituciones y generar condiciones para lograr cosas.



El objetivo de Vasconcelos —de tener una escolaridad promedio de cuatro grados— se alcanzó a mediados de los años ochenta, 65 años después, y se logró fundamentalmente con el trabajo de la escuela pública. ¿Y por qué en tanto tiempo? Entre otras cosas porque la población creció 700%. A veces se nos olvida que entre los años cincuenta y los ochenta, México duplicó varias veces el tamaño de su población. La matrícula pasó, en 1960, de 6 000 000 de niños y jóvenes en las escuelas del país, a 12 000 000, en 1970, y luego a casi 22 000 000, en 1980. Hubo que generar lectores en esas circunstancias, según se entendía en aquel momento. Tendríamos que hablar también de lo que significa leer.

En tiempos de Vasconcelos y de la universalización de la educación, leer era aprender el código, punto. Saber lo que dice aquí, leerlo en voz alta, escribir el nombre propio, saber cosas básicas, rudimentarias. Se hablaba de la escuela elemental. Como ya dije, para ser maestro rural, el requisito era tener cuarto grado de primaria. Ése era el maestro que iba a enseñar, y conseguir a alguien con cuatro grados de primaria en esas zonas era importantísimo para garantizar una escuela. Ése es el país a partir del cual nos hemos construido. Si comparamos el número de analfabe-

tos que tenemos hoy, y que fundamentalmente están entre personas mayores, y los que había en 1921, existe una diferencia muy importante por la que se le puede dar crédito a la escuela pública.

Si se ve en términos de lo que fue la segunda mitad del siglo pasado, cuando la escuela primaria ya era de seis grados y se exigía la educación elemental, había crecido la demanda. En los exámenes para terminar la primaria se evalúa, por ejemplo, la comprensión lectora, la habilidad verbal, etc., y los resultados van hacia arriba, notablemente. De 1995 a la fecha se estandarizaron las pruebas y podemos hacer comparaciones. Para lo que la escuela primaria está pidiendo, no lo estamos haciendo tan mal, creo que hay buenos indicios.

Donde el asunto es más preocupante es en la formación de lectores adolescentes, porque aspiramos a que tengan un estándar de lectura mucho más complejo. Recordemos que a partir de 1993 la escuela secundaria se hizo obligatoria, y ahí el asunto ya es de otra naturaleza.

Por ejemplo, en el estudio que realizó la Organización para la Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE), conocido como PISA (Programa Internacional para la Evaluación de los Estudiantes), muy publicitado en la prensa escrita, en el que se reportó que salimos en el lugar 31, se establecen cinco niveles para definir a un lector. El uno es el nivel más elemental y se refiere a que el lector sea capaz de encontrar la información más explícita en un texto simple, mientras que el cinco alude a una lectura crítica que expresa pensamientos complejos, en la que el lector no está familiarizado con el tema, que contiene términos técnicos y del que debe sacar conclusiones que, a veces, son contraintuitivas. Según mi experiencia docente, esto es lo que esperamos de los egresados de una licenciatura y no de la escuela secundaria. La OCDE recomienda, para los 15 años de edad, el nivel tres, que es el intermedio. Ése es



el tipo de habilidades que exige la vida moderna y que, por ende, debe ofrecer la educación pública obligatoria.

En México 19% de la población encuestada está en el nivel tres, pero tenemos 1% de nivel cinco y 6% en nivel cuatro, lo que para mí —aunque sea muy poco respecto de otros países, Finlandia tiene 18% en nivel cinco— fue una enorme sorpresa favorable. Lo que está establecido en los planes de estudio de las escuelas secundarias nunca se cumple a cabalidad por la totalidad de alumnos, pero 7% de la muestra sí tiene habilidades muy superiores a lo esperado para este nivel. Lo preocupante es que 16% de la muestra está en el nivel cero, ni siquiera alcanza el nivel uno. En estudios posteriores hallamos que una proporción importante corresponde a alumnos extraedad, sobre todo de zonas rurales, que no han terminado la primaria y que, si concluyeran su educación básica, tendrían la posibilidad de salir de ese nivel cero. Hay muchas maneras de leer los datos... Esta información debe servirnos, sobre todo, para orientar las políticas educativas que se pongan en marcha y para ponernos metas nacionales, no para flagelarnos.

La respuesta para un país y sus instituciones tiene que ser a largo plazo, no inmedatista. No hay soluciones así, tiene que haber constancia y dirección. Nuestro concepto de lectura ha variado en el tiempo. No es lo mismo una educación obligatoria de 10 grados —o 12 como tendremos pronto, porque la obligatoriedad del nivel preescolar, para niños desde los tres años, comienza en el 2008—, que estar pensando en cuatro grados. Y las necesidades respecto de la lengua y la cultura escrita que se tienen en esta era de la información son muy diferentes de las de 1921.

Hay posturas muy fuertes, bastante elitistas, que afirman que leer es sólo leer libros, completos, de tapa a tapa, y de preferencia o exclusivamente de literatura. Ésa es una manera de concebir la lectura. En la SEP y desde la escuela la pensamos en un sentido más am-



plio, creemos que las estrategias lectoras que se obtienen en la escuela deben permitir leer literatura y disfrutarla, pero también muchas otras cosas. Por eso, las bibliotecas de aula han insistido en incluir 50% de libros informativos. Hay niños que llegan a la lectura a partir de sus intereses, que pueden estar en la poesía, pero también en los dinosaurios, y eso es perfectamente legítimo. Estamos tratando de abrir el mayor número de puertas a la lectura. ¿Qué pueden hacer ahí otros? Eso es lo que tenemos que debatir en foros con otras instancias gubernamentales, con la Cámara Nacional de la Industria Editorial, con los editores en general, los libreros y los autores. Creo que tenemos que generar sinergia, encontrar las convergencias posibles para tener realmente un país de lectores y lectoras.

Hoy vivimos grandes transformaciones en el mundo editorial, grandes grupos trasnacionales absorben a las editoriales medianas, las pequeñas sufren para sobrevivir, las nuevas tecnologías avanzan a grandes pasos y nuestro quehacer cambia de manera vertiginosa. ¿Cómo ves la coexistencia entre lo viejo y lo nuevo?

Aquí estamos a la expectativa, vemos las transformaciones, cómo unos sellos pasan a formar parte de otros grupos editores o financieros, pero no veo ninguna relación directa entre la calidad del producto y que el grupo sea muy grande o muy chiquito, editoriales que casi están en el traspaso de la casa del editor y que durante veinte años siguen con esta labor, sacando un tipo de libro y de títulos que nadie más publica. La Secretaría tiene tratos con esos editores independientes que hacen cosas muy especiales y específicas, y con los grupos más grandes. Eso conforma una oferta diversa, que es la que a la Secretaría le interesa llevar a las escuelas, pero en términos de calidad, de disposición para realizar cierto tipo de títulos, no encuentro enormes diferencias, porque lo que se juzga en esta institución son los productos. A veces tenemos libros de grandes grupos con mucho más dinero y posibilidades que no llegan a lo que hace un editor independiente, y otras veces hay un núcleo

importante de editores que sigue sin formar parte de ningún grupo editorial y que tiene más solvencia que los independientes y un catálogo más extenso... están a la par.

Nos queda muy claro que no compramos el libro más barato, hay una política de ver al libro no por su precio, sino por su calidad; no por quien lo edita o lo escribe, sino por el nicho al que nos dirigimos: la biblioteca escolar. Vemos el objeto libro en sí mismo y como parte de una colección que estamos constituyendo. A diferencia de lo que se hacía con los Rincones de Lectura en otras administraciones, en la Unidad de Publicaciones Educativas, donde el énfasis estaba puesto en tener casi exclusivamente libros cercanos a la problemática de los alumnos, producidos en los últimos 10, 20 o 30 años cuando mucho, y muy pocos de los considerados clásicos o informativos, por ejemplo, ahora se decidió ampliar la parte de los clásicos y, como dije, la de los informativos.

Hay una parte en la que no se puede ser sólo espectador y que tiene que ver con la previsión. ¿Cómo ves el futuro del libro de texto en particular, siempre basado en impresión en papel o sustituido por terminales de cómputo capaces de actualizar contenidos?

Le sigo apostando al papel y no estoy sola en esto. En los desarrollos de educación a distancia que hemos visto en



México y fuera del país, en instituciones como la Universidad Abierta en Inglaterra, la apuesta que se sigue haciendo al papel es impresionante. No importa si los cursos son en línea, si tienen muchísima multimedia de apoyo, si tienen programas de televisión que pasan en cadena nacional a horas muy raras y que apoyan los cursos de la universidad, y pláticas con especialistas de allá. Tengo la misma preocupación que tú, ¿a dónde vamos?, y si les preguntas, te dicen: “Hemos intentado muchas cosas, desde darle más espacio a los medios electrónicos, y pasan dos cosas: o nosotros acabamos produciendo más material impreso o el estudiante tiene que bajar e imprimir muchas hojas. ¿Por qué? Porque sencillamente la lectura en pantalla sigue siendo muy odiosa”.

El Observatorio Nacional de la Lectura en Francia tiene datos muy interesantes y publicaciones acerca de las nuevas tecnologías. La desaparición del libro debido a la presencia de nueva tecnología no parece cercana —por lo menos no con las tecnologías que tenemos—. Más bien hay que volver al concepto de lectura y al delicioso libro de Emilia Ferreiro, *Pasado y presente de los verbos leer y escribir* (FCE, 2001). Lo que ella plantea es cómo estas nuevas tec-

nologías también han redefinido nuestros conceptos de lo que es leer y escribir. En términos de nuestra responsabilidad para la escuela, eso tiene muchísimo sentido y es muy cierto. Los que trabajamos con un procesador de palabras ya no escribimos igual que hace diez o veinte años, cuando escribí mi última tesis, por ejemplo. La tecnología ha tenido un impacto y la educación nos plantea retos interesantísimos sobre cómo abordarlos, pero no tanto planteando una rivalidad con el soporte electrónico como único medio posible. La revolución que significó Gutenberg y el libro tiene presencia para un buen rato.



De cualquier manera, estamos viviendo una etapa en la que conviven las distintas plataformas y, probablemente, aumente el uso de las electrónicas, ¿no te parece?

Sí, y lo ves con los chiquitos, con mi hijo pequeño y con los niños de las escuelas. Son ciberniños, en el sentido de que manejan con naturalidad —como nosotros los libros— la tecnología, desde el control de la televisión hasta el *mouse* de la computadora. Los niños a los dos, tres años manejan el *mouse* con una fluidez que envidiamos muchos adultos. Eso es tan parte ya de nuestra cultura, que creo que no nos alcanzamos a dar cuenta de cuán profundo ha sido el cambio, pero me resisto a la cuestión dicotómica de la sustitución. Finalmente estamos hablando de otra manera de producir libros impresos.

*¿Cómo ves el campo específico de los editores, del quehacer editorial?
¿Es necesario profesionalizar al medio? ¿Crear una licenciatura, maestrías?*

Necesitamos profesionalizar al medio definitivamente. Nuestra vida sería en muchos sentidos más sencilla si pudiéramos buscar tal o cual perfil para emplear a alguien de una manera más ortodoxa de la que tenemos. Cuando buscamos gente que se incorpore a trabajar con nosotros, resulta una mezcla de cosas, unas adquiridas formalmente, como los diseñadores, y otras de manera informal, intuitiva, a través de su experiencia laboral, o de plano tenemos que entrarle a la capacitación interna, y esto cuesta mucho. Es una queja general de los editores, porque la gente capaz escasea. La pierdes por tal o cual razón, y tienes que volver a empezar casi desde cero. Pero no sólo ocurre en el caso de lo editorial, es común con el personal que labora aquí. No hay perfiles muy claramente definidos o a los cuales correspondan carreras específicas.

En ese sentido, siempre hemos tenido clara la socialización del conocimiento generado aquí, compartirlo con otros y buscar que se vaya creando en la sociedad. En el caso de la evaluación de los libros de secundaria, cuando iniciamos ese trabajo, nos encontramos un verdadero pá-



ramo, eran libros muy anacrónicos. Si los comparabas con lo logrado en la tercera generación de libros de primaria, los niños se iban a enfrentar a los libros comerciales, en los que, por lo general, había una visión de varias décadas atrás, con poco cuidado editorial (desde errores científicos hasta tipográficos). Entonces tratamos de transmitir a las editoriales el tipo de libro que se quería y, en general, hemos recibido muy buenas críticas respecto de los dictámenes que hacemos, con especificidad respecto de lo que se requiere transformar en contenidos, imagen, etc. Con los autores nos ha pasado lo mismo, porque para el tipo de libros que publica la SEP a veces la falta de autores es terrible. No es trivial. Uno podría decir: “Basta con que sepa tal o cual asignatura, o tenga el doctorado, o el Premio Nacional”, y luego se hace lo que en la jerga se conoce como la *transposición didáctica* (transformar eso en un documento adecuado para que lo lea un lector de cierta edad) y ya. Pero tiene muchas complicaciones. Por ejemplo, en la última serie de libros tuvimos que trabajar más tiempo porque no fue por concurso (ciencias naturales para primaria), y la conformación misma del equipo tuvo sus problemas: conjuntar especialistas de la disciplina, con experiencia dando clase, que hubieran hecho divulgación... Y, bueno, decantamos el grupo y lo pusimos a colaborar. Se generó una sinergia muy interesante, y después de cinco años salieron los cuatro libros que están hoy en uso.

Y así hemos ido supliendo las carencias. Nos beneficiaríamos mucho si tuviéramos algo más formal, aunque creo que buena parte de nuestros trabajos tienen mucho de artesanal todavía. No es lo mismo ser un buen editor de libros de arte que de libros de texto. Una parte de la formación que recibiera un editor egresado de una licenciatura, por ejemplo, tendría que darse también en el ámbito donde decida laborar.

Sería muy útil impulsar una labor sistemática de investigación que diera por resultado la posibilidad de compartir esas experiencias y de razonarlas más, de tal suerte que tengan un sustento científico...

Por supuesto, empezando porque la sociedad reconozca que ése es un conocimiento, que a través de las instituciones lo valoren y le den espacio y financiamiento. Se sigue viendo como una artesanía que, más o menos, cualquiera puede hacer. El *Page Maker* está en todas las computadoras, casi cualquiera se hace editor o diseñador sin mayor preparación.

Hace poco nos reunimos un grupo de pequeños editores, alrededor de diez, para analizar los problemas que enfrentamos —que son muchísimos— para sobrevivir. El trabajo que se realiza, en buena medida es por amor al arte, y aun así, conjuntando el acervo de cada uno, representábamos alrededor de mil títulos, que no es nada desdeñable. Estos editores pequeños constituyen el segmento más dinámico, hasta cierto punto, de la industria editorial y apuestan a experimentos, nuevos valores y publican poesía, pero se debaten siempre entre la supervivencia y la quiebra, debido también a las dificultades de distribución y venta que bien conoces. ¿Qué propones para que ese segmento sobreviva y no sucumba en esta época tan difícil?

En primer lugar me da mucho gusto que se reconozcan entre ustedes y que haya un grupo del medio, que a lo mejor pudiera generar una asociación que les permitiera la interlocución. Creo que parte del *quid* está en la suma de esfuerzos, del que piensa en el reconocimiento del otro, de las cosas que tienen en común que, por otro lado, son de lo más diverso porque, como dices, los editores independientes se

distinguen por apostar a lo que nadie más está haciendo y eso va dando una suma de unicidades.

En lo que se refiere a nosotros, justamente por el material de calidad que producen, se acercan a la Secretaría y, de manera natural, han tenido un espacio y una selección permanente. Y no hablo de esta administración solamente; si te fijas, desde el inicio de la Unidad de Publicaciones, en tiempos de Martha Acevedo, y después con Felipe Garrido, han estado presentes. Y si el tipo de producto que ofrecen sigue siendo ése, estoy segura de que seguirán teniendo un lugar.

Cuando hablabas del libro de texto, te referiste al enorme aparato que se requiere para distribuirlo, y justamente la distribución es el cuello de botella de todas las editoriales, particularmente de las pequeñas. Por otro lado, están desapareciendo las librerías, al menos como las conocíamos antes, ahora los libros se venden en almacenes del tipo Sanborn's o Vips. ¿Cómo ves esta problemática? Es más fácil hoy en día encontrar información a través de Internet que localizar una librería que tenga la información o el libro que estás buscando.

La responsabilidad última de la distribución de los libros de texto compete a la Comisión Nacional de los Libros de Texto Gratuito, la cual debe garantizar que los libros lleguen del impresor a las escuelas. Este proceso de distribución es especialmente complejo y está compuesto por una serie de tareas en las que participamos muchas instancias, hasta el Ejército, para que los libros lleguen a tiempo hasta la última escuela. La distribución es uno de nuestros mayores retos. El peor libro de texto es el que no llega a su destino. Y eso se ha podido ir subsanando con el tiempo, al generar un sistema de distribución que incluso tiene una parte altruista muy complicada.

Respecto al otro punto, no he visto un buen estudio en México de lo que pasa con esta parte de la cadena. Estamos conscientes —y lo he conversado con el subsecretario Gómez-Morín en varias ocasiones— de que el hecho de que la Secretaría le compre directamente al editor no ayu-

da a la consolidación del resto de la cadena. Sabemos que un país de lectores ha de contar con un mercado de menudeo fuerte, por eso venimos estudiando fórmulas para incorporar a los demás. Habría que partir de la situación actual, la cual es muy precaria, para quizás apoyarnos en parte de la infraestructura de librerías y distribuidores que existen, pero no para la totalidad del proyecto. En estudios como el que presentó el Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe (Cerlalc), el año pasado, se demuestra que en Latinoamérica la concentración de librerías está en las capitales —sobre todo de los países—, ni siquiera en capitales estatales (en nuestro caso, Guadalajara, Monterrey y algunas otras); hay alguna presencia de libreros, pero no más, y ni siquiera en los 32 estados. La solución definitiva para apoyarnos en esta otra parte de la cadena sería encontrar una fórmula que lograra que los 30 000 000 de ejemplares anuales que se están comprando para bibliotecas escolares y de aula se canalizaran a través del mercado de menudeo y hubiera así una relación más directa entre la comunidad escolar beneficiada por esos libros y quien los vende o distribuye.

Con un poco de suerte, espero que para el próximo año tengamos un esquema que considere esto, aunque sea en una primera etapa piloto. Es un asunto congruente con la creación de un país de lectores que haya esa relación di-



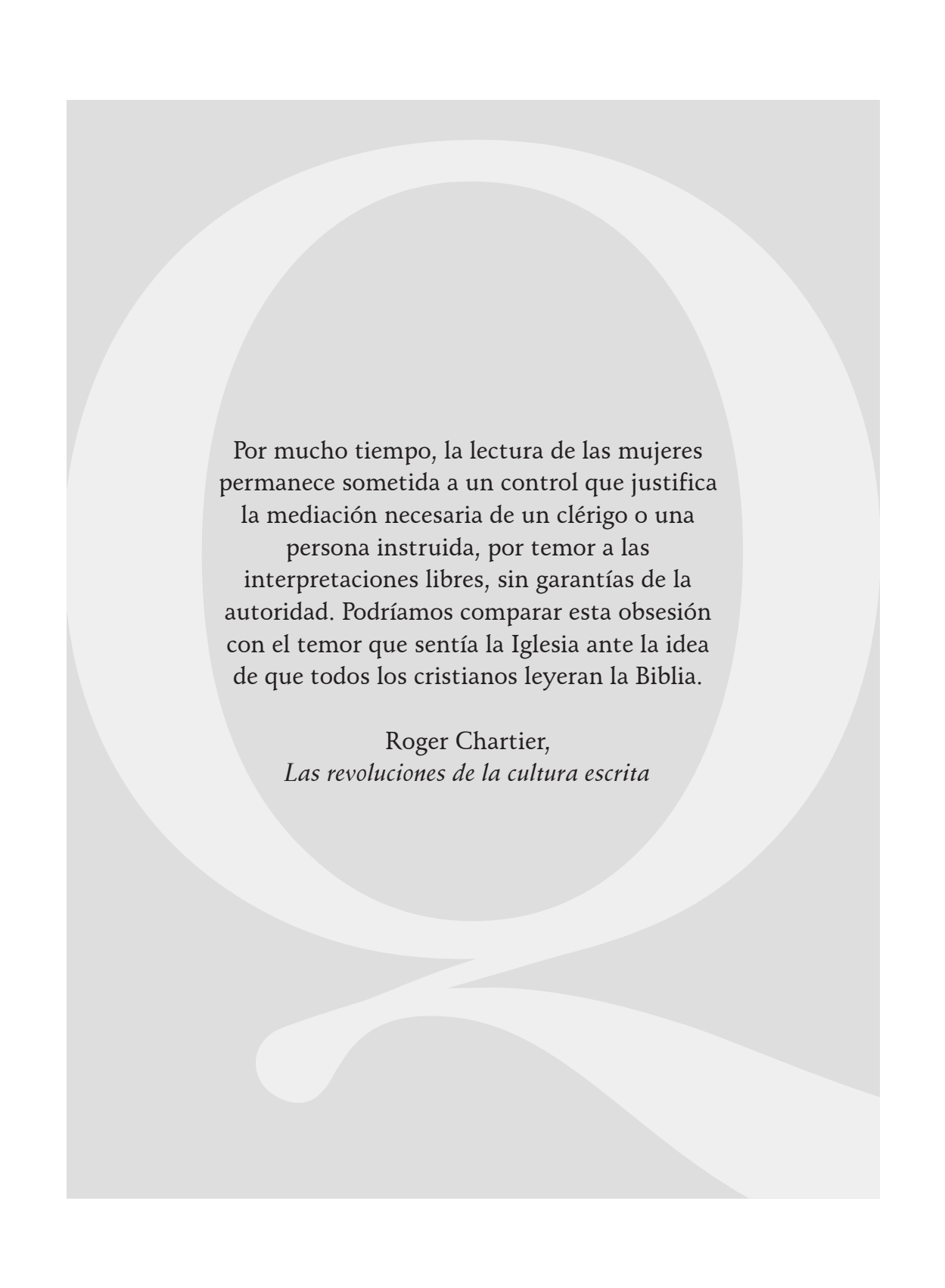


recta y estrecha, y en ese sentido estamos obligados a promover estos goznes, que todavía no existen, y por donde debería venir al menos una parte del fortalecimiento de ese mercado de menudeo que redundara en la formación de lectores.

Si suponemos que un alumno que estudió desde preescolar hasta secundaria leyó todos, o casi todos, los títulos que se distribuyen en las escuelas, más los que se vayan sumando en los siguientes ciclos escolares, uno esperaría que al final de su educación básica fuese un lector, alguien que ha leído todos esos cientos de libros, que los conoce y que, en buena medida, los disfrutó. ¿Qué hace luego, dónde se hace de libros? ¿Cómo puede conformar su propia biblioteca? Están las bibliotecas públicas, que están creciendo y tienen una función muy importante que desempeñar, pero sabemos que leer también es elegir, y entonces la posibilidad de acercarse a una librería y de escoger *tú*, comprar *tú*, de formar tu propia biblioteca, requiere un mercado de menudeo más cercano y también requiere que pensemos en nuestros alumnos no sólo durante el tiempo que están en las escuelas. Se van, y tienen que seguir creciendo como lectores... Creo que conocemos mejor los problemas que las soluciones.

Una última pregunta: ¿cómo te ves dentro de diez o veinte años?

No sé. La intuición es muy importante para mí. Siempre me ha guiado. No soy buena para imaginar mi futuro, sólo creo que estaré cerca de los libros, no sé de qué forma, ni si será más en el aspecto meramente editorial, de producción o más cerca del otro ámbito, que me es tan cercano y que tiene que ver con lo educativo y con la generación de soluciones en educación. También me interesan mucho las nuevas tecnologías y la parte informática que estamos trabajando con mucha seriedad. Lo demás es una gran interrogante.



Por mucho tiempo, la lectura de las mujeres permanece sometida a un control que justifica la mediación necesaria de un clérigo o una persona instruida, por temor a las interpretaciones libres, sin garantías de la autoridad. Podríamos comparar esta obsesión con el temor que sentía la Iglesia ante la idea de que todos los cristianos leyeran la Biblia.

Roger Chartier,
Las revoluciones de la cultura escrita

La lectura y el síndrome del vicio bueno

Para Ana Arenzana, quien sabe mucho de estas cosas.

Quien lee no se hace muchas preguntas, simplemente satisface una necesidad.

Se reconoce a un lector por los libros que guarda en su casa, la forma en que los coloca en el librero. Por lo general, cada título tiene una historia; su dueño recuerda dónde lo adquirió, más o menos cuándo lo hizo y dónde lo leyó. Algunos de estos ejemplares esperan pacientemente en el escritorio o en la cómoda: ya tendrán su momento.

Un lector no se pregunta si es mejor o peor persona luego de leer una obra. Quizá sólo pueda decir que obtuvo dicha, consuelo, tristeza, compasión, indiferencia o adquirió un punto de vista diferente sobre el universo, el mundo, su tiempo, las personas que conoce, su propia historia.

Richard Dawkins inicia *Destejiendo el arco iris. Ciencia, ilusión y el deseo de asombro* de la siguiente manera:

Vamos a morir, y esto es una suerte. La mayoría de la gente no tendrá oportunidad de morir porque nunca habrá nacido. Las personas que podrían haberse encontrado aquí y que nunca verán la luz del día son más numerosas que los granos de arena de Arabia. Estos fantasmas no nacidos seguramente incluyen poetas más grandes que Keats y científicos más grandes que Newton. Podemos asegurarlo porque el conjunto de individualidades posibles que permite nuestro ADN excede con mucho el de personas reales. Entre las inconta-

bles posibilidades que se habrían materializado, somos el lector y yo, en nuestra medianía, los que estamos aquí.

**Pero,
¿dónde es aquí?**

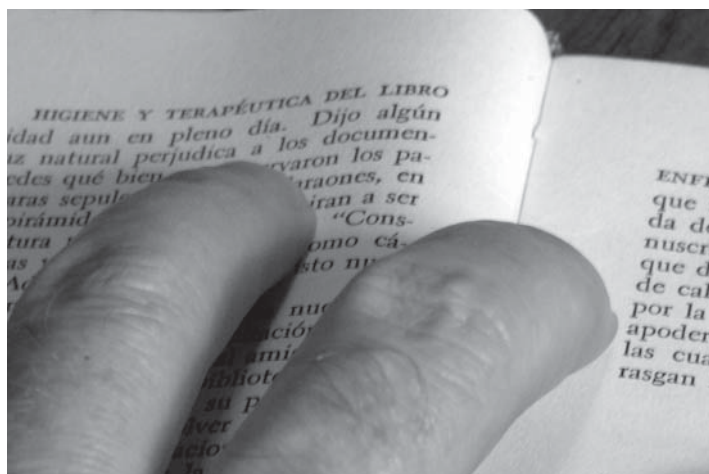
Una primera aproximación es: nuestra existencia (usted y yo existimos y hemos coincidido; yo escribí, publiqué y usted me lee, si he tenido suerte, ahora).

Puede tratarse de un aquí, casi una especie de Aleph borgiano que concentra asincrónicamente dos biografías, dos tiempos, dos geografías, decenas de personas inmiscuidas en los procesos de corrección, edición, traducción, reproducción, fabricación, distribución, promoción y adquisición para que Dawkins y Amancio llegaran a un “aquí”, situado al final del primer párrafo de la página 19 de mi ejemplar.

*La lectura es un acto
milagroso por la sola
posibilidad de ejercerlo.*

Si vivir ya es bastante milagroso, me niego a simplificarlo como “placentero”. Igual es la lectura: es un acto milagroso por la posibilidad de ejercerlo, pero de ninguna manera placentero (digámoslo de otra manera: no únicamente placentero y, si a ésas vamos, tampoco benéfico).

Las campañas institucionales, provengan de donde provengan, destinan muchos recursos humanos, materiales y financieros a promover el *hábito* de la lectura mediante la ecuación vida = lectura o su inverso: lectura = vida.



Apelar al “hábito” ya es, de por sí, como para reflexionarlo. Sus creadores deben haber tenido en mente ciertas imágenes de la adicción: leamos como aquellos que no se despegan de Internet o se meten en el cuerpo lo que pueden por vía oral, anal o intravenosa; o como esos otros que no viven sin mirar la televisión. Que la lectura se convierta en un vicio; pero, en un *vicio bueno*.

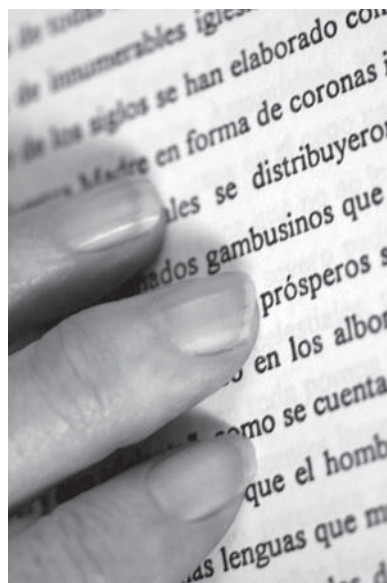
Si logramos inocular a la sociedad, sueña un esforzado promotor de este hábito, del virus de la lectura, lograremos lo que nadie ha hecho: la democracia, la igualdad, la justicia, la fraternidad; habremos exiliado al delito, la inseguridad y la tiranía porque todos los ciudadanos seremos mejores.

De paso, no existirá ningún televisor encendido; el tráfico se regulará porque todos obtendremos la necesaria conciencia ecológica, no mataremos ni desearemos a la mujer de nuestro prójimo.

Sólo que hay un pequeño problema; lo que convertiría este sueño en pesadilla, sería comprobar que el *corpus* del conocimiento humano acumulado es repelente a la simplificación, la unanimidad y la concordia.

El saber humano es esencialmente conflictivo; de ahí que el romántico convivio entre autores diversos realmente sea casi una gresca de cantina: ahí va Parsons para propinarle un sillazo por la espalda a Marx, mientras Freud agarra de las solapas a Jung; en tanto, otro Marx (Groucho) hace sonar una corneta en pleno oído de Hitler. Aunque también hay alianzas: Emma Bovary lee el último reportaje sobre la vida social de Naná y sueña con convertirse en ella; Artemio Cruz y Aureliano Buendía se emborrachan antes de iniciar otra guerra civil condenada al fracaso.

Es *políticamente correcto* señalar a quienes consideramos exiliados del privilegio de la ilustración que procura el ejercicio de la lectura, a los analfabetos funcionales, al taxis-



*El saber humano es
esencialmente conflictivo.*

*Cuando se promueve la
lectura se confunden
fácilmente dos términos:
lectura y literatura.*

ta, al microbusero, al policía, al burócrata, al campesino, a las mujeres golpeadas, a los niños de la calle, etc., como seres condenados a la desventura porque *no leen*.

Y, si lo hacen, es terrible que lean diarios deportivos, historietas pornográficas, el *Libro vaquero*, la *Novela semanal* o las obras de Carlos Cuauhtémoc Sánchez.

No sólo hay que hacer lo posible por “invitarlos”, “convocarlos” a leer, dándoles una probada de la Gran Literatura (aquí el catálogo depende de los gustos del promotor), sino que al mismo tiempo habrá que advertirles sobre lo que, de ninguna manera, deben leer.

Esto es sintomático, porque la política cultural emanada de la Revolución de 1910 buscó reparar un prejuicio feudal. Durante el porfirismo, el analfabeto no tenía derecho a votar porque sólo el estudio (la alfabetización) procuraba discernimiento. De ahí el espíritu vasconcelista y la edición de clásicos para unas masas que aún no probaban la justicia educativa de una Revolución.

El ignorante es presa fácil del ilustrado, me dije durante muchos años. Quien no lee es carne de cañón de las campañas televisivas, lo que ya empiezo a dudar.

La Gran Literatura

Toda mayúscula es, de por sí, sospechosa.

Cuando se promueve la lectura se confunden fácilmente, y de manera desinteresada, dos términos: *lectura* y *literatura*.

Van juntas y están en condiciones de producir un resultado: el *placer*. Hijo legítimo que mira con desprecio a su hermano bastardo: el producto de la lectura de todo lo que no es Gran Literatura.

Hablo del estudio.

Leer para hacer la tarea es aburrido. Lo mismo es consultar una enciclopedia o un libro de biología. De matemáticas, ni hablar.

Como aprender es aburrido, no vale la pena el esfuerzo. Sólo importa lo que te procura placer. Así, volvemos al *Síndrome del Vicio Bueno* (SVB): si drogarte, emborracharte,

alienarte y ser violento es placentero, estás equivocado. Leer es un vicio mejor que eso y te da cultura y sabiduría (quién sabe si éxito social, pero no te desespere: no sólo de pan vive el hombre).

La llamada “lectura por placer” equivale para nosotros al sueño de “acceder al primer mundo” y se centra en el consumo de literatura.

Leer, sí. Pero, ¿por qué? De acuerdo con Ensenzberger la alfabetización es históricamente reciente:

Al fin y al cabo, los pueblos no aprendieron a leer y escribir porque les apeteciera, sino porque fueron obligados a ello [...] El concepto de analfabetismo no es muy viejo. Su invención puede fecharse en época bastante reciente, pues dicho término apareció por vez primera en un escrito inglés de 1876 y de inmediato se expandió con gran rapidez por toda Europa. (“Loa del analfabetismo”, *Mediocridad y delirio*, pp. 58-59.)

Si aceptamos que el conocimiento especializado no es barato (invito al lector a imaginar el costo en dólares de un mapa del genoma humano; de la fórmula de cualquier analgésico, ya no digamos del Prozac; de un tratado de ingeniería de puentes o de cálculo de resistencia estructural), acceder a la Gran Literatura no resuelve los problemas

Acceder a la Gran Literatura no resuelve los problemas suscitados por el colonialismo, el atraso estructural y tecnológico, la miseria, la violencia intrafamiliar ni el SIDA.





suscitados por el colonialismo, el atraso estructural y tecnológico, la miseria, la violencia intrafamiliar ni el SIDA.

Señalo lo anterior por una sencilla razón: a la fecha, el acto lector ha sido secuestrado por la cultura de manos de la educación. Así, el lugar común señala que en la escuela no se lee o se lee mal y, si se hace, se trata de libros que no deberían ser leídos (como cualquier libro de texto).

Comento, además, que el monto del rescate es inconmensurable en términos presupuestales y está dedicado a editar, en grandes tirajes, libros de literatura.

Si el debate sobre la lectura ha sido secuestrado por los intelectuales; si los profesores no dicen nada ni meten las manos y la atmósfera de simplificación, torpeza y banalidad sigue avanzando a través de Internet y los *reality shows*, ¿qué nos queda a quienes sólo leemos?

No sé. Si somos padres, apreciar la inteligencia de nuestros hijos, aunque no lean en la misma cantidad que nosotros. Inteligencia que nos advierte que en este mundo, no en otro, algo no anda bien y la lectura no lo soluciona.

De hecho, los grandes empresarios no suelen leer gran literatura. Tenemos un presidente que no ha leído a Borges. Muchos han muerto sin leer a Shakespeare y a Cervantes; pero, me consta, que algunos buscan una enciclopedia o un buen diccionario, al igual que muchos padres se endeudan para adquirir libros de texto.

No hay vicios buenos ni malos. Sólo hay vicios.

Quizá deberíamos reflexionar un poco sobre la virtud, aristotélicamente, lo más difícil de alcanzar.

Un falso dilema

Cuando Ensenzberger (*cfr. supra*) afirma que los pueblos no aprendieron a leer y escribir por voluntad propia, sino que fueron obligados a ello, sitúa su dicho en una época, siglos XVIII y XIX, en que se requería mano de obra especializada.

Ahora, en la transición del siglo XX al XXI, la emergencia de nuevos códigos y lenguajes, de *programas*, nos obligan a “alfabetizarnos” en las llamadas *Tecnologías de la Información y la Comunicación* (TIC).

No es casual, entonces, que en épocas parecidas, en cuanto a despunte tecnológico, se recurra a la *alfabetización*: una referida a la cultura escrita (siglos XVIII y XIX), y la otra al manejo computacional (siglos XX y XXI).

Sin embargo, los románticos de la lectura abren sus clásicos, de Homero a Balzac, de Plutarco a Borges y Cortázar. La lista es interminable.

Nos dicen que la *verdad* y la *vida* están ahí. Más bien, se lo dicen a varios muchachos que tratan de conseguir, aunque sea en fotocopias, un texto de biología molecular para intentar pasar un examen final.

Las mismas voces señalan, con cierto desprecio, que las bibliotecas públicas son una extensión de la escuela, siendo que, aun en sociedades más desarrolladas, ésta es su función primordial.

El problema no reside en que las personas lean o no. Cada cual, por ejemplo, aprende a enamorarse, a amar, a tener hijos, a educarlos y deseducarlos, a desarrollarse o darse a la perdición sin la ayuda de una novela. Es más, para matar no es necesario leer la obra maestra de Thomas de Quincey, *Del asesinato considerado como una de las Bellas Artes*, para ser narco y vivir en Sinaloa; o ser adolescente frustrado y asesinar a balazos a profesores y compañeros en Estados Unidos; o ser palestino y forrarse con dinamita para ejecutar un atentado suicida en Jerusalén; o ser un alcohólico celoso para matar a golpes a la mujer en la delegación Iztapalapa, Distrito Federal.

Estudio contra lectura recreativa constituye una falsa confrontación, simplemente porque implica oponer una ignorancia frente a otra y salirse por la tangente.

Estudio contra lectura recreativa constituye una falsa confrontación, simplemente porque implica oponer una ignorancia frente a otra y salirse por la tangente.



Ante el surgimiento de una nueva clase de *alfabetización*, una sociedad que aspire a considerarse abierta debería concentrarse en otros aprendizajes: por principio, en el de los valores éticos que pueden curar la indiferencia ante la impunidad (por ejemplo, las mujeres asesinadas por deporte en Ciudad Juárez; la explotación y tortura de los niños en “situación de calle”; el gobierno de los llamados “poderes informales”, como el narcotráfico, la administración del delito y de la violencia, tanto en la calle, el hogar y las oficinas públicas y privadas, etcétera).

En segundo lugar, la formación de una sociedad crítica que fiscalice el camino del dinero público y comprenda sus derechos y responsabilidades, porque lo “gratuito” no lo es tanto: todos pagamos por ello, de una u otra forma, con impuestos, con la pérdida del patrimonio o con la vida.

Esto no es romanticismo: la realidad fluye aquí, entre usted y yo, mientras transcurre nuestra medianía.

Bibliografía

Dawkins, Richard, *Destejiendo el arco iris. Ciencia, ilusión y el deseo de asombro*, Tusquets Editores, Barcelona, 2000, 352 pp. (Col. Metatemas núm. 61)

Ensenzberger, Hans Magnus, *Mediocridad y delirio*, Anagrama, Barcelona, 1991, 250 pp. (Col. Argumentos)

¿Por dónde?

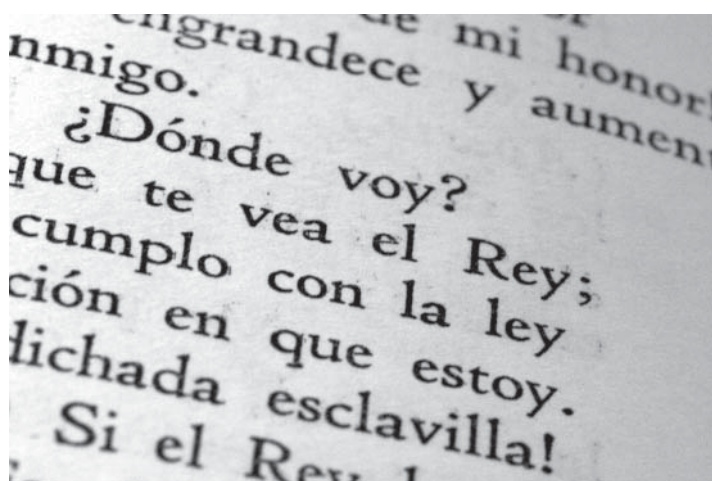
*Tito, Tito, capotito
sube al cielo
y pega un grito.*

¿Cuándo fue la última vez que la palabra escrita te lanzó hasta al cielo? ¿Te hizo cosquillas en el alma, te sacudió las entrañas, te erizo la piel, te hizo pegar un grito?

Trato de recordar los encuentros significativos con las palabras y viene a mi mente la emoción contenida en *Cumbres borrascosas*, el gozo que me llegó al dejarme envolver por la magia de *Cien años de soledad*, después de varios intentos de leerlo de corrido, en un Chetumal que bien podría haber sido Macondo; el agua fresca y serena de un Tagore, el dejarme contagiar por la nostalgia de Castilla de un León Felipe; la juventud acompañada con la manera de ver el mundo y las ternuras de *El principito*, la quitada de tapete de un Herman Hesse y conocer la desolación en la desesperanza de *La tregua* de Benedetti.

¿Cómo transmitirles a nuestros jóvenes y niños el placer de la lectura? ¿Cómo hablarles de la fuerza de la palabra, de sus posibilidades mortíferas, de sus alcances, de sus delicias?

Espero de los teóricos su parte, y desde este lado de la barrera quiero participar compartiendo mi experiencia como pequeña editora y autora de libros para niños, mi preocupación y mis sueños.



En cuestión de libros la demanda no crece, la oferta sí. Tenemos que empezar a ver más allá de la venta inmediata.

Desde que tengo uso de razón en cuestión de literatura, escucho que el tiraje de los libros es de 3 000 ejemplares, los libros de autor que terminan en las aulas o en los libreros de los parientes no pasan de 500 o de 1 000; los tirajes de 10 000 o más son de los llamados *best sellers* que cuentan con apoyo mercadotécnico.

Los números son los mismos a pesar de que los habitantes de este país nos hemos duplicado o triplicado. Quizá sea porque ahora hay más variedad de dónde escoger y los escasos lectores, en lugar de multiplicarse con el tiempo, se subdividen según su interés. Sea como fuere, la realidad es que dado que la demanda no crece y la oferta sí, considero que tenemos que comenzar a ver, más allá de la venta inmediata, hacia el futuro para invertir en él: enriquecer y fortalecer el inicio de la escalera con una propuesta que provoque la continuidad más allá del cumplimiento de un programa escolar.

La verdad sea dicha, ¿cómo esperan que les guste, que les encante, que los motive a seguir leyendo, textos tan ajenos y tristes, tan poco estimulantes como *Susana amasa la masa*? Frente a eso, no es de extrañarse que los pequeños tiren el libro diciendo: “¿Y a mí qué me importa?”

Cuando participo en foros de maestros les pregunto: “¿Hablas japonés?” El tamaño de sus ojos me dice que la pregunta los ha tomado por sorpresa. “¿Sabes distinguir esos símbolos?” —continúo preguntando—. “No” —se apresuran a responder. “¿Qué sucedería —insisto— si decidieras acrecentar tu cultura con el aprendizaje de ese idioma? Tendrías que hacer un esfuerzo extraordinario para traducir esos símbolos extraños, y digo extraños porque son ajenos a nuestra vida, en algo con sentido. Si después de sudar la gota gorda logras desentrañar el misterio y el resultado del esfuerzo es algo así como: ‘El oso mohoso se cae en el pozo’, me pregunto si continuarías con semejante aventura. Eso sucede con los niños. Nosotros conocemos las letras. Para ellos son únicamente bolitas y palitos en distintas posiciones. Tienen que hacer un esfuerzo extraordinario para alcanzar como recompensa: ‘Mi mamá me mima’. ¿Y si no?”

El recuerdo de la cara de placer de mi sobrino José Luis me acompaña siempre. El “*Di dos, tienes cara de arroz...*” que logró descifrar con un esfuerzo enorme, le ha permitido continuar en su proceso lector. Porque, ojo, no todo aquel que aprende a descifrar los símbolos, alcanza ese premio.



¿Quién fue primero? ¿El huevo o la gallina?**¿Quién es primero? ¿El libro o el autor?**

El Programa de animación cultural (Proanic) es un proyecto de la Secretaría de Educación Pública (SEP) para las escuelas de doble turno en la ciudad de México. El objetivo, en mi caso, es que estos niños y niñas que viven, de cierta manera, en situaciones especiales por falta de atención de padres trabajadores, conozcan a una autora que los invita a ensanchar su horizonte. Reconozco que me han sorprendido las respuestas que ofrecen a la pregunta: “¿De dónde vienen los libros?” Su variedad incluye: “Del camión repartidor...”, de la biblioteca, de la SEP, de la fábrica” y, por supuesto: “De los árboles”. El colmo fue el que me respondió: “De los dedos”, como si estos fueran una extensión de las máquinas.

Los países que tienen una industria editorial fuerte y exitosa saben que el trabajo más especializado se hace al principio de la escalera.

¿Qué nos dice esto? Se me ocurre que para la mayoría de estos pequeños, los libros son ABSOLUTAMENTE ajenos a sus vidas. Tanto si vienen de los árboles como si los hacen las máquinas, ninguna de las dos circunstancias tiene que ver con las personas: los libros son un producto cualquiera que se vende en las tiendas.

“El que siembra, cosecha”, se nos ha dicho, igual que: “Lo que se siembra se cosecha”, y también: “Siembra vientos y cosecharás tempestades”. Los países que tienen una industria editorial fuerte y exitosa saben que el trabajo más especializado se hace al principio de la escalera. Sin embargo, algunas de las propuestas editoriales que existen en nuestro país se reducen a la de quienes, con la mentalidad de: *Como son para niños...*, continúan reeditando los llamados “cuentos tradicionales” con la idea de que se venden solos y, además, se ahorran las regalías de autor. En ningún momento consideran los efectos de estos cuentos en los niños y niñas de América Latina, tan lejanos a esas bellezas nórdicas de piel color de nieve, ojos azules como lagos y cascadas de cabellos de oro. Modelos de muchachas pasivas y aguantadoras en espera de la llegada casi mágica de un príncipe azul al rescate. ¿Y si me gusta uno café? Y yo, ¿qué hago con mi piel canela y mis ojos de



capulín y estas suaves redondeces que dan unos abrazos muy sabrosos?

Por otro lado están los editores que únicamente compran derechos para imprimir las caricaturas de moda. Es parte del consumismo, pero ¿acaso eso es leer? Más bien es una invitación continua a buscar esos personajes en la televisión y en otros artículos: llaveritos, mochilas, pastas de dientes...

Otros más, conocedores de padres y maestros que piensan que todo el tiempo deben estar *educando* —como si en algún momento dejáramos de estar *aprendiendo*—, editan libros con textos tan... ¿Cuál sería el adjetivo adecuado...? ¿Manipuladores, *rolleros*?, que intentan matar dos pájaros de un tiro, hacer que el niño lea y que además aprenda que “los niños bonitos dicen gracias, se lavan los dientes y no tienen miedo de ir al dentista”.

Y, por último, tenemos a aquellos que, encantados con la posibilidad de viajar y conocer mundo, están más interesados en comprar derechos del extranjero que en detectar propuestas locales.

¿Cómo promover la creación de libros para niños de México, si no se conoce, estimula y publica a los autores e ilustradores nacionales?

*¡No existen las hadas
madrinas! Los lectores
no surgen de repente,
por generación
espontánea.*

Sembrar es la única posibilidad que tiene la industria editorial para continuar creciendo. Por competir con los medios electrónicos, ha encaminado sus esfuerzos a fortalecer la forma olvidando el contenido. Es comprensible la necesidad de tener caballitos de batalla que te permitan continuar en el juego, sin embargo, la invitación es a preguntarnos... Continuar en el juego ¿para qué? Dentro de cada fondo editorial tendría que haber series con lo que es necesario, lo que es importante, lo que es vital.

No debemos perder de vista que el que elige la vocación de editor (ojo, la palabra es *elegir*), desechó, por convicción propia, la de fabricante de zapatos, de cremas o licores. Los editores, chiquitos y grandes, elegimos ser preservadores de la memoria, estimuladores de ideas, ensanchadores de horizontes, provocadores de terremotos y crisis, surtidores de información, capacitadores, alimentadores de esperanza.

Hay que dedicar tiempo, interés y compromiso para promover la lectura. Discúlpenme si les quito la inocencia: ¡no existen las hadas madrinas! Los lectores no surgen así, de repente, por generación espontánea. Hay que investigar, invertir y trabajar unidos para presentar a chicos y grandes la propuesta: LEER ES UN PLACER.

En un mundo que vive más preocupado por la forma que por el contenido, es importante la presentación, pero no lo es todo... ¡Los editores del nuevo milenio, frente a retos tan diversos, tenemos que ser propositivos! No olvidemos jamás que lo que vendemos son ideas, preguntas, respuestas, información, aventuras, propuestas, acertijos, risas, emociones, sentimientos y sueños... ¡Entre otras muchas posibilidades!

Y entonces sí, "Tito, Tito, capotito, sube al cielo y pega un grito".

Y el mío es éste: "¿Qué queremos?" Porque lo que realmente queremos, es lo que vamos a conseguir.

Dime lo que lees

Leer nos parece lo más normal del mundo. Tenemos enfrente el campo infinito de la información sobre lo cotidiano, del arte, de la poesía, de la imaginación, de la ciencia y la técnica. Nos preocupa que el acto de leer nos haga crecer por dentro y tener más conocimientos útiles para la vida de trabajo y para la convivencia, para la transmisión de experiencias entre todos. Sin embargo, la realidad es que la mayoría de los habitantes de la Tierra no sabe cómo se hace, o se le olvida porque no practica la lectura o su consumo literario es de basura: distrae al individuo, lo divierte, pero no lo nutre en ningún sentido. Al contrario: contribuye a degradarlo y disminuirlo socialmente. Dime lo que lees y te diré quién eres. Leyendo y escuchando, el necio se hace sabio. Del leer sale el saber. Sí, ¿pero cuál saber? Allí está el chiste.

Antes de Gutenberg, el libro era un objeto rarísimo. Contados reyes y nobles tenían “bibliotecas”, formadas por unas cuantas decenas de volúmenes. La invención de la imprenta hace concebir grandes esperanzas, que hoy se materializan en muy pocos países, precisamente los más ricos. El entusiasmo perduraba hasta bien entrado el siglo XIX. Lo manifestó Roque Barcia, exultante y un poco cursi, en el estilo de su época: “El libro es la moral, el dogma, el derecho, la ciencia, la historia... es una inteligencia, el grande y maravilloso poder de la vida, el poder del hombre, que es el que más se acerca al poder de Dios... es la humanidad... revoluciona al mundo. ¡Patria de Gutenberg, sol de Maguncia, salud!”





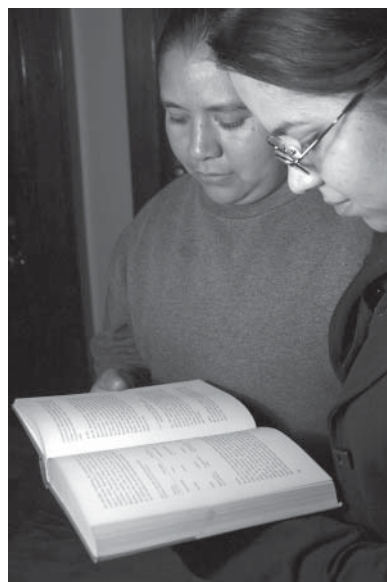
Es cierto que el hombre aprende, sin querer, desde que está en el vientre de la madre, y mucho más asimila después, ya nacido, tan solo con oír y ver a los adultos, sentir sus caricias o sufrir sus enojos. Este progreso, tan espontáneamente logrado, de manera tan natural, es tan grande como la diferencia entre un animal y un ser de razón, que se vuelve materia prima capacitada para ilustrarse más, prácticamente sin límite. Se inicia la etapa en la que hay que educarse, estudiar. Ello parece fácil. No es así. Quiere decir celo, pasión, aplicación, dedicación, voluntad, gusto, amor. Es un camino difícil, retador, exige esfuerzo. Arriago Coen propone la siguiente fórmula: interés + atención + concentración + información + aprendizaje + comentario + comparación + inteligencia + crítica + aplicación = estudiar. Proceso complejo y arduo. “Más tarde conviene que aprendamos a aprender. Para alcanzar la libre razón de nosotros mismos, tenemos que aprender a ser”, escribe Arriago, y Francis Bacon (1561-1626) apunta: “La lectura hace completo a un hombre”. Cultura es leer, sí, pero con un propósito, una guía. Es el camino hacia la educación. Primero, la materia de lectura; segundo, el sistema de lectura; y, tercero, el arte de leer. Dice William James, filósofo y psicólogo de EUA muerto en 1910, que superada cierta etapa de la educación personal lo que vale es la capacidad para elegir, para desbrozar, para identificar lo que es paja, para saber lo que hay que dejar de lado. Una espléndida historiadora contemporánea, Bárbara Tuchman, afirma que leer es el mayor regalo que el hombre se ha dado a sí mismo, “por el cual podemos volar y hacer innumerables viajes”. ¿Cuántos millones de seres humanos no lo han recibido, y si lo han recibido no lo saben desenvolver y allí permanece intocado hasta marchitarse y desaparecer?

Vale la pena, entonces, presentar algunos números, globales y de México.

Viendo para atrás, hay progresos indudables, aunque los números siguen creciendo: había 700 millones de analfabetos en el mundo en 1950, y en 2000 hay 200 más. El porcentaje de adultos analfabetos se ha reducido en todas partes: entre 1970 y 2000, de 37 a 20% en el conjunto, de 52 a 26% en las naciones en desarrollo y de 5 a 1% en las desarrolladas y “en transición”. La población con más de 25 años sin escolaridad es de 2 000 millones de individuos, que en su mayor parte vive en zonas atrasadas. Como siempre, la carencia se agudiza en tratándose de las mujeres. El promedio general de analfabetismo ronda el 25%. Frente a casos terribles, como Chad (80%), Burkina Faso (78%) y Afganistán (65%), entre otros, México está en la gloria con alrededor de 9%, contra 26% en 1970. Pero ya no tanto si vemos a Hungría (0.7%), uno de los mejores. Somos del montón en Latinoamérica, y están mejor Argentina, Chile, Cuba y Costa Rica.

Reformas educativas van y vienen, la eterna demagogia, esfuerzos sin cuento, pero los males crecen más aprisa que los medios puestos para resolverlos. De 1980 a 1997 ha subido la proporción de habitantes sin secundaria completa. México alcanza siete años de escolaridad en promedio, frente a 15% de Estados Unidos. Y luego el contraste regional: los menores índices de analfabetismo se encuentran en el Distrito Federal y las entidades del norte. Los mayores, allí donde hay más pobreza: Chiapas (se lleva la palma con 26%), Oaxaca y Guerrero y, después, un poco menos peor, Puebla, Veracruz, Michoacán, Yucatán...

En cuanto a la lectura, datos INEGI-UNESCO para el año 2001: aquí leemos 2.8 libros por persona al año, incluyendo los de texto; sin ellos, ¡1.2 por piocha! ¿Conocen el dato para Noruega? Será por el frío, pero allí devoran 47 libros por cabeza anualmente. En esta materia, de 108 países ocupamos el honorosísimo 107. ¡Sólo uno nos ganó!



Nueve por ciento de analfabetismo, ¡fenomenal! En comparaciones internacionales salimos muy bien, estamos a punto de conquistar la meta. Pero los datos son engañosos, en el caso de México y en el de todas las naciones. Los gobernantes, muy satisfechos, se fijan en los “adelantos” cuantitativos. El camino por recorrer es mucho más largo y azaroso. Fijémonos en la calidad del alfabetismo, que en realidad es la calidad de lo que se lee, si es que el alfabetizado llega a leer, a practicar lo aprendido. Muchos no vuelven a hacerlo y se les olvida. Aquí entran millones de personas. El analfabeto puede ser mucho más culto que el que sabe leer. Lo es un campesino rudo e ignorante pero que sabe leer el cielo. Para la sociedad y para el sujeto, eso mil veces preferible al que puede leer y su ración cotidiana de alimento intelectual está formada, en todos los estratos de ingreso, por las revistitas porno del puesto de la esquina o las caras del expendio para los ricos, la nota roja, los deportes, la agresividad, la moda, la novela rosa, la calumnia, el chisme, la rumbosa boda de perenganita con zutanito, las candentes noticias sobre los galanes de la pantalla y las deslumbrantes pechugonas, etc., etc. Uno es el muy digno porcentaje de analfabetismo, y otro, absolutamente distinto, el infamante índice de *naquez* de la población. Se manifiesta en el lenguaje, cada vez más pobre. No hace mucho, en el silencio de la noche, escuché la plática de los jóvenes vecinos de enfrente, clase media-alta, en la banquetta. Apuesto mi cabeza a que no dijeron diez palabras diferentes a un reiteradísimo y sonoro “Oye, cabrón, no mames”. Aquí viene bien esto de Samuel Johnson: “Lee con diligencia. Los que no leen no tienen nada en qué pensar y sí poco qué decir”.

¿Qué hacer? Visto que los gobiernos de México, con pocas excepciones, han demostrado su incapacidad para crear el ambiente que nos permita resolver, para mencionar uno, el problema educativo, cada quien tiene que poner un grano de arena, en su mínima o grande esfera de acción, dentro de sus muchas o pocas posibilidades. ¿Por qué no apadrinar a alguien y luchar para que aproveche su capacidad de aprendizaje, esto es, de volverse cada vez más inteligente?

Anotaciones para el fomento a la lectura en los estados

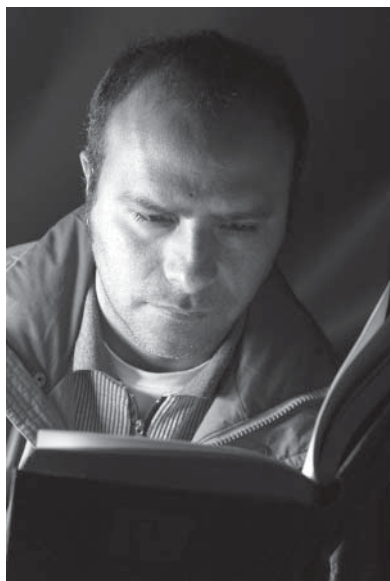
Pensar en la posibilidad de que los mexicanos lean parece una utopía, y más si la pretensión es lograrlo en corto o mediano plazo. Y resulta hasta impertinente buscar los motivos por los que no se consume lectura de calidad, es como “inmiscuirse” en problemas históricos, económicos y sociales sin remedio aparente.

Con una frase muy común abordamos el tema: “El mexicano lee, pero... ¿qué lee?” La respuesta es muy simple: el mexicano lee para satisfacer sus necesidades de entretenimiento e información: *Lágrimas, risas y amor*, *Alarma*, *Vanidades*, y busca los consejos de Cornejo, porque un libro de Octavio Paz no lo leerá ni regalado.

El problema se asemeja al que hace años enfrentó el Instituto Nacional para la Educación de los Adultos (INEA): aprender a leer y a escribir ¿para qué? El interés surgió cuando el analfabeto entendió que podría leer el destino del autobús y dejar de buscar el “tranvía amarillo” para llegar a su pueblo. Es decir, con la alfabetización el mexicano aprendió a leer letreros y publicaciones que llenan el marco de sus necesidades de entretenimiento e información. Libros, todavía no.

El proyecto para crear un país de lectores promovido desde Conaculta pretende —quiero suponer— que los ciudadanos se





*Con la alfabetización,
el mexicano aprendió
a leer letreros
y publicaciones que
llenan sus necesidades
de entretenimiento
e información.*

acerquen a la lectura que transforma la vida y modifica al ser humano. Tenemos enfrente una paradoja, porque este tipo de lectura requiere de formación, información y de alguna capacidad de abstracción intelectual, pero sin tener resueltos los problemas de vivienda, alimentación, salud y educación, el objetivo se ve muy difícil a corto o mediano plazo.

Empero, se da por indudable que hay algunos núcleos de la población que no tienen acceso a la lectura por falta de inducción. Y se habla de inducción porque, si bien no es un camino fácil en este terreno, sí puede subir las cifras de lectores mexicanos a un bajo costo económico-político para el gobierno mexicano.

Ahora bien, la inducción no suele dar resultados masivos a largo plazo, porque no infiere las aptitudes. Los resultados de la inducción sólo se miden en la inmediatez, y la respuesta a largo plazo no es significativa porque suele perderse.

Si tomamos en cuenta que el censo de 2000 contabilizó 97 983 412 habitantes en el país (72 759 822 de población urbana y 24 723 590 de población rural), de los cuales sólo 8 605 239 pertenecen al Distrito Federal, la conclusión salta a la vista: el proyecto debe dirigirse principalmente a los habitantes de los estados. En el total de población nacional, 58 092 327 habitantes tenían entre 15 y 65 años. La pregunta es inmediata: ¿cuántos de estos ciudadanos concluyeron la educación secundaria? La población de 0 a 14 años suma 32 586 973 habitantes.

Las cifras anteriores dan idea del reto que significa el proyecto, ya que cada uno de los 31 estados de la República presenta grandes diferencias culturales, sociales, políticas y económicas. Es decir, Oaxaca y Chihuahua, Yucatán y Sonora, Chiapas y Nuevo León, Sinaloa y Campeche no tienen más analogía visible que pertenecer a la división política geográfica nacional. La exigencia se ve de inme-

diato: el proyecto para crear un país de lectores requiere de una dirección ejecutiva con mucha claridad, experiencia y conocimiento de la realidad del país.

No nos engañemos: la lectura no es un tema de interés de los mexicanos y menos un propósito primordial de los gobiernos estatales; es un objetivo político. No hay que olvidar que la idea de formar un país de lectores es un proyecto central que se implementa en los estados a través de Conaculta, es decir, el proyecto cuenta con presupuesto propio, pero las entidades estatales deberán corresponder.

La duda se presenta porque las políticas culturales estatales que coadyuvarían a la formación de un país de lectores parecen inexistentes en cuanto a proyectos pensados para una realidad local. Es necesario recordar que vivimos en un país centralista y que en materia de cultura eso es muy notorio. De ahí surge otra pregunta: ¿con cuántos especialistas en fomento a la lectura o con el debido conocimiento para dirigir los proyectos estatales cuentan los estados? Sería terrible caer en omisiones, pero en general estos especialistas no existen en los estados; en cambio, podría promoverse que el proyecto adapte algunas acciones de la “cruzada vasconcelista”. Una sería localizar a los líderes naturales: magisterio —¡qué los maestros lean!—, padres de familia, medios de comunicación y aparato le-

La lectura no es un tema de interés de los mexicanos, y menos un propósito primordial de los gobiernos estatales; es un objetivo político.





*Olvidemos la idea de
que repartir libros
contribuirá a crear
lectores. Para el caso,
recordemos a
Vasconcelos.*

gislativo. Es decir, no dejar el proyecto en manos del “recomendado” del gobernador, sino localizar a quienes, por formación, ubicación profesional y vocación personal son capaces de implementarlo. Es factible. Lo que quiero puntualizar es que, en la medida de lo posible, se calculen los riesgos para evitar que se politice en grillas locales. También, y muy importante, será que se enlace a los encargados estatales y se les brinde capacitación continua.

La intención no es centralista, ¡al contrario! Se propone partir de la realidad para que el proyecto no se limite a intenciones y cifras. Intento llamar la atención hacia algunos aspectos, entre otros:

- Olvidar la idea de que repartir libros contribuirá a crear lectores. Para el caso vuelvo a Vasconcelos: su política cultural implicó muchas acciones sociales y culturales, entre ellas la editorial, misma que no se dirigió a los mexicanos alfabetizados sino a quienes podían tener acceso intelectual a Platón. Tomando el antecedente y adaptándolo a este siglo, tal vez lo indicado sea pensar en ediciones regionales con el claro objetivo de buscar el entendimiento del entorno a través de la literatura, la historia, etc. Es decir, libros que den

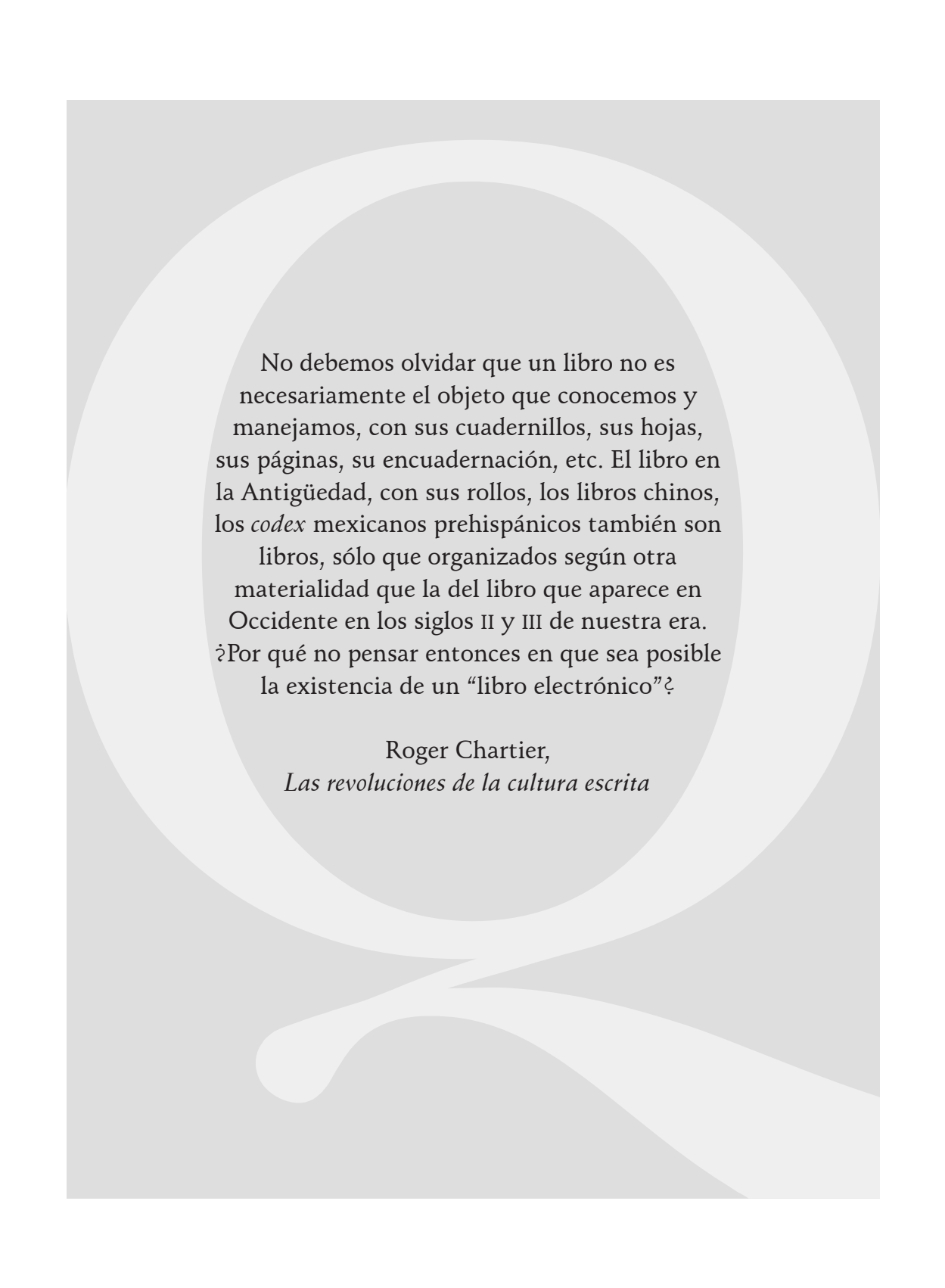
respuesta a un “leer, ¿para qué?”: leer para algo, para comprender el entorno local, regional y nacional. Una lectura que tenga utilidad para los mexicanos, que sirva para algo, creará lectores.

- Sería de gran provecho que en cada estado se buscara la vinculación regional en cuanto a instituciones académicas y culturales. De antemano se entiende que esto no es de fácil operación, ya que las grillas culturales y académicas locales suelen ser muy fuertes y, en algunos casos, irreconciliables. Se debe intentar, y aun con resultados parciales se avanzará.
- Otro aspecto de gran importancia es cambiar los objetivos y transformar la “misión” de las bibliotecas; hay que dejar de lado la imagen que hasta ahora guardan: espacios sacrosantos de la cultura y la academia donde se resguardan libros. Me refiero al espíritu religioso que se respira en ellas. Habría que pensar en espacios dinámicos en los que se aprecie el movimiento, y los libros se vean como una oferta de información, cultura, academia y, ¿por qué no?, entretenimiento.
- También deberían vincularse las grandes empresas editoriales, puesto que ellas serán, a la larga, las beneficiarias económicas del proyecto.

Es una labor ardua en la que se tienen que considerar todas las realidades locales. Si se ejecuta bien, dará frutos más tarde. No es un problema que se controle con cifras. Significa, sólo y por ahora, sentar las bases, los cimientos, para avanzar en un proceso lento. Los resultados se verán en una, dos o tres generaciones. Entonces tendremos un país de lectores.

Una lectura que tenga utilidad para los mexicanos, que sirva para algo, creará lectores.





No debemos olvidar que un libro no es necesariamente el objeto que conocemos y manejamos, con sus cuadernillos, sus hojas, sus páginas, su encuadernación, etc. El libro en la Antigüedad, con sus rollos, los libros chinos, los *codex* mexicanos prehispánicos también son libros, sólo que organizados según otra materialidad que la del libro que aparece en Occidente en los siglos II y III de nuestra era. ¿Por qué no pensar entonces en que sea posible la existencia de un “libro electrónico”?

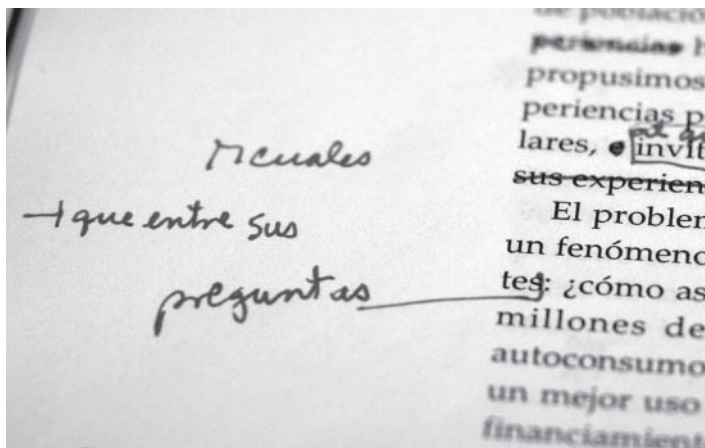
Roger Chartier,
Las revoluciones de la cultura escrita

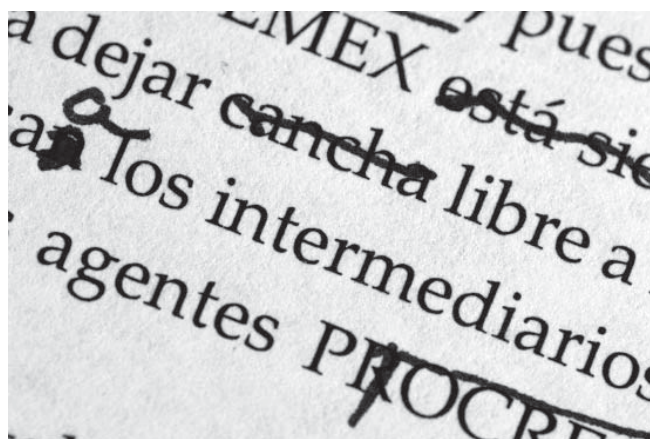
Concordancia

“Uno de los que...”

Un tipo de error gramatical al que los correctores de estilo deben estar siempre muy atentos, pues surge por doquier, es la falta de concordancia. La concordancia se define como “la igualdad de accidentes gramaticales entre dos palabras”. Así, por ejemplo, a un sustantivo masculino singular lo calificamos con adjetivos masculinos singulares: *El violín ROJO*, nunca *El violín ROJA* ni *El violín ROJOS*.

Claro que no todos los casos de falta de concordancia son tan obvios. Aquí me referiré a un error de esta clase en que parecen incurrir sistemáticamente los redactores de periódicos y más de un buen escritor: el que se comete con la construcción *Uno de los (x) que* + verbo. Es común poner en singular el verbo que sigue al relativo *que* y concertarlo con *uno* (*Él es uno de los periodistas que FUE al frente, Esa es*





una de las ponencias que DESPERTÓ mi interés), cuando la lógica y la gramática indican que debe ponerse en plural (*Él es uno de los periodistas que FUERON al frente, Esa es una de las ponencias que DESPERTARON mi interés*).

El *que* de las oraciones de este tipo tiene una función especifica-

tiva y sus antecedentes son sustantivos en plural (*periodistas, ponencias*), no los pronombres singulares *él, esa, uno, una*. Son esos sustantivos, y no los pronombres, los sujetos gramaticales del verbo (el segundo verbo, en las oraciones del ejemplo), por eso éste debe ir en plural. Claro, los pronombres también podrían ser plurales (*Ellos son dos de los periodistas que fueron al frente, Esas son tres de las ponencias que despertaron mi interés*), y los antecedentes del *que* seguirían siendo los mismos sustantivos. Naturalmente, cuando, al igual que los sustantivos, los pronombres son plurales, no se comete el error.

Es importante subrayar la función especificativa del *que*, pues en oraciones con *que* explicativo el verbo que le sigue sí debe ir en singular para concordar con *uno*: *Uno de los periodistas, que FUE al frente para cubrir la guerra, regresó herido; Una de las ponencias, que DESPERTÓ mi interés por encima de las demás, trató sobre filosofía de la ciencia*.

Volviendo a las oraciones de la forma *Él es uno de los X que...*, si bien *uno* y *una* son desde luego singulares, la clase o el conjunto al que afirmamos que tales *uno* y *una* pertenecen está conformado por una pluralidad (especificada por el relativo): la de los periodistas que fueron al frente, la de las ponencias que despertaron mi interés. A grandes rasgos, todas las expresiones de este tipo significan, simplemente: "Tal individuo (él/esa) pertenece (es) a tal con-

junto (el de los periodistas que fueron al frente/el de las ponencias que despertaron mi interés)".

Ahora bien, si, por el contrario, se quiere dar a entender que nada más ese periodista fue al frente, esa es la única ponencia que despertó mi interés, ¿para qué complicarse? Basta con *Él es el periodista que fue al frente, Esa es la ponencia que despertó mi interés.*

Tal vez se entienda con más claridad si observamos y comparamos oraciones de estructura parecida en las que, sin embargo, la falta de concordancia no se presenta: hasta donde he podido observar, nadie dice *Juan es uno de mis MEJOR amigos*, *Gina es una de las catadoras más AFAMADA* ni *Este platillo es uno de mis PREFERIDO*. Exactamente por la misma razón no debe decirse *Juan es uno de los amigos que mejor me CAE* (sino CAEN), *Gina es una de las catadoras que más fama TIENE* (sino TIENEN) ni *Este platillo es uno de los que más me GUSTA* (sino GUSTAN). *Que mejor me caen*, *que más fama tienen* y *que más me gustan* funcionan como adjetivos que, tal como *mejores*, *afamadas* y *preferidos*, modifican a los sustantivos plurales *amigos*, *catadoras* y *platillos*, respectivamente.

A las mismas confusiones se deben las construcciones anormales del tipo *Yo soy de los que no CREO en Dios*, *Yo soy de las que LLEGUÉ temprano*. También en estos casos el segundo verbo deber ir en plural, pues su sujeto no es *yo* sino *los* o *las*: *Yo soy de los que no CREEN en Dios*, *Yo soy de las que LLEGARON temprano*.

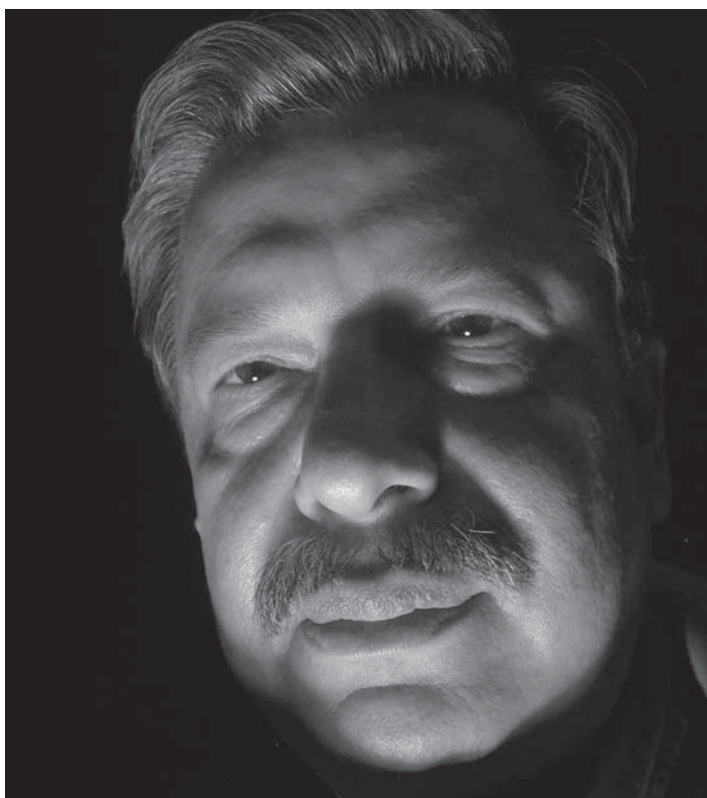
Si lo lógico es poner el verbo en plural y, diría yo, hasta sale más natural, ¿por qué la mayoría de los jefes de redacción dejan escapar el error, si no es que lo introducen ellos mismos, y por qué incurren en él tan a menudo escritores preocupados por usar correctamente el idioma? A lo mejor se les olvida que la lógica y el lenguaje van junto con pegado... o puede ser que incluso para expresarse con naturalidad sea necesario repasar un poco de gramática de vez en cuando.

Alejandro Ramírez

Escritor y librero

El portafolio de productos editoriales, un caso de programación lineal

El uso adecuado de los recursos disponibles, desde los financieros hasta los tecnológicos, es un problema fundamental en cualquier compañía, y en las empresas pertenecientes a la industria editorial no es la excepción. En este artículo se plantea y desarrolla el concepto de que el



Alejandro Ramírez

portafolio de productos de una empresa editorial puede ser manejado como un caso de programación lineal.

Por *portafolio de productos* entendemos el conjunto de obras que ofreceremos al mercado durante un tiempo estipulado, normalmente un año fiscal. Si bien cada una de estas obras tendrá características diferentes, lo usual será que se inscriba en alguna colección cuyas especificaciones técnico-editoriales ya estén determinadas por la propia casa editora. Tenemos entonces que el portafolio queda establecido por el número de novedades y reimpresiones que se lanzarán al mercado en un periodo concreto, por lo que nos interesa fijar el techo y el piso presupuestal que satisfaga nuestro programa de producción, así como el número de ejemplares de cada obra que produciremos dentro de un conjunto con particularidades instituidas (colecciones).

A partir del diseño de una función que represente el costo del portafolio de productos (considerando el de cada uno de los productos que lo componen), es posible formular un modelo en el que se reflejen las relaciones de estos entre sí, en términos de participación porcentual en el mismo. Al tener una cantidad que se quiere minimizar o maximizar y un conjunto de limitaciones determinadas por las políticas de la empresa (la participación cuantitativa de cada producto en el portafolio), resulta fácil darse cuenta de que se está definiendo un problema de programación lineal, cuyos rasgos más importantes son:

- Una función objetivo, que se va a minimizar o maximizar y
- Un conjunto de restricciones.

En este caso, la función que define los costos es la función objetivo; y las limitaciones de participación en el portafolio son las restricciones del problema. Aunque los problemas de programación lineal son un ejemplo de lo que se llama *modelo de toma de decisiones restringidas*, aquí se usa no tanto para definir el óptimo de inversión a través de un presupuesto, sino para precisar los límites presupuestales, techo y

piso, entre los que —satisfaciendo las restricciones— se puede mover la definición del portafolio de productos.

Para ilustrar la aplicación de la metodología propuesta desarrollaremos a continuación un ejemplo:

La editorial que consideraremos tiene diferentes contratos con autores y agencias literarias y un catálogo de obras publicadas; también ha decidido lanzar una nueva colección denominada *Autoayuda*. Al introducir un nuevo producto en el portafolio que ofrece la empresa, se hace necesario revisar la configuración del mismo y el uso que se le dará a los recursos de inversión disponibles. Es indispensable la adecuada conjunción de criterios editoriales, comerciales y financieros, en la cual la experiencia y antecedentes históricos son de la mayor importancia. Por lo anterior la dirección decidió establecer las siguientes condiciones:

- El programa total tendrá, cuando mucho, 600 títulos diferentes entre novedades y reimpresiones, con no más de 40% de novedades.
- La producción de libros se dividió en las colecciones que constituyen el portafolio regular: *Bolsillo*, *Infantil*, *Literatura*, *Técnicos* y la nueva colección denominada *Autoayuda*, para la que no se considera que haya reimpresiones durante ese año.
- Aunque en la línea *Literatura* las obras tienen tres posibles presentaciones, se encontró aceptable manejar los costos promedio presentados en los cuadros.¹

Cabe mencionar que en esta etapa se utilizaron sólo los costos directos de producción, ya que el propósito es determinar los costos mínimo y máximo requeridos para ejecutar el programa. Al resolver el modelo el resultado proporcionará el número de títulos diferentes por publicar y la colección.² Los costos indirectos se considerarán posteriormente, en la etapa de fijación de precio.

¹ Los valores numéricos sólo tiene como propósito ilustrar el ejemplo.

² Cuadros 6 y 8.

CUADRO 1. Parámetros de costo de la colección *Bolsillo*

	<i>Variable</i>	<i>Costo fijo</i>	<i>Costo variable unitario</i>	<i>Tiro/ ejemplares</i>
Novedades	N_1	\$ 14 000	\$ 2.50	2 000
Reimpresiones	R_1	\$ 0	\$ 2.50	3 000

CUADRO 2. Parámetros de costo de la colección *Infantil*

	<i>Variable</i>	<i>Costo fijo</i>	<i>Costo variable unitario</i>	<i>Tiro/ ejemplares</i>
Novedades	N_2	\$ 35 000	\$ 12.00	2 000
Reimpresiones	R_2	\$ 0	\$ 12.00	3 000

CUADRO 3. Parámetros de costo de la colección *Literatura*

	<i>Variable</i>	<i>Costo fijo</i>	<i>Costo variable unitario</i>	<i>Tiro/ ejemplares</i>
Novedades	N_3	\$ 25 000	\$ 20.00	2 000
Reimpresiones	R_3	\$ 0	\$ 20.00	3 000

CUADRO 4. Parámetros de costo de la colección *Técnicos*

	<i>Variable</i>	<i>Costo fijo</i>	<i>Costo variable unitario</i>	<i>Tiro/ ejemplares</i>
Novedades	N_4	\$ 20 000	\$ 15.00	2 000
Reimpresiones	R_4	\$ 0	\$ 15.00	3 000

CUADRO 5. Parámetros de costo de la colección *Autoayuda*, que no tiene reimpresiones por ser nueva

	<i>Variable</i>	<i>Costo fijo</i>	<i>Costo variable unitario</i>	<i>Tiro/ ejemplares</i>
Novedades	N_5	\$ 22 000	\$ 18.00	2 000

CUADRO 6. Participación porcentual de cada colección en el programa de producción

<i>Concepto</i>	<i>Variable</i>	<i>Restricción</i>
Novedades Bolsillo	N_1	$N_1 \leq 5\%$
Reimpresiones Bolsillo	R_1	$R_1 \leq 10\%$
Novedades Infantil	N_2	$N_2 \leq 10\%$
Reimpresiones Infantil	R_2	$R_2 \leq 15\%$
Novedades Literatura	N_3	$N_3 \geq 40\%$
Reimpresiones Literatura	R_3	$R_3 \leq 30\%$
Novedades Técnicos	N_4	$N_4 \leq 3\%$
Reimpresiones Técnicos	R_4	$R_4 \leq 10\%$
Novedades Autoayuda	N_5	$N_5 \leq 15\%$

En los cuadros anteriores consideramos como costos fijos los correspondientes a pre prensa, y como variables a aquellos que están en función del tiro: impresión, encuadernación y materia prima. El modelo que describe las condiciones anteriores queda como sigue:

Del cuadro 6 se tiene que las variables de decisión corresponden al número de novedades y reimpresiones que compondrán el programa de producción:

$$N_1, R_1, N_2, R_2, N_3, R_3, N_4, R_4, N_5.$$

La función objetivo que minimizaremos primero, para después maximizarla, es la función costo, es decir:

$$Z = C_1 + C_2 + C_3 + C_4 + C_5. \quad (1)$$

De los cuadros 1 al 5 se tiene que:

$$C_1 = 14\,000 + 2.5 (2\,000 N_1) + 2.5 (3\,000 R_1) \quad (2)$$

$$C_2 = 35\,000 + 12 (2\,000 N_2) + 12 (3\,000 R_2) \quad (3)$$

$$C_3 = 25\,000 + 20 (2\,000 N_3) + 20 (3\,000 R_3) \quad (4)$$

$$C_4 = 20\,000 + 15 (2\,000 N_4) + 15 (3\,000 R_4) \quad (5)$$

$$C_5 = 22\,000 + 18 (2\,000 N_5). \quad (6)$$

Sustituyendo en (1) nos queda como función objetivo para el periodo:

$$Z = 116\,000 + 5\,000 N_1 + 36\,000 R_1 + 24\,000 N_2 + 36\,000 R_2 + 40\,000 N_3 + 60\,000 R_3 + 30\,000 N_4 + 45\,000 R_4 + 36\,000 N_5 \quad (7)$$

Las restricciones están dadas por:

$$\sum_1^5 N_i + \sum_1^5 R_i \leq 600 \quad (8)$$

$$\frac{\sum_1^5 R_i}{\sum_1^5 N_i + \sum_1^5 R_i} \leq 0.6 \quad (9)$$

$$\frac{N_1}{\sum_1^5 N_i + \sum_1^5 R_i} \leq 0.05 \quad (10)$$

$$\frac{R_1}{\sum_1^5 N_i + \sum_1^5 R_i} \leq 0.1 \quad (11)$$

$$\frac{N_2}{\sum_1^5 N_i + \sum_1^5 R_i} \leq 0.1 \quad (12)$$

$$\frac{R_2}{\sum_1^5 N_i + \sum_1^5 R_i} \leq 0.15 \quad (13)$$

$$\frac{N_3}{\sum_1^5 N_i + \sum_1^5 R_i} \geq 0.15 \quad (14)$$

$$\frac{R_3}{\sum_1^5 N_i + \sum_1^5 R_i} \leq 0.3 \quad (15)$$

$$\frac{N_4}{\sum_1^5 N_i + \sum_1^5 R_i} \leq 0.03 \quad (16)$$

$$\frac{R_4}{\sum_1^5 N_i + \sum_1^5 R_i} \leq 0.1 \quad (17)$$

$$\frac{N_5}{\sum_1^5 N_i + \sum_1^5 R_i} \geq 0.15. \quad (18)$$

Y las condiciones de no negatividad:

$$N_i, R_i \quad i=1... 5. \quad (19)$$

Al ser éste un modelo que maneja más de dos variables, su solución geométrica es imposible, por lo que el camino elegido —y desde luego el más rápido— es utilizar la herramienta SOLVER de la hoja de cálculo Excel. A continuación se presentan las soluciones obtenidas al minimizar y maximizar la función de costo que, en este caso, describen adecuadamente la inversión que deberá realizarse y el número de primeras ediciones y reimpresiones por publicar dentro de cada línea de productos. De esta manera se selecciona la combinación que mejor responda a las demandas comerciales y que, además, sean presupuestalmente manejables.

Como ya se mencionó, cuando se habla de maximizar y minimizar la función costo, nos referimos a determinar el piso y el techo de los recursos necesarios para satisfacer la nueva composición del portafolio sujeta a las restricciones establecidas.

La hoja de Excel una vez corrida la rutina SOLVER queda:

CUADRO 7. Resultado de minimización de la función objetivo

Función objetivo (minimizar)	\$22 748 000			
Variables de decisión	N_1	30	R_1	60
	N_2	60	R_2	90
	N_3	90	R_3	150
	N_4	18	R_4	60
	N_5	42	R_5	0
	Total	240		360
Restricciones:			Término independiente:	
Total obras a producir	600	=	600	
Subtotal de reimpresiones	60.00%	≤	60.00%	
N_1 = Novedades Bolsillo	5.00%	≤	5.00%	
N_2 = Novedades Infantil	10.00%	≤	10.00%	
N_3 = Novedades Literatura	15.00%	≥	15.00%	
N_4 = Novedades Técnicos	3.00%	≤	3.00%	
N_5 = Novedades Autoayuda	7.00%	≤	15.00%	
R_1 = Reimpresiones Bolsillo	10.00%	≤	10.00%	
R_2 = Reimpresiones Infantil	15.00%	≤	15.00%	
R_3 = Reimpresiones Literatura	25.00%	≤	30.00%	
R_4 = Reimpresiones Técnicos	10.00%	≤	10.00%	
	30	≥	0	
	60	≥	0	
	90	≥	0	
	18	≥	0	
	42	≥	0	
	60	≥	0	
	90	≥	0	
	150	≥	0	
	60	≥	0	

Para el caso en que la inversión se maximiza tenemos:

CUADRO 8. Resultado de maximización de la función objetivo

Función objetivo (maximizar)	\$28 016 000			
Variables de decisión	N_1	0	R_1	0
	N_2	0	R_2	0
	N_3	360	R_3	180
	N_4	0	R_4	60
	N_5	0	R_5	0
	Total	360		240
Restricciones:			Término independiente:	
Total obras a producir	600	=	600	
Subtotal de reimpresiones	40.00%	≤	60.00%	
N_1 = Novedades Bolsillo	0.00%	≤	5.00%	
N_2 = Novedades Infantil	0.00%	≤	10.00%	
N_3 = Novedades Literatura	60.00%	≥	15.00%	
N_4 = Novedades Técnicos	0.00%	≤	3.00%	
N_5 = Novedades Autoayuda	0.00%	≤	15.00%	
R_1 = Reimpresiones Bolsillo	0.00%	≤	10.00%	
R_2 = Reimpresiones Infantil	0.00%	≤	15.00%	
R_3 = Reimpresiones Literatura	30.00%	≤	30.00%	
R_4 = Reimpresiones Técnicos	10.00%	≤	10.00%	
	0	≥	0	
	0	≥	0	
	360	≥	0	
	0	≥	0	
	0	≥	0	
	0	≥	0	
	0	≥	0	
	180	≥	0	
	60	≥	0	

De la solución del modelo obtenemos las siguientes conclusiones:

- Para los parámetros dados, la inversión oscila entre \$28 016 000 y \$22 748 000. Las restricciones se cumplen, pero el número de novedades y reimpressiones para cada producto del portafolio cambia.
- El modelo nos muestra que para alguna colección el resultado es cero novedades o cero reimpressiones. Esto se debe a la manera en que se plantearon las restricciones. Si lo anterior resultase inaceptable, basta con cambiar los límites para que al resolver el modelo obtengamos un resultado acorde a nuestras necesidades.

Utilizar un planteamiento como el anterior proporciona horizontes presupuestales —tanto el piso como el techo de inversión con una mezcla dada del portafolio de productos— y nos permite explorar diferentes escenarios mediante el cambio de las restricciones. En suma, coadyuva a un mejor ejercicio de la planeación estratégica.

Si en lugar de la función costo el modelo planteara la función utilidad, en la que los costos de cada producto del portafolio se remplazaran por la utilidad de cada uno de ellos, se tendría la mezcla de productos que maximizará la utilidad total. Éste, desde luego, es un ejercicio que sólo se puede realizar cuando el portafolio (incluido el nuevo producto) se ha comercializado y se tiene el necesario respaldo estadístico.

Cuatro estrategias para la profesionalización de nuestro quehacer editorial y un guión para reflexionar

Con la finalidad de propiciar la reflexión en torno a los problemas que nos afligen en estas épocas de cambio creamos la revista QUEHACER EDITORIAL. En los últimos años, de drásticas transformaciones tanto tecnológicas como económicas, hemos visto surgir y desaparecer proyectos editoriales. Hay mucho movimiento en nuestro campo y grandes preocupaciones. Estamos convencidos de que somos los propios protagonistas del quehacer editorial quienes tenemos que buscar alternativas, nuevos caminos para fortalecer nuestra industria. Sin embargo, los editores estamos orientados más a juzgar y publicar los textos de otros, que a generar y dar a conocer los propios. A veces falta tiempo, a veces falta la convicción de que tenemos cosas que decir a nuestros colegas, que compartir con ellos.

Desde nuestra trinchera de inquietudes profesionales hemos planteado cuatro grandes estrategias que hay que impulsar para fortalecer nuestro medio y que enunciamos brevemente:

1. La revista QUEHACER EDITORIAL (versión impresa y versión electrónica).
2. La creación del Instituto del Libro y la Lectura, A. C. (ILLAC), como institución académica cuyo objetivo general es realizar y fomentar la investigación, la docencia y la difusión en materia de las ciencias del libro y de los procesos y hábitos de lectura.
3. El impulso de la formación profesional de editores a nivel universitario.
4. La organización de un congreso anual de todos los participantes en el quehacer editorial.

La revista es, pues, un primer paso. A lo largo de los últimos años hemos tenido oportunidad de conversar con infinidad de colegas. De una u otra forma, al abordar los diversos tópicos, las preocupaciones son similares. Los foros que hemos abierto necesitan de sus colaboraciones para nutrir nuestras reflexiones con contenidos escritos. Con objeto de incitar a la escritura, nos hemos permitido elaborar un breve guión en torno a los temas centrales que abordaremos en nuestras publicaciones, con algunas preguntas que bien pueden motivar la reflexión y la escritura.

Las preguntas abiertas

1. El libro: hay que concebirlo y escribirlo

El autor enfrentado a nuevas circunstancias. Ser exitoso en estas épocas es asunto no sólo de talento, sino también de suerte. ¿Cómo enfrentan, perciben, los autores esta situación? ¿Escriben por necesidad creativa o por un afán lucrativo? ¿Qué espera el autor del editor? ¿Qué espera el escritor del gobierno? ¿Qué está dispuesto el autor a dar y hacer más allá del texto? ¿A promocionar su libro? ¿Cómo concibe su propia misión para generar el gusto por la lectura y fomentar su hábito?

2. El libro: hay que traducirlo

La función y los retos del traductor en el quehacer editorial. ¿Es el traductor a su vez un autor o sólo un prestador de servicios profesionales? En ese sentido ¿todo libro traducido debería concebirse como coautoría? ¿Merece por tanto el traductor percibir regalías más que un pago por servicios? ¿Cuál es el futuro de la traducción en virtud de las tecnologías cada vez más sofisticadas de traducción automática, semiautomática o interactiva? ¿El traductor de libros requiere capacidades distintas del traductor de documentos en general? ¿La traducción de libros de temas técnicos o especializados requiere de un traductor con conocimientos técnicos o de un revisor técnico de la traducción o de ambos? ¿El autor tiene derecho a revisar la traducción y a influir en ella? ¿El editor tiene derecho a modificar la traducción o atenta contra los derechos de autor del traductor si éste no

consiente en dichas correcciones o modificaciones? ¿Se debe traducir a una lengua genérica (“español genérico”) o a un lenguaje regional más específico? ¿Cómo normar la terminología en una época de rápidos cambios tecnológicos y conceptuales y de globalización científica, técnica y cultural?

3. El libro: hay que editarlo

El editor en un nuevo entorno económico, político, cultural y social. ¿Qué es un editor? La función del editor, ¿es meramente lucrativa? ¿Cuál es su misión? ¿Cómo se concibe, percibe el editor en esta nueva época? ¿Cómo define el editor esta época? ¿Cómo impulsar la publicación de libros necesarios pero no lucrativos? ¿Cómo atender necesidades propias de la diversidad social y cultural? ¿O buscar una homogeneización? ¿Cómo competir en este mundo de la globalización? ¿Cómo garantizar la supervivencia de proyectos independientes sin que sean absorbidos por las grandes corporaciones o sucumban ante la imposibilidad de competir? ¿Cuál es la viabilidad y misión del editor pequeño y mediano? ¿Cuál debe ser la formación profesional del editor? ¿Es necesario que el editor tenga una capacitación continua? ¿Debe el editor estar familiarizado con las tecnologías tanto tradicionales como nuevas para tomar decisiones?

4. El libro: hay que diseñarlo

El diseñador ante una cultura visual. ¿Cómo re-concebir el diseño del libro? ¿Hay

que mantener las normas tipográficas tradicionales o buscar nuevos paradigmas en el libro impreso en papel? ¿Cómo impulsar un diseño de libro electrónico que responda a parámetros rigurosos que propicien la lectura, tal como fueron concibiéndose por siglos para el libro impreso en papel? ¿Cómo conciliar en materia de diseño el interés del lector con el del editor (mayor legibilidad vs. menor costo)?

5. El libro: hay que corregirlo

La batalla contra la errata. ¿Cómo congeniar la urgencia con que hoy se editan los libros con el cuidado con que hay que preparar un libro? ¿Desplaza la tecnología al corrector? ¿Modifica la tecnología la labor del corrector? ¿Siguen siendo necesarias tantas lecturas (original, galeras y planas)? ¿Es la labor del corrector una especialidad del quehacer editorial? ¿Son distintas las habilidades necesarias en un corrector de original que en un corrector de pruebas (galeras y planas)? ¿Quién dicta las normas? ¿Cómo se establecen las normas particulares de una editorial? ¿Qué cambia en el caso del libro electrónico?

6. El libro: hay que tipografiarlo

La revolución tipográfica. ¿Sigue siendo válido hablar del “tipógrafo”? ¿Son necesarios los conocimientos de tipografía para la elaboración de un libro? ¿El perfeccionamiento de los programas de composición tipográfica hace innecesarios los conocimientos de tipografía? ¿De qué manera incide un adecuado manejo tipográfico

(elección de familia, puntaje, interlínea, caja, etc.) en la facilidad de lectura de un texto? ¿Aplican las mismas normas tipográficas del libro con soporte papel al libro electrónico? ¿Cuál es el futuro de la tipografía?

7. El libro: hay que prepararlo

La diversidad de destinos. ¿En qué ha cambiado el paradigma de la pre prensa? ¿La multiplicidad de destinos posibles (negativos, directo a placa, impresión digital, libro electrónico, etc.) hacen necesario concebir una nueva especialidad (quizás “ingeniero en preparación de archivos digitales”)¿ ¿Qué hacer ante el vacío en la preparación profesional de quien tiene a su cargo esta labor en virtud de los avances tecnológicos y la complejidad creada?

8. El libro: hay que imprimirlo

La transformación tecnológica. ¿Es necesario que el editor conozca las tecnologías tradicionales y nuevas? ¿Cómo incide el conocimiento de las tecnologías existentes en la toma de decisión del editor y en la viabilidad de su empresa? ¿En el caso de los libros, la impresión digital en tiros cortos es económicamente viable para un negocio editorial? ¿De qué manera conviven y se complementan los tiros “largos” tradicionales con los tiros cortos? ¿Prevalecerá el libro impreso sobre papel vs. el libro electrónico? ¿Qué nuevos paradigmas arroja la impresión en el mundo globalizado donde las distancias tienen cada vez menor importancia ante precios cada vez más

competitivos incluyendo costos de transporte e importación?

9. El libro: hay que encuadernarlo

El libro como objeto de consumo y no de culto. ¿Cómo ha evolucionado la encuadernación del libro? ¿Se ha convertido de arte en ciencia, en tecnología? ¿Cómo sobrevivirá el libro encuadernado en pasta dura ante el abaratamiento del libro rústico? ¿Continuará el cosido a hilo de los libros frente al mejoramiento del *hot melt*? ¿Qué innovaciones tecnológicas hay en puerta en materia de encuadernación? ¿Qué perspectivas tiene la evolución de la encuadernación ante el advenimiento del libro electrónico?

10. El libro: hay que distribuirlo

El eterno cuello de botella. ¿Cuál es la causa de los deficientes mecanismos de distribución en México? ¿Cómo solucionar las deficiencias en materia de distribución del libro tanto nacional como internacionalmente? ¿Puede haber un sistema eficiente y lucrativo de distribución? ¿Cómo crear sistemas de distribución que consideren no sólo las novedades, los libros de texto y los *best-sellers*, sino todo el acervo editorial? ¿Puede ponerse a disposición del público lector todo el acervo editorial vivo? ¿Cómo? ¿Cómo crear sistemas de distribución eficientes de libros producidos en tirajes cortos? ¿Cómo evitar la mediatización

de los gustos y hábitos de lectura entre la población como causa de la limitada capacidad de distribuir títulos y de la inevitable selección de títulos más comerciales por parte del distribuidor? ¿Es la distribución vía Internet la única solución posible para hacerle llegar el catálogo de libros vivos a toda la población independientemente de su lugar de residencia?

11. El libro: hay que promoverlo

La promoción del libro y del hábito de la lectura. Si se ha de promover un libro en particular, ¿no está en interés del editor promover el hábito de la lectura en primer lugar? ¿Cómo se crean hábitos de lectura entre la población? ¿A quién corresponde impulsar medidas tendientes a crear esos hábitos? ¿Al Estado, al gremio editorial? ¿Es posible pensar en una población lectora de libros en una época de medios de comunicación masiva, de la TV y los DVD? ¿Qué debe leer la población? ¿Debe leer algo en particular? ¿Es razonable y apropiado establecer directivas de lectura (como “los 100 libros más importantes”)? ¿Hay que pugnar por una cultura homogénea, o hacerle justicia e incluso pugnar por el enriquecimiento de la diversidad? ¿Cómo promover UN libro en medio de los millones de títulos existentes? ¿Cómo crear mecanismos que permitan una promoción del libro no basada en la capacidad económica del editor sino del valor del libro? ¿Cómo puede promover exitosamente un libro una editorial independiente frente al poder de las editoriales transnacionales? ¿Hay fórmulas para promover, junto con un libro, la lectura en general?

12. El libro: hay que venderlo

La desaparición de las librerías. ¿Cómo llegar al lector en países como México, donde la tendencia ha sido hacia la desaparición de las librerías? ¿Son los rincones de venta de libros y revistas en las tiendas departamentales una opción? ¿Qué sucedió con el librero que sabía orientar al lector? ¿Cómo compensar la desaparición del librero profesional? ¿Debe construirse la actividad del librero de manera profesional con formación académica? ¿Qué hacer ante la imposibilidad de tener en exhibición en librerías la totalidad de los títulos “vivos” de las editoriales? ¿Son las librerías un negocio rentable en un país con un marcado índice bajo de lectores? ¿Puede y debe hacer algo el Estado al respecto? ¿O las librerías están condenadas a convertirse en entidades cibernéticas en Internet? Por tanto, más que crear nuevas librerías, ¿el reto está en computarizar y conectar a la red a la totalidad de la población? ¿Cómo combinar la venta final del libro con la promoción de hábitos de lectura? ¿Qué nuevos paradigmas de venta de libros hay en el horizonte? ¿El café del lector, el rincón de lectura en el restaurante? ¿Ante semejante panorama, tiene futuro el libro con soporte papel frente al libro electrónico?

13. El libro: hay que leerlo

Cuando la lectura deja de ser una necesidad. ¿Es necesario leer libros? ¿Por qué, para qué? ¿No constituye una nueva forma de “lectura” ver una película o la televisión? ¿Tiene futuro la lectura? ¿Dónde y cómo se inicia el ciclo de la formación del lector?

¿En la familia? ¿En la escuela? ¿Cómo promover condiciones adecuadas en el inicio de la cadena? ¿Cómo enfrentar las dificultades de lectura ante la falta de condiciones idóneas, como lo es la buena alimentación, el lugar adecuado y las condiciones físicas básicas de iluminación y calma? ¿Cómo mejorar las condiciones de edición, cómo adecuarlas a las necesidades de la población contra la tendencia a hacer del libro algo cada vez más económico y, por ende, muchas veces poco legible y placentero? ¿Cómo generar el hábito de la lectura? ¿Cómo mantener ese hábito? ¿Cómo financiarlo?

14. El libro y las nuevas tecnologías

Presente y futuro de las artes gráficas. ¿Cuáles son las tendencias tecnológicas que inciden en la producción de libros en el campo de las artes gráficas y que debe conocer el editor? ¿Qué opciones tecnológicas están emergiendo? ¿Cómo incorporarlas al quehacer editorial? ¿Puede un editor convertirse en impresor? ¿Debe hacerlo? ¿Qué tendencias tecnológicas cuestionarían la supervivencia del libro impreso sobre papel? ¿Cómo debe una editorial prepararse para sobrevivir los cambios tecnológicos? ¿Puede una editorial actualizarse a la velocidad de los cambios? ¿Cuál es la curva de aprendizaje y de amortización de inversión en nuevas tecnologías? ¿Hay estándares visibles o seguirán compitiendo diversas plataformas? ¿Cómo tomar decisiones tecnológicas estratégicas? ¿Puede un editor navegar independientemente o debe buscar sólidos socios tecnológicos? ¿Qué socios tecnológicos hay y cómo operan?

¿Existe el “largo plazo” en materia tecnológica? ¿Qué tan largo puede serlo?

15. El libro requiere profesionales

La profesionalización del quehacer editorial. ¿Puede seguir siendo el quehacer editorial un oficio que se transmite de maestro a aprendiz? ¿O requiere acciones tendientes a la profesionalización, es decir, a la capacitación vía instituciones académicas? ¿Puede profesionalizarse el quehacer editorial? ¿Cómo impulsar la profesionalización? ¿Cómo imponer socialmente la aceptación del editor y sus especialidades como profesiones? ¿Es el quehacer editorial objeto de una sola profesión o su complejidad obliga a dividirlo en varias especializaciones? Si ese fuera el caso, ¿cuáles especializaciones podemos identificar? ¿Cuáles requiere el mercado? ¿Hay mercado para profesionales emergidos de una carrera académica en materia editorial? ¿Qué tan grande es ese mercado? ¿Qué tan urgente es iniciar la preparación de profesionales?

16. El libro y las ciencias que lo sustentan

El quehacer editorial como ciencia. ¿Podemos concebir el quehacer editorial como una ciencia, es decir, como conocimiento exacto y razonado? ¿Podríamos hablar entonces de la ciencia del libro? ¿O componen los conocimientos implícitos en todo el quehacer editorial varias ciencias? ¿Cuáles son los conocimientos implícitos en el quehacer editorial? ¿Qué especialidades podríamos identificar? ¿Cómo avanzar en pos de una ciencia del libro? ¿Puede

un Instituto del Libro y la Lectura de carácter académico fungir como rector en la labor de la articulación de la ciencia del libro? ¿Quiénes podrían concebirse como los “científicos” del libro? ¿Cómo formarlos? ¿Cómo impulsar una labor sistemática de estructuración de conocimientos fundamentados en el estudio?

17. El libro y la formación académica de profesionales

Hacia una docencia de las ciencias del libro. ¿Cómo concebir la profesión del editor? ¿Como una licenciatura, un posgrado? ¿Puede iniciarse la formación de un editor a partir de los conocimientos adquiridos en la preparatoria o son insuficientes los conocimientos culturales adquiridos hasta ese nivel? ¿O debe concebirse la formación en ciencias del libro más bien como una carrera de carácter técnico? En ese sentido, ¿qué sería un profesional del libro? ¿Quién sabe cómo hacerlos? ¿Se puede formar a quien decide qué editar? ¿Habría por tanto quizás que distinguir diversos niveles de especialización: técnico, licenciatura, posgrado, siendo este último el nivel donde se adquirirían los conocimientos necesarios para tomar decisiones de mayor peso en una empresa o entidad editorial (lo que hoy conocemos como “editor”)¿ ¿Cómo estructurar el currículum de la carrera? ¿Cuáles serían sus componentes, sus materias? ¿Cuál su estructura lógica? ¿Cuál la didáctica adecuada? ¿Qué relación habría entre teoría y práctica? ¿Cómo incorporar el aspecto práctico? ¿Debería incluir prácticas de campo? ¿De qué naturaleza y extensión?

Gerardo Amancio. Torreón, Coahuila (1959). Narrador. Licenciado en Comunicación por la Universidad Iberoamericana en 1985 y profesor de esa casa de estudios de 1983 a 1986, en las especialidades de investigación y semiótica. Autor de los libros de relatos *Delito del orden común* (1988) y *Piezas de la memoria imperfecta* (1991). Ha colaborado en diversas publicaciones periódicas como crítico literario y de televisión. Promotor cultural, ha laborado en el sector público en la Dirección de Literatura del Instituto Nacional de Bellas Artes y la Dirección General de Bibliotecas del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes en proyectos de promoción de la lectura y como director de Apoyo Bibliotecológico en esta última.

Pablo Aveleyra Arroyo de Anda (1934). Se graduó de licenciado en economía en el Instituto Tecnológico de México. Trabajó muchos años en el Banco Nacional de México, en el Departamento de Estudios Económicos y Sociales. Ya jubilado, se dedica a escribir, leer, pasear con Isabel Sierra y frecuentar a sus amigos.

Elisa Bonilla Rius. Madrid (1956). Es hija de padres mexicanos por naturalización y ella es mexicana por nacimiento. Licenciada en matemáticas por la Facultad de Ciencias de la UNAM (1980). Diplomada en educación por el Instituto de Educación de Cambridge, Inglaterra (1981). Graduada en enseñanza de las matemáticas por la Universidad de Cambridge, con grado de maestra en filosofía (1982). Candidata al doctorado en educación por esa misma universidad. Fue profesora e investigadora de los Departamentos de Matemática Educativa (1987-1990) e Investigaciones Educativas del Cinvestav-IPN (1990-1993). Profesora de diversas asignaturas, de licenciatura y posgrado, en la Facultad de Ciencias de la UNAM (1978-1993), la Normal de México (1983-1984) y la Universidad Pedagógica Nacional (1987). Maestra de matemáticas en secundaria y bachillerato (1976-1980). Es autora de varios libros y publicaciones especializadas.

Desde 1993 es directora general de Materiales y Métodos Educativos de la Secretaría de Educación Pública. En esta función ha sido responsable de la edición de la tercera generación de los libros de texto gratuitos y de otros proyectos educativos importantes. Actualmente coordina el Programa Nacional de Lectura para la educación básica y normal, desde el cual promueve, entre otras cosas, la dotación de bibliotecas de aula y escolares a todas las escuelas públicas de educación básica de nuestro país.

Gerardo Cabello. México (1942). Estudió un año en la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales. Trabajó durante 18 años en un taller de imprenta, donde fue corrector de pruebas y de estilo, linotipista y jefe de taller. Posteriormente laboró como corrector de estilo en diferentes periódicos de la ciudad (*El Heraldo de México*, *Diario de México*, *Novedades*, *El Día*) y en la revista *Tiempo*, cuando la dirigía don Martín Luis Guzmán. También prestó sus servicios en las editoriales Nueva Imagen, Diana, Nueva Editorial Interamericana, Compañía Editorial Continental, Limusa, Jus y Yug, así como en la Dirección General de Divulgación y la Dirección General de Publicaciones de la SEP. Trabajó durante 19 años (1983-2002) en el Fondo de Cultura Económica, 16 de ellos como jefe de Primeras Ediciones y subgerente de Producción Editorial. Actualmente es coordinador editorial en la Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Adolfo Castañón. México, 1952. Narrador, ensayista, traductor y crítico literario. Estudió en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Combina el oficio de la pluma con el de la edición y desde 1975 ha sido jefe de producción y director editorial del Fondo de Cultura Económica. Investigador del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM. Miembro del consejo de redacción de diversas publicaciones en Latinoamérica. Fundador de la revista *Cave Canem* y ha colaborado en *Vuelta*, *Revista de la Universidad de México*, *La Gaceta* del FCE, *La Cultura en México*, *Novedades* (suplemento) y *Sábado*. Algunas de sus obras: *Fuera del aire*, La Máquina de Escribir, 1978; *Arbitrario de literatura mexicana*, *Vuelta*, 1993; *Después de Babel*, de George Steiner, FCE, 1981.

Lourdes Cervantes Cota. Culiacán, Sinaloa. Estudió la licenciatura en periodismo y tiene estudios de maestría en sociología. Se dedica a la administración cultural, escribe cuento, ensayo y artículos culturales, además de impartir talleres de literatura. Actualmente labora en Educal-Conaculta como coordinadora

de Publicaciones de los Estados y dirige el proyecto de Videoteca Universal Conaculta. exlibris_mx@yahoo.com

Laura Lecuona. México (1968). Estudió filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Se inició en el trabajo editorial en el Departamento de Publicaciones del Instituto de Investigaciones Filosóficas y durante varios años se dedicó a la traducción del inglés, corrección de estilo y lectura de pruebas en editoriales como Diana, Fondo de Cultura Económica y la UNAM. Desde 1995 es coordinadora editorial de Paidós Mexicana y responsable de la incorporación de autores mexicanos a su catálogo, con cerca de setenta títulos hasta la fecha; entre dichos autores se cuentan María Bertely Busquets, Isabel Cabrera, Marina Castañeda, Adolfo Castañón, Ángel Díaz Barriga, Fernando Escalante Gonzalbo, Fátima Fernández Christlieb, Luis González de Alba, Juliana González V., León Olivé, Víctor Roura, Eusebio Ruvalcaba, Marta Torres Falcón, Luis Villoro y Naief Yehya.

Carlos Martínez Rentería. Escritor y periodista cultural, además de columnista y editor de la quinceañera revista *Generación* que, gracias a su perseverancia, se difunde ampliamente en el ámbito contracultural y alternativo.

Kepa Murua. Zarauz (1962). Cursó estudios de filosofía y letras en la Universidad del País Vasco y obtuvo la licenciatura de historia del arte por la Universidad de Oviedo, especializándose en musicología y vanguardias artísticas. Considerado poeta de culto e inclasificable, ha publicado los libros de poesía *Abstemio de honores*, *Cardiolemas*, *Cavando la tierra con tus sueños*, *Siempre conté diez y nunca apareciste* y *Un lugar por nosotros*. Asimismo, es autor del libro de aforismos líricos *La poesía y tú*. En 1996 funda la Editorial Bassarai, proyecto literario que por su calidad y originalidad ha sorprendido en los últimos años a los lectores y a la crítica especializada. En el año 2000 crea la revista virtual *Luke* (www.espacioluke.com), espacio de aproximación a los nuevos medios tecnológicos y de comunicación a través del arte y la literatura.

Margarita Robleda Moguel. Es escritora, compositora, conferencista, editora y poeta. Tiene una novela para adultos y 71 libros publicados para niños, algunos de estos dentro de los programas de lectura para las escuelas bilingües de los Estados Unidos editados por Houghton Mifflin, Harcourt Brace y Scott Foresman. Es Premio Nacional de Cuento 1991, fundadora y presidenta de Lectura para todos, IAP. En el año 2000 nace la editorial Margarita Robleda, S. A. de C. V. www.margaritarobleda.com

Alejandro Ramírez. Es editor, escritor y librero. Se desempeñó durante trece años como gerente de Producción en el Fondo de Cultura Económica; actualmente labora como gerente en el grupo de Librerías Gandhi. Ha impartido cursos sobre producción editorial para diferentes instituciones y las cátedras de estadística y matemáticas en la maestría de Ciencias de la Educación y de innovación y desarrollo de productos en la maestría de Administración en la Universidad del Valle de México. Estudió ingeniería en sistemas y la maestría en Administración.

Alejandro Zenker. México (1955). Editor, traductor y fotógrafo. Director general de Solar, Servicios Editoriales, de Ediciones del Ermitaño y del Instituto del Libro y la Lectura (ILLAC), realizó sus estudios de pedagogía en Alemania y de traducción en El Colegio de México. Entre muchos otros cargos y actividades fue fundador y presidente de la Asociación de Traductores Profesionales (ATP) y miembro del Consejo de la Federación Internacional de Traductores, en cuyo marco presidió el Comité para los Centros Regionales y fundó el Centro Regional de los Países del Norte de América (México, Estados Unidos y Canadá). Fue director general del Instituto Superior de Intérpretes y Traductores y miembro de la mesa directiva de la Asociación Mexicana de Lingüística Aplicada (AMLA). Es director de la colección *Minimalia*, de la revista *Quehacer Editorial* y editor de la revista *Transgresiones*. Promotor y director del Pabellón Tecnológico en la Feria Internacional del Libro en Guadalajara, ha sido entusiasta difusor del uso de las nuevas tecnologías en el medio editorial.

Títulos de la colección

1. Felipe Garrido, *Tepalcates*
2. Alejandro Ramírez, *Entre mitos y flautas*
3. Eugenio Aguirre, *Ángeles y Demonios*
4. Alejandro Sandoval Ávila, *Agua zarca*
5. Ana María Jaramillo, *La curiosidad mató al gato*
6. Carlos Mongar, *Fragmentos sin fondo*
7. Virginia Jackson, *Géminis/Gemini*
8. Ricardo Bernal, *Metafísica del aborto*
9. Cristina de la Concha, *Historia de una perdida y otros cuentos*
10. Héctor Perea, *Aguasvivas*
11. Víctor Sandoval, *Coplas que mis oídos oyeron*
12. María Velázquez, *Aun sin saber quién eres. Cuentos, relatos y alebrijes*
13. Eugenio Aguirre, *Los perros de Angagua*
14. Saúl Ibargoyen, *Poeta en México City*
15. Luis Ignacio Helguera, *Ígneos*
16. Alejandro Ramírez, *Tiempo de cuentos*
17. Cristina Gómez, *Puentes bajo el asfalto*
18. Sex-Teto y otras piezas para cuatro manos
19. Blanca Martínez, *Cuentos del Archivo Hurus*
20. Francisco Segovia, *Rellano*
21. Vueltas de tuerca, *Cuentos de escritores politécnicos*
22. Felipe Garrido, *Voces de la Comarca*
23. Hélène Monette, *Montréal brûle-t-elle? ¿Arde Montreal?*
24. Arduo Suaves, *Canutero*
25. El surco y la palabra, *Literatura emergente de Aguascalientes*
26. Óscar Edmundo Palma, *Periodismo en crisis*
27. Alí Chumacero, *Poeta de amorosa raíz*
28. Iván Portela, *Cantos de fuego (Cantos ivánicos)*
29. Luis Reyes de la Maza, *Juan Xóchitl I (El pontífice mexicano)*
30. Iliana Godoy, *Secreter*
31. Otto-Raúl González, *Sea breve*
32. Animalia, *Bestiario fantástico*
33. Hugo Gutiérrez Vega, *Lecturas, navegaciones y naufragios*
34. Águeda Pía Fernández, *Una mujer en vilo*
35. Adolfo Castañón, *El reino y su sombra. En torno a Juan José Arreola*
36. Saúl Ibargoyen, *Bichario*
37. Mónica Mansour, *Poema para Silvia/ Nómada de mí*
38. Luz Elena Cabrera, *Abelardo y Heloísa. El arte de la pasión*
39. María Guerra, *Vocación de viento*
40. León Guillermo Gutiérrez, *No mueras esta noche*
41. Aníbal Rodríguez Silva, *Memoria de escriba*
42. Eduardo Zambrano, *A ras de todo*
43. Patricia Jacobs, *Diccionario enciclopédico de mexicanos de origen libanés y otros pueblos del Levante*
44. Pablo López, *El amor en pocas palabras*
45. Javier Contreras Villaseñor, *Cuadernos de humo*
46. Alejandro Ramírez, *Color de noche*
47. *Poesía ensayo y crítica en la vida de Ramón Xirau*
48. Eduardo Lizalde, *Las huellas del tigre*
49. La ciudad escrita, *Lauro Zavala*

Títulos de la colección

50. Con Augusto Monterroso
en la selva literaria
51. Mercedes Martínez Torres, *Clave de Sol y niebla*
52. Enrique Héctor González,
Anfropiflume
53. Águeda Pía Fernández,
En lo alto. Estampas de México y Europa (1939-1975)
54. Jade Castellanos Rosales, *De locas por la gran ciudad*
55. Elia Espinosa, *Poemas de la distancia*
56. Saúl Ibargoyen, *Graffiti 2000*
57. Pablo Aveleyra, *Memoria que dura*
58. Teresa Aveleyra, *Mi cuervo azul*
59. Teresa Aveleyra, *Cabo y rabo*
60. Teresa Aveleyra, *Cuentos de dichos y hechos*
61. Teresa Aveleyra, *Pasos por el mundo*
62. Teresa Aveleyra, *El secreto de Lady Lucy*
63. Miguel Ángel Tenorio, *Instantáneas de la ciudad. Antología*
64. Carla Pataky, *Estancias*
65. María Velázquez, *Cosas que todavía existen. Cuentos, narraciones y sucesos*
66. Eko, *Denisse*
67. Arturo Azuela, *Extravíos y maravillas*
68. Alejandro Tarrab, *Centauros*
69. Encuentro de poetas, *Oaxaca 2000*
70. El libro y las nuevas tecnologías.
Los editores ante el nuevo milenio
71. Teresa Aveleyra, *Carne de boiler*
72. Pablo Aveleyra, *Revoltijo*
73. Alejandro Osorio Ibáñez, *Agua lunar*
74. Poetas del mundo latino, *Oaxaca 2001*
75. Hernán Bravo Varela, *Comunión*
76. Jade Castellanos, *Riscorso*
77. María Luisa Erreguerena,
Un poco de alma
78. La rebelión de los desobedientes,
Veinticinco años de poesía cubana

Separadores

1. Eko, *Los separadores de Minimalia*
2. Carlos Ranc, *Para ver antes de ir a la cama (taedium vitae)*
3. Marco Antonio Campos, *Antología del verso único*

Erótica

1. Gustavo Sainz, *Batallas de amor perdidas*
2. Edmée Pardo, *Flor de un solo día*
3. Hernán Lara Zavala, *Muñecas rotas*
4. Alberto Ruy Sánchez, *La huella del grito*

Títulos de la colección

Género y salud sexuales

1. *Derechos sexuales y reproductivos de niñas y niños desde una perspectiva de género*
2. *Masaje clásico terapéutico*, Socorro Rocha
3. *Agenda erótica femenina 1998*
4. *Agenda erótica femenina 1999*
5. *Agenda erótica femenina 2000*
6. *Agenda erótica femenina 2001*
7. *Agenda erótica masculina 2001*
8. *Agenda erótica femenina 2002*

Breviarios

1. Víctor Roura, *El destino del telegrama*
2. Arduro Suaves, *Canutero de España. Periquetes de literatura*
3. Andrés García Barrios, *Crónica del alba*
4. Alberto Blanco, *Más de este silencio*
5. Arduro Suaves, *Canutero de Brasil. Periquetes de literatura*
5. Arduro Suaves, *Los periquetes editoriales y otro tipografía*

Infantil

1. Pedro Bayona, *Historias de cocodrilos*

Cómic

1. Jaime López y Felipe Ehrenberg, *Rolando Trokas. El trailer intergaláctico*

Yo medito, tú me editas

1. *El libro y las nuevas tecnologías. Los editores ante el nuevo milenio*, Varios
2. *Flashes sobre escritores y otros textos editoriales*, Jorge Herralde

Revistas

Transgresiones

Quehacer editorial

Si deseas estar al tanto de nuestras publicaciones suscríbete gratuitamente a nuestro boletín poético ***Literalia*** enviando un correo a literalia-subscribe@yahoogroups.com o a minimalia@solareditores.com

¿Nos echamos un tiro?

Tirajes desde diez ejemplares hasta miles

CUIDADO EDITORIAL

TIPOGRAFÍA Y DISEÑO

IMPRESIÓN DIGITAL

PEQUEÑO Y GRAN FORMATO

TIRO CORTO

ENCUADERNACIÓN Y ACABADOS



www.solareditores.com • solar@solareditores.com • 55151657

Quehacer editorial

www.solareditores.com • Año 1, núm. 1/Invierno de 2002

El libro en busca de lectores



Jorge Aller • Juan Domingo Argüelles • Antonio María Ávila Álvarez • Juan Alfonso Castillo Burgos • Lourdes Cervantes Cota • Francisco Goñi • Laura Lecuona • Miguel de la Madrid Hurtado • Mónica Mansour • Miriam Martínez Garza • Alida Piñón • Alexandro Roque • Miguel Ángel Tenorio • María Eugenia de la Vega García • Lauro Zavala • Alejandro Zenker

Quehacer editorial

www.solareditores.com • Año 1, núm. 2/Primavera-Verano de 2003

Editores y lectores, hábitos y vicios



Gerardo Amancio • Pablo Aveleyra • Elisa Bonilla Rius • Gerardo Cabello • Adolfo Castañón • Lourdes Cervantes Cota • Laura Lecuona • Carlos Martínez Rentería • Kepa Murua • Margarita Robleda Moguel • Alejandro Ramírez • Alejandro Zenker

Visita nuestra tienda virtual en www.solareditores.com

El libro y las nuevas tecnologías

*Los editores
ante el nuevo milenio*



María Luisa Armendáriz • Pedro Bayona • Adolfo Castañón • Luis G. Coda • Sandro Cohen • Silvia Isabel Gámez • Daniel Goldin • Sergio González Rodríguez • Tomás Granados Salinas • David Gutiérrez Fuentes • Jorge F. Hernández • José Francisco Hernández • Julio Hubard • Jaime Labastida • Fernando Macotela • Victor Manuel Mendiola • Mauricio Molina • Ricardo Nudelman • Philippe Ollé-Laprune • Ricardo Pacheco Colín • Braulio Peralta • Alejandro Ramírez • Victor Salamanca • Marisol Shulz Manaut • Alejandro Zenker

JORGE HERRALDE

*Flashes sobre escritores
y otros textos editoriales*





XVII Feria Internacional del Libro de Guadalajara



del 29 de noviembre al 7 de diciembre de 2003
Expo Guadalajara

www.fil.com.mx



Quehacer
Editorial

www.solareditores.com

Suscripción anual

Costo de la suscripción en México	\$ 600.00
Costo por ejemplar	\$ 200.00
Costo de la suscripción internacional (en dólares)	\$ 100.00
Costo por ejemplar internacional (en dólares)	\$ 30.00

Nombre: _____

Domicilio: _____

Ciudad: _____

Código Postal: _____ Teléfono: _____

Giro postal núm.: _____

A favor de Solar, Servicios Editoriales, S.A. de C.V.

* El costo de la suscripción incluye los gastos de envío por sepomex. No se aceptan cheques personales.

Para mayores informes dirigirse a:

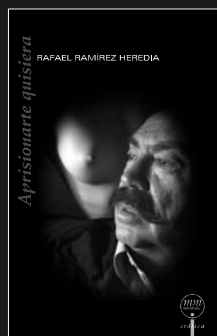
www.solareditores.com

maryc@solareditores.com

Colección erótica Minimalia / Ediciones del Ermitaño



Libros que abren un nuevo original espacio en donde el texto
erótico se funde con las imágenes de los mismos escritores y poetas
acompañados de la presencia inquietante de la desnudez femenina.



Pedidos al 5515-1657 o a solar@solareditores.com
o en nuestra tienda virtual www.solareditores.com

*Los protagonistas, la geografía y los distintos
modelos de evangelización de un proyecto
de dimensiones universales.*

MISIONES JESUITAS

Adquiera este ejemplar de colección en librerías de prestigio; en nuestras oficinas:
Córdoba 69, Colonia Roma, México, D.F., 5525 4036, 5525 5905;
o por correo electrónico: artesdemexico@artesdemexico.com



EDITORIAL ANAGRAMA

ANTHONY POWELL

La edición completa de
"Una danza para la música del tiempo"

Una danza para la música del tiempo
Picturas

Una danza para la música del tiempo
Picturas

Una danza para la música del tiempo
Picturas

Una danza para la música del tiempo
Picturas

"El Froust inglés"
(Maurice Béch, La Vierge ardée)

"Posteriormente el más ambicioso ciclo novelístico publicado en España desde finales de la Segunda Guerra Mundial. Un gran maestro del humor" (M. Rodríguez Rivera, El País)

"Monumental libro literario, un clásico de los libros ingleses" (Robert Salafrades)

"Una de las empresas novelísticas más ambiciosas y originales de la literatura del siglo XX" (Andrés Balleza, ABC)

ANAGRAMA

Panorama de narrativas

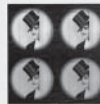
PAUL AUSTER



Una de las grandes novelas de nuestro tiempo, por el autor de "La trilogía de Nueva York", "El Palacio de la Luna", "Leviatán" y otras obras inolvidables

PAUL AUSTER

El libro de las ilusiones



ANAGRAMA

Argumentos. 300 títulos

VICENTE VERDÚ



Un libro imprescindible para entender el mundo contemporáneo. Un análisis certero, agudo y extraordinariamente fecundo

Vicente Verdú

El estilo del mundo



ANAGRAMA

JEFFREY EUGENIDES



PREMIO PULITZER
"Eugenides ha cogido el más grande de los misterios y ha unido con él una narración a un tiempo fascinadora y trascendente. Y se consagra así definitivamente como el gran escritor americano que muchos ya sabíamos que era" (J. Turrero, Los Angeles Times Herald)

JEFFREY EUGENIDES

Middlesex



ANAGRAMA

Panorama de narrativas

Retorno triunfal de
PATRICIA HIGHSMITH

Patricia Highsmith
Fleuve à contre-jour

Patricia Highsmith
Une étrange passion

Cuentos inéditos

Patricia Highsmith
El Avece de Elen

Patricia Highsmith
Esa dulce mal

Dos novelas magistrales

ANAGRAMA



CULTURA Y ESPECTÁCULO

LA-CIUDAD-UN LIBRO-ABIERTO

3ª Feria del Libro en el Zócalo - 10 al 19 de octubre de 2003

Ciudades invitadas: Bogotá, Colombia y San Cristóbal de las Casas, Chiapas

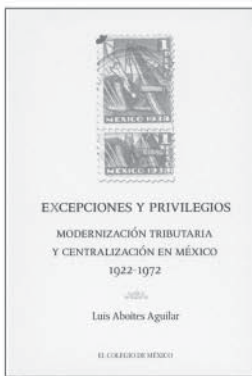
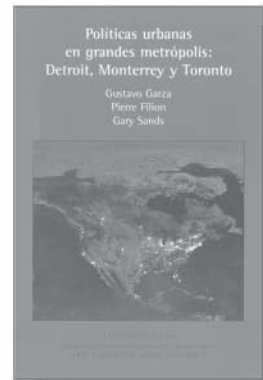
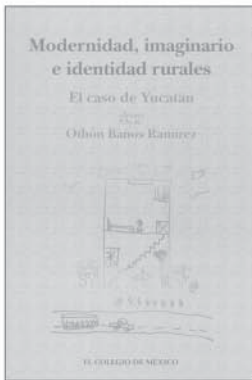
Conferencias, charlas con escritores, mesas redondas, café literario,
actividades infantiles, fábrica de libros, espacio para la ciencia y la tecnología,
exposiciones, conciertos, danza y cine.



GOBIERNO DEL DISTRITO FEDERAL
México, la Ciudad de la Esperanza



NOVEDADES



EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C.,
Dirección de Publicaciones,
Camino al Ajusco 20,
Pedregal de Santa Teresa,
10740 México, D. F.
Para mayores informes:
5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
Fax: 5449 3083 o Correo electrónico:
publi@colmex.mx



Plaza y Valdés

Editores

PLAZA Y VALDES

P Y V

EDITORES



Manuel María Contreras 73, colonia San Rafael
México, D.F., 06470 • Teléfono: 5097 20 70

editorial@plazayvaldes.com • www.plazayvaldes.com

La producción se realizó íntegramente
en las instalaciones de
Solar, Servicios Editoriales, S.A. de C.V.
5515-1657
solar@solareditores.com

www.solareditores.com

En su composición se utilizaron tipos Eras y Schneidler Light
de 8, 9, 10, 11, 12 y 14 puntos

El tipo Schneidler, usado en la colección *Minimalia*,
se basa en la tipografía de los impresores venecianos
del periodo renacentista y comparte con ella su gracia,
belleza y proporciones clásicas. Es un tipo fino y legible
tanto para textos extensos como para carteles y folletos.
Una de las características más originales de esta fuente
son sus signos de interrogación. F. H. Ernst Schneidler,
diseñador de fuentes y maestro tipógrafo, concibió
originalmente la *Schneidler Old Style* en 1936
para la Fundidora Bauer.



QUEHACER EDITORIAL es una revista especializada, en proceso de transformación desde su nacimiento, dirigida no sólo a los editores o a quienes se conciben como tales, sino a todos los que componen la cadena de producción y el ciclo de vida del libro: autores, traductores, correctores, tipógrafos, diseñadores, distribuidores, libreros, promotores, bibliotecarios, en fin, ese amplio mundo de especialistas que hace llegar la palabra del autor al lector y que hemos convocado a constituir el Instituto del Libro y la Lectura.

La revista se propone como un foro abierto de información, análisis y debate en torno al libro en una época de rápida evolución, no sólo tecnológica, sino también política, cultural y social. Queremos contribuir a la preservación del libro en cualquiera de sus soportes presentes y futuros, y a su progreso e innovación. Percibimos el libro como una herramienta para el desarrollo de la cosmovisión de la humanidad, tanto desde el punto de vista de la adquisición de conocimientos, como de la recreación y el goce hedonista, lúdico.

El libro ha pasado por muchas revoluciones. La que hoy vivimos es quizás una de las más impactantes, una de las que más han calado en nuestro quehacer. Esperamos colaborar con quienes comparten el oficio de hacer llegar la palabra del autor al lector, para comprender mejor la época que nos tocó vivir y saber no sólo adecuarnos a lo que la tecnología y las transformaciones políticas, económicas, sociales y culturales nos imponen, sino aventajarlas, adelantarnos a los tiempos y hacer propuestas que favorezcan, ante todo, la lectura.



Ediciones del Ermitaño

MINIMALIA es una colección que aprovecha y explora las nuevas tecnologías de composición y producción digital con el fin de crear nuevos paradigmas que lleven la palabra del autor al lector.

www.solareditores.com